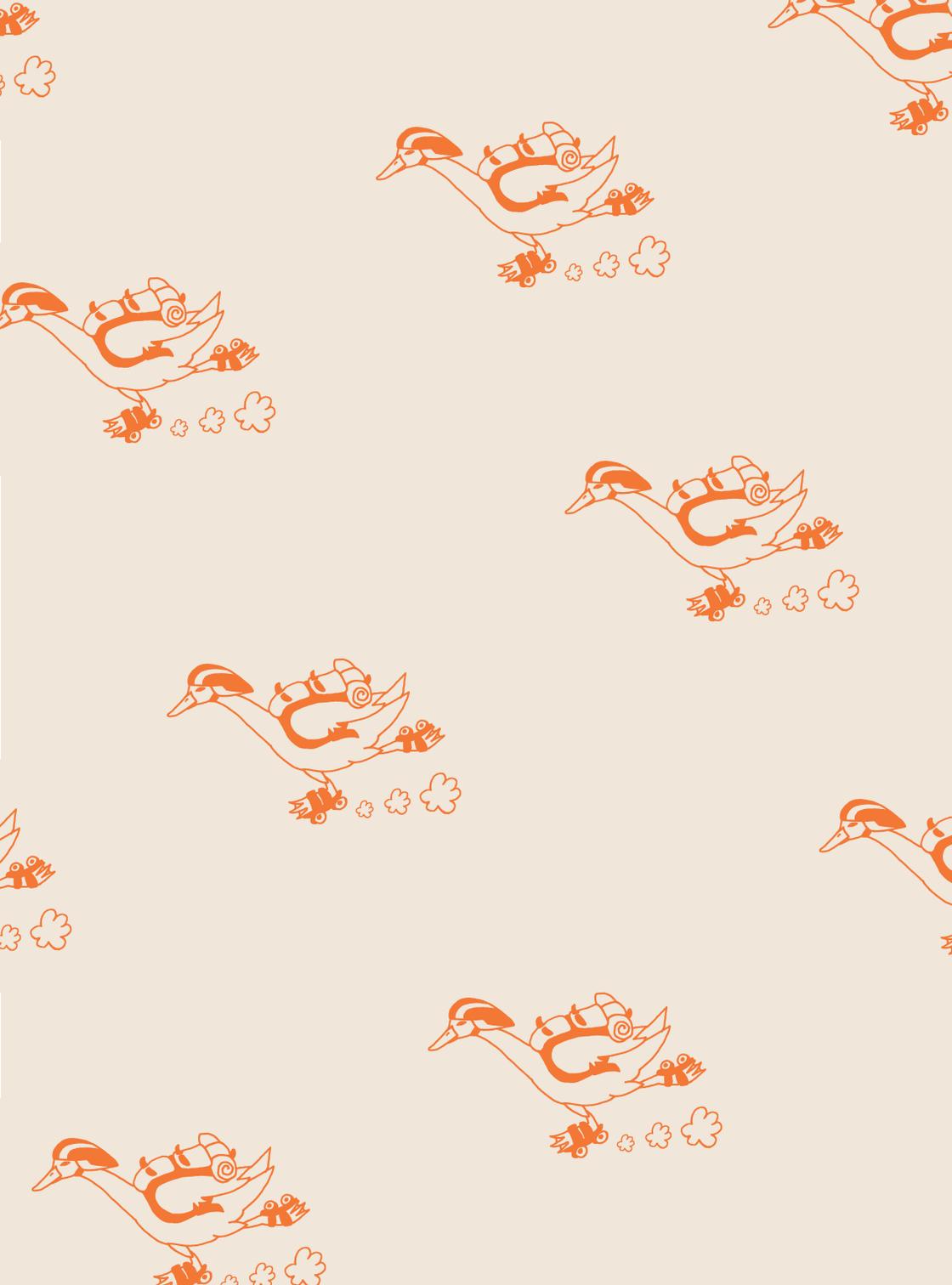


javier
gonzález

**ERRA-
BUN
DIA EX-
PRESS**

DIRECCIÓN SUR. UN TURISTA A LAS AFUERAS DE MÍ MISMO
ILUSTRACIONES DE MARÍA JESÚS CASERMEIRO





ERRABUNDIA EXPRESS

COLECCIÓN *ANDALUCÍA Y LA PRENSA* 2

JAVIER GONZÁLEZ

ERRABUNDIA EXPRESS
DIRECCIÓN SUR. UN TURISTA A LAS AFUERAS DE MÍ MISMO

Ilustraciones de MARÍA JESÚS CASERMEIRO



editorial **P**oint de lunettes



www.pointdelunettes.com

**PRÓLOGO DE
LEÓN LASA**

Turismo, según reza el *Diccionario* de la Real Academia, significa “afición a viajar por placer”. Proviene, según parece, del latín *tornus*, esto es, “vuelta”, “movimiento” o “retorno”. En definitiva que, por mera definición, el turista, el que practica el turismo, está condenado más pronto que tarde a regresar a su lugar de origen, a su punto de partida, por muchos encantamientos que encuentre en su viaje, en su expedición, por innumerables que sean los reclamos o las tentaciones, y a pesar de que, en bastantes ocasiones, uno quisiera desaparecer en alguno de esos paraísos cercanos o lejanos a los que, idealizados por las tardes del invierno o hastiados de monotonía, terminamos escapando.

Así las cosas, y a la vista de en lo que se han convertido últimamente estaciones de trenes y aeropuertos, del

tormento que empieza a ser desplazarse por los aires enlatados en esos vuelos de bajo coste y baja educación, hay quienes comienzan a cuestionarse –en plena cresta de la ola del *boom*– la conveniencia de tales éxodos. Cada vez son más los que, con buen gusto, prefieren viajar a la Patagonia de la mano de Chatwin pero sin moverse del brasero de cisco; los que optan por ir a Siberia con Thubron, pero tostándose en las playas de Cádiz; o los que eligen recorrer junto a Magris el Danubio trasegando cerveza en alguna de nuestras más genuinas tascas. Las ventajas son infinitas, por no mencionar, no nos convirtamos en calvinistas, el ahorro monetario. Por ello, cada vez se agradecen más libros como éste que usted, querido lector, tiene en las manos. Porque nos permiten visitar los rincones más insospechados de Andalucía y también sus gentes con la comodidad que disfrutaban los ingleses antañones cuando realizaban el *Gran Tour*, algo impensable hoy en día.

Javier González, el protagonista errabundo, el que va de una parte a otra sin asiento fijo con el aspecto longuilíneo y circunspecto de enterrador del *far-west*, nos propone un desplazamiento trufado de los más diferentes sentimientos. Y es que el autor –licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra, ganador de diferentes premios literarios– aprovecha su dilatada experiencia como cronista ahora en *El Mundo*, o como fundador y editor de la antigua –y añorada– *Mercurio*, para

llevarnos por las geografías más variopintas y presentarnos los personajes más extravagantes. Y lo hace en algunas ocasiones con humor, con choteo incluso; aunque en otras prevalece la melancolía, la acentuada tristeza por las cosas que se fueron y el desánimo por la fugacidad acusada de la actualidad que vivimos. Pero siempre con una prosa cuidada, ágil, punzante, como corresponde al género del relato corto o del artículo periodístico –que el libro recoge en una preciosa edición– y que fueron publicados en su gran mayoría en el suplemento *El Caminante* del periódico *El Mundo*, con dos de ellos todavía inéditos: *Sevilla 1936*, y *Viaje por las Escuelas de Andalucía*.

Como un filibustero de la escritura –o como un futbolista polivalente, esos que ahora tanto se alaban por los entrenadores exitosos– Javier lo mismo nos pasea meditando por ese ignoto “Museo del Tiempo” de Jerez que nos habla, con guasa y socarronería, del “turismo libertario” de Benalup-Casas Viejas; y le da igual llevarnos a Fuengirola a desternillarse del zooturismo que recordar en la Sierra Mágina el viaje a la Luna de Armstrong, Aldrin y Collins (¿dónde estabas tú, lector, cuando aquello de “este es un pequeño paso para el hombre pero un gran salto para la humanidad”?). Utiliza la sorna para describirnos eso que ahora se ha dado en llamar –mientras más nos aceleramos en nuestras vidas– el movimiento de las ciudades lentas; y se empapa de morriña cuando nos da ciertos fognazos de su infancia (los juegos del colegio, los vera-

neos familiares...). A uno, habitante de la Sevilla más roja, le ha conmovido el relato dedicado a la toma de los últimos reductos de la capital hispalense por la fuerzas de Queipo, en la descripción de ese baño de fuego y sangre en que se convirtió la calle Feria, la calle San Luis, tan cercanas, durante esos días infaustos.

Lean, en fin, este libro. Olvídense de las colas y las aglomeraciones, de las chanclas y los pantalones pirata –¡qué invento, Dios santo!–, de las camisetas de tirantas y demás parafernalia del turisteo más infame. Recójanse en casa, pongan el ventilador o la calefacción, prepárense un café o un *gin tonic*, y errabundeen por el tomo sin ton ni son, no sigan el orden que el editor les propone, viajen donde quieran y cuando quieran, y disfruten a salvo de pesadillas actuales.

Por último, conociendo las filias balompédicas del autor (sevillista neurótico), y el color del primer libro de esta magnífica colección (*El Corazón Manda*, de Manuel Mateo), espero que sea el verde de nuestra querida Andalucía el elegido para cubierta y contracubierta de esta segunda entrega. Una cura de humildad le viene bien a cualquiera. Especialmente después de ganarlo *tó*.

**INTROITO DE JAVIER GONZÁLEZ:
TURISTA POR LAS AFUERAS DE MÍ MISMO**

No recuerdo quién –quizá fuera el muy ilustre Sr. Alzheimer– me preguntó una vez qué significaba la palabra foráneo. Me quedé como suelo quedarme muchas veces: perplejo, que es cuando a uno se le pone la cara algo así como aguanosa. De hecho la perplejidad es una topografía de vapor de agua por la que suelo transitar sin darme cuenta. Por eso me evaporo tanto a diario. No sé qué contesté al Sr. Alzheimer (sí, era él, ahora estoy seguro). Pero volviendo sobre mis pasos, como quien desbroza la selva tropical de la duda, me quedé cavilando sobre la preguntita de marras: “¿Foráneo?” Pensé que en el fondo me sonaba bastante esto de foráneo. Estaba clarísimo. Foráneo era, es, este tipo al que ahora tienen enfrente, este excursionista de la divagación llamado yo. Nadie más foráneo que yo, un simple peatón a las afueras de mí mismo.

Este pequeño introito –¡qué fea palabra!– es como una forma de hacer turismo por la puerta de entrada de un libro. Y un libro, dicho sea con recurrente pedantería, es un viaje. Ya se sabe que hay viajes que uno lleva en el maletero de la imaginación, pero que luego la realidad descarga de mala manera como el más ineducado taxista. Así que queda advertido el lector acerca de una más que probable decepción.

Aparte de foráneo soy turista accidental y, sobre todo, accidentado. No soy lo que se dice un trotamundos, aunque sí tengo experiencia en trotar por los picachos de ese perfil que encuentro cada vez que me miro frente por frente al espejito mágico (que de mágico no tiene nada desde luego). Ya quisiera yo que mi espejo me devolviera mi anonimato, como decía Joseph Brodsky acerca de los espejos de los hoteles. Pero ni eso.

Con estos artículos he intentado evitar –supongo que inútilmente– el peor viaje posible, que no es otro que el viaje a los lugares comunes. Escribo aquí sobre tipologías de turistas, sobre viajeros de aquí y de allá que han transitado por el Mediodía del Sur. El humor, que no es otra cosa que una desorbitada capacidad de asombro, me ha llevado a hablar de turistas rarísimos, como el turista idiomático o el zooturista. Pienso que el humor es un poco también como una forma de amargor prudente y distante. Si en lugar de humor ustedes me encuentran sólo chistoso, lo mejor que pueden hacer es cerrar el libro o regalarlo

o tirarlo simplemente al contenedor de reciclaje del olvido. Si uno escribiendo sólo se vuelve chistoso, es que al cabo no tiene nada que decir.

Hay otros artículos en los que siento la soñolencia de la melancolía (disculparán esta otra frase toreada y pedante también). Pero hay veces que uno, igual que se levanta con el pie zurdo o con el derecho, pues igual le ocurre cuando escribe, que o se pone zumbón a lo Antonio Machín, o se pone algo liricoide observando la atardecida del recuerdo personal.

Foráneo. Excursionista de la divagación. Peatón a las afueras de mí mismo. Turista accidental y accidentado. Con esto se encontrarán ustedes; pero sobre todo con un mochilero de la palabra escrita.

Si a mitad de camino les acaba aburriendo este libro, no se preocupen. Duérmanse, distráiganse del mundo dicho sea al borgiano modo. Qué buen viaje de oscuras alforjas puede llegar a ser una laaaaaarga siesta.

JAVIER GONZÁLEZ

ERRABUNDIA EXPRES DIRECCIÓN SUR. UN TURISTA A LAS AFUERAS DE MÍ MISMO

*A la hermosa Región de Nadie y su capital:
Olvido D.F. (su gran Zócalo de las Ausencias
ha sido declarado Patrimonio
Fantasmagórico de la Humanidad)*

"Viajar ya no consiste en descubrir sino en
confirmar la información de un mapa"

(ALBERTO MANGUEL)

"Lo importante al viajar no es tanto el destino como
lo que nos mueve hacia él. De poco sirve la belleza
de lo inesperado si, como el protagonista de 'El
turista accidental' (Lawrence Kasdan), desde un
punto de vista emocional jamás nos despegamos
de la lluvia que cae en nuestro interior"

(HILARIO J. RODRÍGUEZ)



chivirivirí



ρορορορό

MARÍA ISABEL
35 cm x 23 cm
técnica mixta
(collage y tratamiento digital)

breves

MARÍA
ISABEL:

George Borrow (Jorgito el Inglés o Jorgito el de las Biblias), de tanto fatigar la Andalucía carnal del XIX, acabó como era previsible: fatigado. A lomo de mula, bajo cielos y soles espléndidos, al puritano Borrow le entró lo que etnográficamente uno llamaría como una especie de insolación de arte y sale-ro, una fotosíntesis desmedida por culpa de los andaluces y de sus diversiones sensuales sin fin. O sea, que entre otras cosas el padre Borrow es quien fulmina el mito andaluz del viajero romántico: de infatigable lo vuelve fatigable.

Como se sabe, los estudiosos de la Metáfora Aplicada (ciencia que estudia el ocultismo semántico) han concluido que el sol es el clavel reventón del alma andaluza, razón última de su alegría y de su donaire aceitunado. Pues bien, como se ha dicho, el puritano Borrow sufrió esa fatiga solar de quien se da cuenta de su falta de gracia en una tierra bendecida por la gracia.

El síndrome Borrow (o como quiera llamársele), es el que merodea por la corteza cerebral de uno cuando ve cantar a esa

pequeña ninfa de Ayamonte que ha ganado el Festival Eurojunior con su canción *Antes muerta que sencilla*. Hasta ahora, en este nuestro bajo Sur, con sus suaves encantos cromáticos, el invierno era considerado como una estación de baja intensidad folclórica. Pero he aquí que la niña María Isabel (que así se llama la ninfa huelvana), ha traído el sol infantil de Andalucía a la fría Europa, hasta ahora acostumbrada sólo al aburrido orfeón de esas ex estrellas de la infancia musical, los niños cantores de Viena.

María Isabel, con su garbo y su abaniquero de cuando los tiempos de pelar la pava, es la nueva estrella andaluza del folclore disco-pop. *Antes muerta que sencilla* va camino de mear la pelvis del mundo mundial. Los expertos en precocidades de todo tipo vaticinan que quizá estemos en puertas de desbancar a ese otro mito del folclore disco-pop que fue el *Macarena* de Los del Río. Viendo actuar a María Isabel uno se la imagina mirándose en el espejo purpurina de la fama venidera, ensayando su arte incomprensible para los enfermos del síndrome Borrow. La pequeña ninfa, nuestra Eurojunior favorita, es el cálido sol de invierno que ha venido a calentar las sombras del sopor de la Europa ya más que talludita. *Antes muerta que sencilla* revela que, en efecto, María Isabel no tiene un pelo de sencilla. Es, de hecho, una mini tonadillera de la metafísica andaluza. Lo dijo don Antonio Machado: “Nuestro punto de arranque está en el folclore metafísico de nuestra tierra”. Pues eso.

ESPEJOS
DE HOTEL

En los hoteles uno puede degustar algo tan aparentemente insípido como su propio anonimato. Hay quien se mira en el espejo de un *hall* de hotel y se queda así, sin nombre, como bautizado al vacío. Parece una pesadilla lo que decía Brodsky al hablar de los espejos de los hoteles, aunque la verdad a mí me tranquiliza un poco. Según su teoría, los espejos de los hoteles no reflejan nuestra identidad sino nuestro anonimato. No creo que pase nada porque un hotel lo deje a uno fuera de la estadística o de sitios aún más terroríficos.

Un anónimo es la tinta blanca de un nombre, pero puede ser un montón de cosas más. No sé si a ustedes un anónimo les lleva como a mí al gran bosque animado de las metáforas de la nada: una página en blanco, el diputado que representa el voto en blanco, esa mente de cal absurda de quien de pronto se queda en blanco en un examen. En fin, cosas todas como de la naturaleza de la ausencia o algo así y que siempre están representadas por el color exacto de la amnesia: el blanco.

Me pregunto que lo más probable es que a un anónimo, aparte de faltarle el nombre, también habrá de faltarle la cara, porque una nada lleva a otra nada. Y así. A uno le parece también que un espejo de hotel es como atravesar otro disfraz de la nada. No hay que tener miedo a lo que dice Brodsky, eso de mirarse al espejo y convertirse en anónimo fulminado. A la gente le gusta partir de cero, o sea: empezar de la nada como aquel que dice. Pues entonces qué mejor que un espejo de hotel: uno se queda sin nombre, la cara lo abandona. Estar a salvo de la propia cara debe ser el sueño dorado del que quiera volver a empezar, cambiar de vida (que no lo reconozca a uno ni la cara que lo parió, si así puede decirse).

Somos como ese hombre anónimo que deja su nombre y apellidos en el buzón de correos del portal de su casa. Se ha mudado, pero deja nombre y apellidos allí abandonados, para que venga otro a hacer una película o a escribir una novela con ellos (o lo que es peor: un artículo de periódico como éste).

Somos como ese hombre anónimo que, instalado en un hotel, se mira al espejo y disfruta de su irrelevancia triunfal (incluso llega a imaginar cosas de la nada total en las que podría convertirse: una página en blanco, el diputado del voto en blanco, una mente en blanco).

En los espejos de los hoteles se nos pierde el rastro, se nos pierde el rostro. Leo estos días en el periódico que el consejero de Turismo, Paulino Plata, ha dicho con toda razón que “los hoteles son el alma del turismo”. Sin quererlo, el consejero ha abierto también el debate ontológico entre la cara y el espejo del alma. Desde luego hablando de hoteles, la cosa se complica. Y mucho.

CIUDAD-
DORMITORIO:

A veces uno desconfía de las ciudades-dormitorio por ese nombre que suscita inquietudes como de ultratumba. Cuando por obligación no queda más remedio que pernoctar en una ciudad-dormitorio, enseguida nos reconcome una pavorosa incertidumbre. ¿No formará parte una ciudad-dormitorio de la periferia gótica de un sueño de terror? ¿Y si no lográramos despertarnos nunca en una ciudad-dormitorio? ¡Glub!

Parece raro, pero nadie podrá dormir nunca a pierna suelta en una pedanía con ese nombre por miedo a la tenebrura del más allá. En su habitación uno se levanta sudoroso, palpitante. Descorre la cortina del hotel de paso en el que se aloja y empieza a sospechar que las luces de la ciudad-dormitorio donde se encuentra no son sino los ojos abiertos de la noche incolora del insomnio. Uno sigue sudando y hasta le parece que las farolas municipales son luciérnagas deformes, que el verde chivato de un taxi que pasa junto al hotel es la pupila aterradora de la que habla el poema de Pavese: “Vendrá la

muerte a buscarte y tendrá tus ojos”. Ante la seria amenaza de que uno no vaya a amanecer nunca, lo más sensato es salir pitando de esa urbe tenebrosa: la ciudad-dormitorio.

Más tarde, buscando respuesta a nuestras pesadillas, pensamos que quizá esto ocurre por la competencia de precios entre las ciudades-dormitorio y los cementerios en su afán por ofrecer mejores servicios de pernoctaciones eternas. Otra razón no hay para explicar el auge de las ciudades-dormitorio dentro de los círculos turísticos.

Bien es sabido que cuando llega noviembre a uno lo tratan como a un muerto más de lo debido. Dijo Pessoa (por cierto todo un peso muerto de la Literatura Universal), que “muertos somos y como muerte vivimos. Muertos nacemos, muertos vamos pasando; y ya muertos en la Muerte nos precipitamos”. Con ser cierto, siempre queda la esperanza de que las apariencias engañen. Por eso no nos gusta demasiado la publicidad agresiva en ofertas residenciales para el Eterno Descanso. Puestos a elegir, prefiero los cementerios de toda la vida (es un decir) a las ciudades-dormitorio y sus bloques de pisos de ultratumba, con sus ascensores para comodidad del alma del difunto (el ascensor principal debe ser para las almas que se salvan; el montacargas para las condenadas).

Leo en *El Caminante* acerca del auge del turismo funeral en cementerios que quieren ser declarados Bien de Interés Cultural. Es el caso de Sayalonga, en la Axarquía malagueña, famoso por su belleza octogonal para que los difuntos se vean y nadie se dé la espalda. ¿Quién se anima a ir de excursión por las rutas de la muerte?

TOUR DE
ENERO:

A hora que ha acabado la Navidad, la rutina se nos antoja como un mazapán duro. Acaso sólo nos queda deambular cansinamente a lo largo de los días venideros, a sabiendas de que el calendario es sólo una escala de grises en lontananza. Es probable que esta ruta a través del gran desierto del bostezo sea sólo un viaje más olvidable que inolvidable. El calabobo de la rutina lo impregna todo, hasta las camisas (“Una a una aburro mis camisas”, escribió José Agustín Goytisolo).

Bueno, pues pese a todo, piensa uno que la rutina nos puede deparar viajes intrépidos, deliciosamente insólitos. Viajemos, por ejemplo, a este trampantojo de paisajes ocultos que es enero. Porque enero no es sólo esa loma ondulante y calcárea que acaba siempre en cuesta (la famosísima cuesta de enero). Enero es también una planicie interminable, reseca, casi lunar (las rebajas de enero son sólo alucinaciones de cantimploras con agua). Enero es también, cómo no, una inquietante selva carnívora (a poco que nos descuidemos nos devoran los recibos de los bancos, las tasas municipales, las facturas de la luz).

Y enero es también, por si fuera poco, un iglú donde ponemos a hibernar los bultos de nuestra mala conciencia (ahora nos persiguen las grasas afantasmadas de tanto exceso navideño). En fin, que aventura, exotismo y deporte de riesgo hay para dar y tomar para el turista de enero que guste de sensaciones fuertes, como la rutina misma. Ya dijo Kierkegaard que aceptar que la vida se repite es una prueba irrefutable de gran coraje e inteligencia (por eso, gracias al jorobado Kierkegaard, conviene tomarse enero con mucha filosofía). Y es que, en efecto, para este intrépido viaje a lo largo del invernizo mes de enero sí que hacen falta alforjas, las alforjas del ánimo.

Desde luego habrá quien se tome lo que digo a una broma algo gilipollesca, un absurdo sin sentido. Hará bien el cabreado lector en mandar a paseo (valga la redundancia) mis consejos sobre paseos, rutas y viajes. En este caso, para este mes de enero, propongo otra serie de sugerentes viajes menos raros, más accesibles, pero no por ello menos insólitos y apetecibles. Se dice por ejemplo que Estepa, villa y patria del mantecado, se convierte por estas fechas en un pueblo de fantasmas errantes, donde sopla el viento sibilante del vacío y el olvido casi espectral. No estaría mal darse una vuelta por Estepa justo ahora, recorrer las fábricas muertas de mantecados, comprobar si es cierto que allí el pueblo desaparece misteriosamente de la tierra a partir del 7 de enero. No sé qué esperan los tour-operadores para organizar viajes a Estepa dentro de este negocio turístico aún sin explotar en todo su esplendor fantasmagórico: el turismo paranormal o acongojante.

Andalucía, desde las caras de Bélmez en Jaén, es una de las más bellas provincias del más allá.

EL TURISTA
IDIOMÁTICO:

A poco que uno lo piense concluirá que el turista entendido como tal ya no existe. Al menos dicho así, a palo seco, sin aportar mayores datos técnicos. Uno no puede asegurar que es un turista y quedarse tan pancho, insensible a su falta de identidad, de categoría ociosa. Hay que distinguirse, mirar por encima del hombro a los demás, presumir de sutileza. “Yo soy turista de interior”, puede decir alguien con pavoneo. Porque enseguida pensamos que esto de ser turista de interior ha de ser como el misterio de todo viaje tenebroso a la conciencia del hombre. Para ese viaje no todos estamos preparados, de ahí el prestigio del turista de interior. Hay otros turistas igual de enigmáticos como el turista accidental. Qué ternura despierta cuando lo vemos por ahí como distraído, con el reflejo indoloro de su despiste en la mirada (hay incluso turistas accidentales que han dado lugar a películas famosas).

Cuenta el periódico que ahora está surgiendo una nueva forma de hacer turismo gramatical o algo parecido: el turista

idiomático. Por lo visto, el Patronato de Turismo de Cádiz está fomentando estos viajes a la vieja patria del idioma (la otra patria es la infancia) gracias a las muchas academias de español que hay en la provincia. La última Feria de los Idiomas en Varsovia –así se llaman estas botellonas periódicas de la gramática– ha demostrado que se trata de un turismo en pleno auge. Uno se alegra de que siga habiendo viajes que no pierden su elixir abstracto, su mejunje imaginario. Hasta ahora se podían hacer viajes insondables, rarísimos, a través del cuerpo ajeno o a través de esa otra inabarcable anatomía de la memoria. Pero he aquí que ahora también se puede viajar a través de las rutas de los idiomas y los alfabetos.

Me paro a pensarlo un momento y me imagino al turista idiomático en plan explorador hermenéutico, atravesando fronteras sintácticas, ajeno a las ortigas ortográficas del camino, siguiendo los mapas de los diccionarios que le sugieren vistas espléndidas de lagos azules, helados, con palabras hermosas pero frías y cadavéricas por el desuso. Hacer turismo a través del español –¡¡subtitulado además en gaditano!!– debe ser divertidísimo para una súbdita americana del mismo Utah o una joven nipona de Kyoto. Desde luego la aventura no ha hecho más que comenzar. El exotismo, el temblor arcano de la incertidumbre está más que asegurado cuando al turista idiomático le dé por descubrir los encantos milenarios del gaélico, del serbocroata, del euskera o del sefardí, con sus yacimientos arqueológicos y los mitos ancestrales de sus danzas alfabéticas. ¿Se imaginan ustedes las intrépidas aventuras que depara el esperanto?

B^{ON}
VOYAGE:

El siglo XIX español, tan abrupto y animoso en ruidos de sables, da pie a conjeturas analíticas en las que a veces las rarezas o las analogías chocantes se imponen a los criterios puramente históricos. A todo esto, no sé si la Real Academia de la Historia ha estudiado ya las conexiones filiales entre política patria y geografía terruñera. Es decir, la relación entre la accidentalidad de tanto gobierno efímero, cambiadizo, y la accidentalidad orográfica de nuestra ¿bendita? piel de toro.

Bueno, ¿y a qué viene toda esta tramoya introductoria sobre geología política? Viene a cuento de un libro –y disculpen el pleonasma– titulado *Viaje por Andalucía*, escrito por un juez francés llamado Eugène Poitou y que ha publicado ahora la editorial Renacimiento. A modo de acuarela de impresiones, *Viaje por Andalucía* recoge las sensaciones del señor togado ante el paisaje y el paisanaje del Sur. En 1866, entre las asonadas militares en el cogollito político del santo reino en Madrid y los atracos bandoleriles a las siempre apetitosas diligencias, al

leguleyo Poitou le da por atravesar el famoso solar hispano del que le han hablado sus amigos y que aparece justo detrás del helado cuchillo de sierra de los Pirineos: España. Dejando atrás esa otra caries pedregosa de Sierra Morena, el señor togado llega a las traviesas de Bailén y se dedica al cronismo de costumbres recorriendo Córdoba, Sevilla, Málaga, Jerez y Cádiz (incluido el pastiche angloandaluz de Gibraltar).

No es de extrañar, pues, que en el siglo de los pronunciamientos en Cortes, el juez Poitou haga lo propio y se *pronuncie* también a su manera. Alaba así con ditirambos los caprichos cromáticos del paisaje. Le encandila la morería cordobesa y su bella pero descuidada mezquita. Se embelesa con la alta espiga presumida de la Giralda. Gusta de perderse por entre la ruta luminosa de la cal atravesando los pueblos blancos de la sierra gaditana. Todo bien por el momento, hasta que Poitou le da por la escritura torcida y nos clava la tinta por la espalda, a traición, como un vengador napoleónico que viniera a hacernos la puñeta (algo lógico, esto de las puñetas, en un juez togado). Según anota, los toros vienen a ser una orgía de sangre y tripas malolientes. La Semana Santa le parece la ópera escénica de una terrible enfermedad: el mal gusto. Del andaluz dice que es poco reflexivo, sólo ingenioso (o sea, chistoso). No contento el leguleyo con dictar sentencia a diestro y siniestro, critica nuestra sin par pereza, olvidando los influjos climáticos en esa indolencia purificante y atávica del andaluz de la que luego habló Ortega no sin parabienes filosófales.

Dado que, como se ha dicho al principio, el siglo XIX fue un siglo abrupto, disculparemos los exabruptos de Poitou.

SOMERSET
MAUGHAM:

Le gustaba pasear de incógnito por Sevilla. Salía del Hotel Alfonso XIII donde se alojaba y llegaba andando hasta la calle de las Sierpes. Seguía siendo la calle bulliciosa, cromática, por la que había deambulado años atrás. El barniz macilento del tiempo no había amarilleado la postal que de la ciudad guardaba en el secreter de la memoria. Le gustaba también entrar en iglesias y capillas, empaparse de la oscuridad litúrgica de las naves, humeadas de incienso, de velas petitorias, de cirios pascuales. Luego, por la tarde, no faltaba a su cita en las corridas de toros de La Maestranza. En la grada, pese a su aire fino de anglosajón, disfrutaba del avatar de la lidia. Sin cerrar los ojos veía cómo los cuajarones de sangre resbalaban por la negra lámina del toro.

Era en la primavera de los 40 y 50, todavía en plena ceniza fría de posguerra. Nadie reconoció por las calles a este atildado viajero, médico sin ejercicio, dramaturgo, escritor y alumbador de las novelas de espías que se llamó Maugham, So-

merset Maugham. Siendo ya mozo, aburrido de las nieblas de Londres, Maugham estuvo viajando por Andalucía entre 1897 y 1898. Desembarcó en Gibraltar, llegó hasta Ronda y Córdoba. Hizo luego parada y fonda en Sevilla. Siguió camino hasta Granada, Jerez y Cádiz. Del puerto de Cádiz se despidió el año que perdimos Cuba. Pudo ver así a los soldados que llegaban como estropajos de la guerra de ultramar.

En 1930 Maugham puso orden al revoltijo de sus recuerdos por Andalucía: *Andalusia. Sketches and Impressions*. Era su cuaderno de viaje por una tierra como anestesiada por la nostalgia moruna (Maugham, como tantos viajeros ingleses, ensalza todo lo que tiene que ver con la morisma en detrimento de la herencia castellana, del yunque áspero de la fe católica). Es el suyo, como digo, un cuaderno de viaje al sur de todo sur; pero es también autobiografía, memoria aureolada de un tiempo de mocedad que no volverá jamás.

En 1947 se tradujo su libro de recuerdos andaluces en Buenos Aires. Le pusieron un título feo y beatón: *Andalucía. La tierra de María Santísima*. Ahora, eliminada la inexplicable alusión mariana, se publica por primera vez en España con un título seco, pero embriagador: *Andalucía*. Maugham escribe con prosa y temblor, con ritmo de fragancias y cordialidad en lo escrito. Habla de soles virtuosos, de los bellos colores meridionales, de la alegría pueril de un pueblo inocente. A veces su cuaderno nos da un olor como a tabaco, a noche nicotinada de baile y taberna. El olor de un viaje suele ser el vapor sedentario de un recuerdo.

ZENOBIA
LA NOVIA:

La primera vez que la profesora de EGB nos habló de Juan Ramón Jiménez y del burrito Platero, pensé que el poeta ese tan pesado de Moguer habría de parecerse –por aquello del burrito– al Mesías que salía en las ilustraciones de *Fe y Vida*, el libro para las clases de Religión. Yo lo imaginaba así: con túnica blanco nuclear, a lomos del dulce pollino, entre hojas de palma, bendiciendo a los niños a través de la Buena Nueva de uno de sus libros más famosos, *Platero y yo*.

Después, andando el tiempo, supe que el propio Juan Ramón dijo que nunca escribió ese libro pensando en los niños: “Yo nunca he escrito nada para los niños, porque creo que los niños pueden leer los libros que lee el hombre”, dijo. Bien es verdad que a sus nervios (él que vivió entre la poesía y el sanatorio), no le sentaban nada bien la algarabía de piruletas y gritos de tanto niño alrededor. “Dejad que los niños se acerquen a mí, pero no demasiado”, habría dicho Juan Ramón si es que era verdad, como yo pensaba, que algo tenía de

Mesías, tan parecido a ese otro Mesías con barbita, el Hijo del Hombre, y que tanto aparecía en los dibujos de *Fe y Vida* (dibujos que por cierto ni tenían vida y casi quitaban precozmente la fe, de feísimos que eran).

Tal vez para fastidio eterno del poeta, los niños andaluces no han dejado de acercársele, de acercársele demasiado. Yo fui uno de tantos niños que fueron a darle la lata a Juan Ramón Jiménez. ¡Y a su misma casa incluso! La culpa la tenían las excursiones escolares que los colegios organizaban curso tras curso para ir a Moguer, a visitar la casa-museo del poeta (yo, en mis pensamientos de lechuguino abstraído, seguía pensando que lo que íbamos a ver era una especie de cuadra-museo o algo así, por aquello de Platero, el burrito pequeño, peludo y suave). Durante el viaje en autobús, entre la bulla preadolescente (qué de chorlitos, qué de capones, qué de artillería con bolillas de moco), la maestra se afanaba con la voz rota en contarnos cosas de Juan Ramón Jiménez, de *Platero y yo*, de Moguer, hasta de lo que era un Premio Nobel.

También nos habló de lo importante que para el poeta fue su más álgida musa: su mujer Zenobia. Y fue entonces cuando en el autobús se armó la pelotera entre niños y niñas. Con el nombre de Zenobia, los más chistosos empezaron a dar gritos con bobos pareados: “Zenobia, ¿quieres Zé-novia-mía? Era una bobería propia de la edad de los merluzos. Pero el pareado pronto se dirigió en persona a Fulanita y a Menganita: “Fulanita, ¿quieres Zé-novia-mía?”, o “Menganita, ¿quieres Zé-novia-mía?” Ni que decir tiene que Fulanita y Menganita eran las estrellas sexuales de la clase. Los niños nos adiestrá-

bamos en cogerles las tetas cazándolas en los juegos de “Poli-Ladro” durante los recreos (yo siempre quería perder para hacer siempre de policía tocatetas).

Cuando hoy escucho el nombre como de violonchelo malva de Zenobia, Zenobia Campubrí Aymar, me acuerdo de aquella lejana excursión a Moguer. Recuerdo el olor como a muerto de pueblo que había en la casa-museo (que no era ninguna cuadra-museo como había pensado). Recuerdo a la profesora hablando y riñendo cada vez que decía el nombre de Zenobia y escuchaba por lo bajini aquella pesada memez de “Zenobia, ¿quieres Zé-novia-mía?”

“Me he convertido a tu cariño puro / como un ateo a Dios...”, escribió Juan Ramón a su más grande amor en el poema cuyo título lleva el nombre que tanta gracia nos hacía entonces: *Zenobia*. De tanto retocar enfermizamente sus versos, el poeta dijo al fin: “No le toques ya más, que así es la rosa”. La rosa era el poema. El poema era Zenobia la novia. El recuerdo es Moguer.

PITAS, PI-
TAS, PITAS:

A mi manera puedo decir que yo también fui un niño de la guerra. Lo fui en el Parque de María Luisa de Sevilla, donde sufrí el ataque aéreo y despiadado de las palomas de la Plaza de América. La infancia está llena de rarezas y desencuentros, de terrores sagrados que luego el humor (ese licor de la madurez) va desactivando con la muda del paso de los años. La niñez sevillana adquiere su oficialidad cuando a uno le hacen la famosa foto en la glorieta de las palomas, convertido uno no sabe bien en qué, quizá en un espantapájaros del fracaso precoz: la sonrisa agria, los brazos en cruz, el paquete de arvejones en una mano (en la otra la botella de *Mirinda*), mientras las mensajeras de la paz, hambrientas como nunca (o sea como siempre), picotean y picotean la coronilla del pobre imberbe (¡ay!), y el cogote (¡ay!), y los hombros (¡ay!), y los brazos (¡ay!)...

La foto del parque con las palomas acaso es una de las fotos más internacionales de Sevilla. Pero es también la foto priva-

da –menos exportable desde luego– de la infancia atribulada. Como es bien sabido por lo que leemos en los libros, no acudimos a los recuerdos sino que los recuerdos nos buscan y encuentran. Ahora, la luz declinante de octubre da pie a largos paseos por los bulevares del atardecer. El otoño lo alarga casi todo: las sombras, las distancias, los recuerdos. De pronto el paseo errabundo me lleva otra vez a la dichosa glorieta de las palomas. Allí nada ha cambiado. Otro niño de la guerra. Otro absurdo espantapájaros. Otra vez el hambre furiosa de estas criaturas de la naturaleza. Hay varios turistas que se divierten de lo lindo bajo el sordo aleteo de las codiciosas palomas. Según leo, en los puestos de barquillos de canela y arvejonas para las palomas hay escrito un aviso que previene contra el terrorismo ecológico: “Prohibido bajo multa apresar o correr detrás de las palomas”. En este sentido algo sí que ha cambiado con el tiempo. En la posguerra las familias desnutridas venían al Parque de María Luisa a cazar palomas. Ya no. Ahora son las palomas las que nos cazan en pleno vuelo de la memoria al recordar el niño que fuimos en este lugar hoy profanado por los ruidosos turistas.

Uno no entiende ni ha entendido nunca el inmenso poder metafórico de las palomas (pienso por ejemplo en la Blanca Paloma, o en la paloma del poema de Alberti). A mí siempre me han parecido de lo más bobas, sucias y torpes. De niño me vengaba de ellas cuando los coches las atropellaban en la larga avenida junto al parque. Sobre el asfalto iba contando el número de palomas aplastadas y señaladas con los dibujos geométricos de los neumáticos. Es verdad que casi siempre la cabeza la tiene uno llena de pájaros. Ojalá no sean palomas.

E^L
TURISPORT:

Leo en el periódico acerca del auge en Andalucía del llamado turismo activo. Se trata, dice la noticia, de una variante alternativa del turismo natural o de interior. O sea, otra oferta de ocio para satisfacer la curiosidad atlética de los turistas más inquietos. De inmediato pensé, por si tenía algo que ver, en la anatomía de la inquietud de la que habla Bruce Chatwin en su célebre libro de viajes por la Patagonia. Pero no, el turismo activo va mucho más allá de la movediza levedad de las almas cosmopolitas. De lo que se trata, en fin, es de dar rienda suelta a la conciencia deportiva del turista gracias a un completo programa de excitaciones olímpicas, de sudoraciones, de fiebres competitivas, y todo ello diseñado claro está por técnicos expertos en turismo activo.

Para quitarme mis complejos de hombre abúlico y sedentario, decidí comprarme el reciente *Diccionario fraseológico documentado de español actual*, ya que su autor, el docto Manuel Seco, ha dicho de él que se trata de toda una aventura febril,

de un deporte de riesgo a través del idioma cervantino, algo así como hacer *puenting* pero sin cuerda. Así que, seducido por la adrenalina gramatical de sus 1.600 entradas, me fui al puente de Triana para probar la cosa haciendo *puenting* metafórico. Estuve leyendo por mi cuenta y riesgo, como aquel que dice, frase a frase en el *Diccionario*: “Manda huevos”, “Más largo que un día sin pan”, “A lo hecho pecho”... Un viandante, que debió confundirme con un orisha caribe o un chamán lunático, me soltó: “¿Le falta un tornillo o qué?” Y allí que me zambullí en el *Diccionario*, haciendo *rafting* lexicográfico, y encontré la expresión de marras entre la gran cascada del idioma español: “Faltar un tornillo”. Es verdad lo que sugiere Vargas Llosa acerca de los diccionarios y de las intrépidas aventuras que deparan. Doy fe de ello (incluida la fe de erratas).

Convertido pues en un moderno *turisport*, adaptado a los nuevos modos del mundo del ocio, volví a casa cual turista activo, haciendo mi peculiar senderismo urbano (o *asfaltung*). Sólo un rato después, tumbado en mi sillón-relax, puse las piernas en alto para descansar de tanta aventura. Sentí como nunca el efecto placebo de la circulación sanguínea fluyendo semánticamente por mis pantorrillas, mientras seguía recordando el vértigo de mis frases favoritas en el *Diccionario* y con las que había hecho *puenting* trianero.

Sugiero que eminencias como el profesor Manuel Seco dirijan seminarios y conferencias sobre turismo activo para agentes del sector. Me parece que el llamado “culo de mal asiento”, tan grosero y ramplón, tiene ya los días contados. El último grito en inquietud es el *turisport*.

LA CHANCLA
DE INVIERNO:

Por lo que leo aquí y allá, Andalucía es sin duda el más bello crepúsculo de la vida. En los textos clásicos ya se habla de los *Campos Elíseos del Sur* (el hogar de los benditos, los felices y los longevos de Anacreonte). Aquí pues está el más dulce moridero del mundo, entre estos huertos de naranjos, bajo cielos azul pavo donde los poetas, como decía Chateaubriand, situaron el país diáfano de la felicidad, el jardín de la vejez.

Con esto queda claro una cosa: que Andalucía es toda una potencia en turismo de ancianidad. Debe estar muy bien eso de que la muerte lo pille a uno jugando ociosamente al golf en Estepona, o disfrutando honradamente de un vermut frente al mar calmo, o practicando la siesta del carnero en una hamaca como premio a una más que merecida holganza tras años y años de estrés calvinista en el trabajo.

En su estupendo *Handbook for Travellers in Spain*, de 1845, Richard Ford ya decía que Andalucía resultaba admirablemente adecuada para los jubilados de la Gran Bretaña. “Aquí

–aseguraba Ford– se desconoce el invierno en su más heladora concepción”. Ford, que tanto criticó la exageración de los andaluces, también exageró lo suyo alabando la gran reserva térmica de Andalucía. Porque, ¿qué pasa entonces con nuestro patrimonio invernal de la mesa camilla, el brasero de cisco, el olor sentimental de la alhucema? ¿Y ese otro olor a puchero en los fríos patios de vecinos? ¿Y qué decir de la trenka y la memoria antañona de nuestra infancia escolar?

Cierto es que el Sur climático de Ford tenía –y tiene– sus bondades (nada que ver con la oscuridad invernal de su querida Inglaterra). Pero tampoco es que Andalucía sea una playa coralina donde andar en pelota picada todos los días del año. Sin quererlo, el propio Ford ha sido el inventor del mito de ese turista longevo en calzón y manga corta al que vemos de visita por catedrales y alcazabas, enseñando sus carnes arrugadas pero alegres, haciendo caso omiso a los respetables fríos de nuestro invierno.

Esto a lo que se refiere al turismo de ancianidad, al turista longevo al que le quedan dos saludables Telediaros en este mundo. Porque después está el turismo joven en versión pobretona, (también llamado “turismo de alpargata”). No sé si ustedes se han fijado que entre los jovencitos mochileros se ha ido imponiendo la cultura popular de la chancla. Es reflejo de un *way of life* desaliñado, ajeno a las patrias, a las banderas, dentro de ese *look* juvenil y multiétnico del “buen rollito”. Veo en invierno a estudiantes extranjeros, a mochileros de paso, y veo sus chanclas y cómo presumen de superioridad anglosajona o nórdica desafiando a nuestro invierno de juguete.

Mal asunto este de las chanclas de invierno para los chanclófobos. Una de las peores pesadillas del verano es la chancla y su desquiciante latiguillo sonoro sobre los calcañares. Pues ahora resulta que, en pleno invierno, vuelve el tormento de la chancla por culpa de estos turistas jovenzuelos, desaliñados y chanclistas. Menos mal que no les ha dado por la espeluznante sandalia de tipo misionero. De momento.

VUELING:

*V*ueling Airlines es el nombre cachondón de una compañía aérea española especializada en vuelos baratos para el turista *low coast* o de bajo coste. A estas compañías les basta con instalar su *hub* (centro de operaciones) en aeródromos desusados pero con suficiente capacidad de *handing* (apoyo logístico en tierra).

Vamos a ver, porque la cosa cabrea un poco. Que a uno lo traten como a un turista barato no suena bien ni resulta agradable. Si alguien reconoce ser un turista de bajo coste, ¿no es de sospechar que estamos ante un viajero de clase social baja o incluso subterránea? ¿Qué coño es esto del *hub* para el turista barato sino una especie de asesoría social para el ocio en rentas bajas? ¿Y esto otro del *handing* no suena también a prestaciones sociales mínimas para los que viajan en precario y se encomiendan a Ntra. Sra. de la Precariedad, patrona del turista menesteroso?

Luego, cuando a uno le explican el asunto con detalle, se desmorona la imagen que nos habíamos hecho del turista ba-

rato cual paria viajero. Quien hace uso de *Vueling* responde al turista liberado o de escapada rápida, ajeno a la dictadura de los calendarios y la antipatía de las vacaciones oficiales. Hay fechas algo insulsas que ahora van a salir de su grisura gracias a *Vueling*. Es mucho más sutil e inteligente viajar cualquier fin de semana de febrero (un mes peñazo con fama de incógnito) que hacerlo, valga la redundancia, en procesión en Semana Santa, junto a miles de turistas ajenos a las nuevas tendencias del turismo moderno.

El turista *low coast* busca así el refinamiento de la alternativa. No hay que ocultar, pues, que somos turistas baratos. Todo lo contrario. Hay que presumir de ello para provocar la envidia ajena: “Este fin de semana me voy de *vueling*”, o “Cenamos otro día, hoy tengo *vueling*”. Ahora mismo me parece estar escuchando a un piloto de *Vueling* mientras nos saluda agradecido en nombre de la tripulación y nos detalla los promedios de velocidad, altura y duración aproximada de nuestro *vueling*.

No dudo para nada del negocio de *Vueling Airlines*. Pero desde hace tiempo el imaginario propio siempre ha procurado buenos vuelos a bajo coste. Cuando nos miramos por la mañana al espejo nos damos cuenta de la intrépida aventura que es un rostro soñoliento, de las áridas regiones que hemos cruzado en una noche de insomnio. Además, siempre ha habido vuelos baratos a la República de Babia o al Archipiélago del Limbo para turistas distraídos o sin rumbo claro a ningún sitio. ¿Y quién no ha creído disfrutar de un exótico safari mientras cruzaba un paso de cebra? Hay hasta algún afortunado que dice volar en una alfombra, por entre nubes de éxito y fama, ajeno al vértigo del mundo.

A¹ llegar como todos los años el puente de Andalucía, me entra el mismo espíritu mochilero de todos los años (un poco como Labordeta, el diputado bronco metido a peregrino por las cañadas y veredas del Santo Reino). Caminante no hay camino –me digo a modo de rezo interior–, se hace camino al andar... Y ahí que me lanzo zumbando, en busca de la redención imaginaria de los caminos que me gustaría recorrer a lo largo de este puente andaluz.

Porque es verdad que cuando llega el puente de febrero sin avisar, uno se sonroja un poco de su déficit por estos pagos (impagables) del bajo Sur. Por un momento aparto mi mala conciencia de andaluz inerme y sosón y me entran como unos calores de fervor blanquiverde, unos impulsos autonómicos irrefrenables. Me entran ganas incluso de purgar mis viajes al extranjero, que ahora se me antojan incomprensibles, vergonzantes. Mucho fardar de mis viajes al lago Tanganika, al desierto chileno de Atacama, hasta las lejanísimas praderas del

Limbo, y ahora me doy cuenta de que casi desconozco por completo el oasis total donde vivo: Andalucía.

Mi espíritu mochilero me dice que lo universal empieza en lo local, así que voy a prohibirme a partir de este 28-F algunas formas de ocio cosmopolita que ahora me parecen del todo injustificadas. Nunca más pisaré el *pub* irlandés junto a la Giralda, lo juro.

Así, recuperado mi autonomismo viajero, me siento a gusto, como un andaluz redimido en su propia arcadia: Andalucía. El problema viene después, cuando estudio mi programa de rutas naturales y ofertas de turismo cultural a lo largo y ancho de mi redescubierta patria. Entonces es cuando la cosa se complica. Porque claro, ¿qué Andalucía escojo? ¿Cuántas Andalucías hay? Con tanto esplendor anatómico (sus 87.268 kilómetros cuadrados), más grande que Irlanda, que Austria, que Suiza, que Dinamarca, que Holanda, Andalucía se me antoja algo así como una gran confederación de contrastes. Aún así intento trazar una ruta sensata por esta Andalucía de mediada entre humedales y llanuras, altos picachos y suaves colinas, la mediterránea y la oceánica, costera y serrana, occidental y oriental, de vegas dadivosas y tierras yermas...

Imposible. La indecisión me puede y me quedo pensando que este puente del 28-F me voy a quedar en casa, como todos los años. No podré congraciarme del todo con mi tierra ni con mi gente. Seguiré siendo, ay, el andaluz sedentario y sosón que hasta ahora he sido y seguiré siendo sin remedio. Ya lo dijo el maestro: “Hay gente *pa tó*”.

TERQUEDAD:

A lo que se ve, en el pueblo almeriense de Terque son muy tercos. Sus vecinos han levantado un museo de oficios perdidos, lo que viene a ser como una granja-taller de la nostalgia para recordar la memoria noble y primaria del pueblo. Resulta admirable la terquedad de Terque en su lucha contra el olvido. El museo rememora así lo que ha sido la taracea de la experiencia a través de los maestros artesanos de antaño: viejos barrileros que hicieron posible el sueño de América con el mercado de la uva, o antiguos esparteros de alfombras, alpargatas, cestillos y hasta sogas para algún que otro ahorcado acosado por las tinieblas.

Los viajes están cruzados por cientos de miles de rutas y caminos. De cuando en cuando no está mal escoger la ruta de los paisajes humildes y descubrir cómo el tiempo ha respetado su noble urdimbre. Por supuesto que uno podrá decir que, para ir de museos, es mucho mejor el MOMA de Nueva York, por ejemplo. Con toda su vanguardia avasallante, con toda su demostración de fuerza laberíntica entre obras y salas, el

MOMA está hecho para dejarnos anonadados, aMOMAdados. En contraste, la terquedad de Terque y su enternecedor museo nos parecerá si acaso digno de una simple excursión de colegio. Poco más. Pero, ¿quién puede asegurar que el museo de oficios perdidos no tiene tantos o más encantos que MOMA el coloso? El que quiera ir a Terque observará, por ejemplo, las manos encallecidas de un barrilero, donde podrá leer en ellas todo el sueño de América cuando América antaño era el sueño ebrio de ultramar y no la pesadilla de hoy día. Podrá escuchar también los pasos perdidos de unas viejas alpargatas de esparto, o incluso podrá conocer la larga historia de una sogá contada por su cadáver. Son, en fin, estas historias mínimas, que tanto gustan al cine de autor y a la literatura de viajes, que retratan la grandeza de la modestia. Hacen bien siendo tercios en Terque: no hay oficio más noble y anti-guio que sobrevivir.

Con todo, hay otros muchos museos si uno sigue la ruta de paisajes y afanes humildes en Almería. En Olula del Río un pintor joven llamado Andrés Ibáñez ha abierto un museo con sus propios cuadros. Ibáñez, fuera del oriente andaluz, es un pintor de nombradía. Con el pecunio de sus lienzos ha financiado y construido su museo, su hogar, su vida. Es la suya otra historia mínima.

Hasta ahora, de Almería siempre nos han atraído sus museos alegóricos como el Museo del Plástico en El Ejido, el cual dicen que puede verse desde el espacio interestelar. También está el famoso Museo de la Sed, en el desierto de Tabernas, con sus poblados alucinógenos a modo de *Far West* con olor a *spaguetti*. Lo dicho, Almería está de museo.

CROMOTERAPIA:

Goethe odiaba a Newton por culpa de los colores. El blanco, para Newton, era la presencia silente que decoloraba todos los fulgores cromáticos. Nada peor que la anestesia del acabamiento (eso es el blanco) para cargarse el sentido poético y mineral de los viajes (todo viaje, en el fondo, no es sino el descubrimiento melancólico de un color).

Goethe, por contra, bendecía el blanco y la blancura mucho antes de que aparecieran los anuncios del detergente *Norit*, el del borreguito. El blanco era para el creador del *Werther* la luz embrionaria, el alimento lumínico que da vida al resto de los colores. La filosofía, como la poesía, son en verdad variedades cromáticas del pensamiento y la palabra.

Aparte de Goethe y Newton, de los colores también han hablado Wittgenstein, Schopenhauer o Steiner. Todos escribieron acerca de los oscuros meandros de los tintes y las irrisaciones sobre ese otro mapamundi del cerebro humano. A pie por la vieja geografía de su Mitteleuropa, Claudio Magris

habla en su libro *Microcosmos* de la cromoterapia o cura medicinal por medio de los colores. La cromoterapia –cuenta Margris– se realiza en sanatorios como aquél para tuberculosos de *La montaña mágica* de Thomas Mann, el Sanatorio Internacional Berghof, en la estación alpina de Davos. Son sanatorios con miradores de vértigo donde los pacientes pasan horas y horas contemplando los tornasoles del paisaje. Hay quien precisa de colores incandescentes (el rojo amapola) para recuperar algo de reciedumbre interior. Hay a quien el mar color plomo le lleva por las galerías de la melancolía, por lo que conviene cuidar la dosis cromática en estos casos. No sabe uno si esto de la cromoterapia es la versión científica y sería del famoso “alucinar en colores”. Tal vez. Si mal no recuerdo, Bill Clinton vino hace poco a Granada a practicar la cromoterapia con los atardeceres color caldera sobre la Alhambra, con la luz hermosa y caediza. Por poco si le faltó sacar el saxo (¡y quién sabe si hasta el sexo pensando otra vez en la gorduela Lewinsky!).

Como refería el número 100 de *El Caminante*, Andalucía es una estupenda guía para el viaje pluricromático, con sanatorios al aire libre donde se puede practicar esa terapia curativa de la cromoterapia. Yo mismo, por ejemplo, ya he elegido mi propia medicación paisajística. A saber: el Mirador del Conquero, en Huelva; la Cruz del Castillo en el cerro de Santa Catalina, en Jaén; el Mirador de las Ventanillas, en el Torcal Alto de Antequera; el Balcón de Europa, en Nerja; y el Pico del Veleta, en Granada. Almería también me espera con su terapia de azules: azul genovés, azul carbonero, azul salino, azul humedal, azul alfarero, azul jarapa, azul atalaya, azul medieval... El azul, esa nada encantadora, que dijo Goethe.

¡UNA
DE MERO!:

A menudo me pregunto por el lugar al cual van a parar las palabras cuando el viento las derrota y quita de en medio. Dice el refranero que a las palabras se las lleva el viento sin remedio.

A veces, asomado a la ventana los días de viento como hoy, he visto cruzar por el cielo a esas caravanas de palabras vencidas, humilladas en su destino de pájaros sin norte. Me ha parecido verlas por el aire como si fueran virtutas de la gran fábula extinta de un mundo perdido, cuando eran posibles los cantares con vino, las leyendas, las crónicas ancestrales que un día les dieron vida al calor de las hogueras en días de lluvia.

Cuando miro al cielo y veo esas migraciones de palabras perdidas, sin rumbo, pienso en la larga travesía del desierto que les aguarda y me apena saber que acaso morirán de sed. Pero, en cambio, hay otras veces que las palabras logran resistir los estragos de la batalla, permaneciendo firmes frente a las peores ventiscas del tiempo y el olvido. Es entonces cuando

dejo de observar el azote del viento por la ventana y acudo a los viejos mapas en los libros para seguir con el dedo las rutas verbales del mundo milenario, allí donde todavía se conservan los restos de la antigua civilización del habla. Según señalan los mapas, la explanada de Xmaa el Fna de Marraquech es una de las maravillas del Patrimonio de la Oralidad del mundo. Junto a vendedores de pócimas, exhibidores de monos, faquires y charlatanes, se escuchan las mil y una historias de los cuentacuentos de este enclave incluido en la misteriosa cartografía del habla. En Londres, en el *Speaker's Corner* de Hyde Park, un señor medio desnudo y con bombín lanza su perorata política bajo el ágora frondosa de los árboles. Él es un *Prime Minister* que busca su día de gloria en su imaginario 10 de Downing Street.

Las palabras me siguen llevando de viaje por algunas tribus del África o junto al Danubio, río abajo, donde escucho viejas canciones de cingaros errantes. Algo cansado ya, guardo los mapas de los libros y bajo al bar de la esquina a reponer fuerzas para el siguiente viaje cuando más tarde vuelva a casa. Al pedir la lista de tapas, el camarero coge carrerilla y me habla y seduce al modo antiguo con los encantos de la pavia, la espinaca, el adobo, el mero empanado, el chipi plancha, el aliño de hueva, la ensaladilla, el menudo, la melva, el salmorejo, la patata alioli, el pepito de gamba, la pringá, la carne mechada... Al cabo me parece que sigo viajando por las sendas verbales de un Sur conocido.

Declaro a mi camarero Patrimonio de la Oralidad.

cortos

E^L
ENOTURISMO:
(o recuerdos color vino)

L^{eo} en los periódicos acerca del auge creciente del llamado “enoturismo” y, en concreto, del turista enológico. Al parecer se trata del turista trascendido por la mística de los vinos. Leo también que Andalucía está viviendo ahora el despertar (con resaca o no) de esta especie de culto turístico a la hoja de parra. Olvidando a Baco y a sus profanos festines, el poeta Pedro Garfias (bebedor severo por cierto) decía que los pueblos que tienen vino y aceite están más cerca de Dios. O sea, que por lo visto Andalucía ha de tener mucho de cooperativa de Dios, de gran viñedo del prometido Edén. Los que no hayan encontrado a Dios en la pasada Semana Santa (esa orfebrería del dolor al aire libre como la llamamos en otro artículo por ahí perdido), pueden buscarlo ahora recorriendo las almazaras donde probablemente se encuentre el aceite de la vida eterna o, en su caso, el vino de la transubstanciación personal: “Creo porque bebo”.

El caso es que una empresa de servicios turísticos –*Vivinum*

se llama— ofrece ya paquetes de enoturismo de lujo por Jerez-Sevilla, Montilla-Moriles-Córdoba y la serranía Ronda-Marbella. El enoturista puede entrar así en religioso “enotrance”: olorosas bodegas, lagares, catas exclusivas, charlas de enólogos, compras en enotiemendas, hasta visitas a enotecas para el cultivo de la otra vid del conocimiento. El “enodestino” principal en Andalucía pasa sin duda por Jerez, en las bodegas *González Byass* (200.000 visitantes al mes), seguidas de las “enovisitas” a las bodegas de *Domecq* (100.000 visitas).

Viene de antiguo la fama espirituosa de nuestros caldos. Ahí están los libros. En sus crónicas de viajes cuenta el inefable Richard Ford que Lepe suministraba a los londinenses aquel vino tinto y blanco que, según el cuento del buldero (de los famosos *Cuentos de Canterbury* de Chaucer), se vendía en Fish Street y Chepe y se deslizaba “arteramente” en los esponjosos cerebros de los bebedores. Hoy el alcohol sigue perpetrando trastornos en los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de aquel viejo cuento del buldero, y probablemente ha de ser así, ya que todos son hijos, en fin, de la Gran Bretaña (muchos de ellos nos siguen visitando por causa del fútbol, en plan *holligans*; siguen cogiéndose cogorzas tremebundas, aunque sólo nos queda el remedio de enviarles la Armada Venible de nuestra más naufragada impotencia).

Piensa uno ahora, cuando se abren los bocoyes del recuerdo, en cómo va fermentando el tiempo. Del entrañable “abrazafarolas”, ilustrado en las viñetas de infancia del gran Ibáñez, hemos pasado a esta forma más fina del bebedor culto y que tanto tiene, como vemos, de bebedor de culto: el “enoturista”.

Quizá haya que alegrarse por ello. Pero en su lucha desigual contra el paso y el peso de los años, uno siente cierta nostalgia del viejo abrazafarolas de antaño, del cómic del tiempo ido. Hay a quien la imagen de los borrachuzos les confiere tristeza y una piedad silenciosa. Yo me refiero al bebedor incruento, al atleta de las camballadas en la larga y desigual carrera de la vida. No dicen los periódicos si en los “enomuseos” alguien ha previsto levantar una estatua en honor de este noble perdedor de taberna, con su nariz pocha color vino, como es obvio. Mucho me temo, ay, que las nuevas rutas del vino no tienen nada que ver con las rutas de la “vinimemoria” personal, tan llena de nostalgias inexplicables, seguro que confusas. De ahí que lo mejor sea pisar la uva de los nuevos tiempos y brindar en fina copa de cristal por el porvenir del “enoturismo” en Andalucía. El vino peleón ya forma parte de la mendicidad de un tiempo perdido. Aunque haya todavía quien quiera vender cara la derrota. Salud, amigo.

ABRIL,
SAETA CRUEL:

En abril a uno le entra siempre como una alergia añadida a los ritos del estornudo primaveral. A los picores nasales, a los ojos escocidos de polen, de pronto nos entra como una alergia más bien rara, melancólica, la alergia del mes de abril.

Por aquí, en nuestro bajo sur, bajo cielos color azul pavo, la primavera tiene mucho de plétora carnal. La sangre borboritea por los adentros. No hay bridas que frenen los deseos más desatados. Se entiende así aquello tan macarra que hace tiempo cantara Rafaela Carrá –señora aún de muy buen ver, por cierto– de que “para hacer bien el amor hay que venir al sur”. De ahí la plétora del mes de abril, la carnalidad del aire, los primeros descoques en los canalillos picarones de las muchachas, en los bultos en flor de los muchachos...

Abril, ya se sabe, es mes veleidoso, traicionero. Da igual que las citas lo vuelvan a uno un pedante sin remedio. Pero siempre que llega abril al calendario, enseguida asoma a la memoria la cita de T. S. Eliot: “Abril es el mes más cruel”. ¿Y por qué

cruel? ¿Cruel porque promete y no da? ¿Cruel porque pasa fugaz? ¿Cruel porque en tierras del norte, allá en la pérfida Albión de Eliot, abril es un macabro jardín sin flores? Quién sabe. Quizá de eso se queje el bardo, de que a los primeros soles tibios y fraternos les suceda la lenguarada friolenta del invierno que todavía muere matando. Esto es abril, una promesa de olores, primer festín de atardeceres, aunque la hipoteca del invierno siempre esté ahí para estropearlo todo de un día para otro.

El caso es que ahora, en plena fotosíntesis del alma, va uno paseando por las callejas y plazoletas, deambulando bajo balcones barbados de geranios. Desde esos mismos balcones pronto se lanzarán al aire los fuegos artificiales de las saetas. Es tiempo de sahumeros de incienso, de liturgias escénicas, de perspectivas cónicas con filas de nazarenos atravesando las collaciones.

No sabe uno si esta cabalgata de cristos y vírgenes atrae o espanta la mirada del forastero que nos visita. ¿Gusta? ¿Disgusta? Me acuerdo de lo que escribieron en 1927 los hermanos franceses Jerome y Jean Tharaud sobre la Semana Santa de Sevilla. Los dos practicaron una especie de “literatura siamesa”. Juntos escribieron 60 libros. El menor de los hermanos, Jean, bosquejaba la primera versión de los manuscritos. Luego el mayor, Jerome, solía pasar el coche escoba depurando el estilo y consiguiendo el brillo deseado a lo ya escrito.

De 1927 es su libro *La Semana Santa en Sevilla*. Viajeros en las alfombras del ideal, peregrinos de lo exótico, los Tharaud visitaron Marruecos, Irán, Palestina, Etiopía... También pusieron pie en España, en Sevilla, y escribieron sobre su famosa Semana Santa. Por lo que anotaron, parece que mucho no les gustó el “carnaval triste” de tanto cristo sanguinoso, de

tanta virgen de dolor ceniciento. ¿Y qué eran esos nazarenos con capucha sino los verdugos de la alegría? Los pasos les parecieron poco menos que “tarimas ambulantes”. Los mantos de las dolorosas eran como colas de pavorrales, llenas de bordados groseros y ostentosos. Sólo les agradó la “sublime tristeza” del Gran Poder.

Influidos quizá por lo ya visto en tierras arábigas, sus notas sobre iglesias y capillas estaban teñidas de cierto elixir islamizante. Las torres parroquiales, por ejemplo, les recordaban al antiguo canto del moecín. Pero no sólo cayeron en el embeleso de lo moruno. Las hermosas espadañas de la ciudad eran a sus ojos como mitras resplandecientes sobre el cielo azul.

No sabe uno, pues, si los turistas que ahora nos visitan harán lo mismo que los hermanos Tharaud hicieron en su día. En lugar de perderse en las bullas de la calle, de la mano de su amigo el pintor Gonzalo Bilbao, prefirieron recorrer las maravillas ocultas del Palacio de las Dueñas. También fueron a visitar el Hospital de la Santa Caridad, para recrear la leyenda de ese crápula vivalavirgen metido a bueno que fue don Miguel de Mañara.

Hay hasta sevillanos a los que, como a los hermanos Tharaud, no les gusta nada la Semana Santa. Pero no hay tristeza más sensorial, más hermosamente profunda, con mayor temblor antiguo, que la de un barrio donde no salen cofradías en Semana Santa. Es una tristeza en suspensión, alzada a pulso aliviado, allí donde la ciudad tiene trabajaderas de añoranza, de abulia ensimismada. En esos barrios sin cofradías, me gusta sacarme todos los años mi papeleta de sitio en Semana Santa: una entrada de cine.

EUCARISTÍA
DE PAISAJES:

Hasta mediados de este mes de abril puede verse en el Convento de Santa Inés de Sevilla la exposición *Los paisajes andaluces. Hitos y miradas en los siglos XIX y XX*. Más o menos viene a ser como una forma de hacer turismo de paisajes en el tiempo. Ahíto de lienzos, grabados, documentales, carteles y fotografías varias, uno sale de la exposición con los pulmones oxigenados de temblor y mansedumbre ante tanto paisaje irredento en su belleza. Hay que ver estos cuadros con señorial abundancia de tiempo libre, esa indolencia celeste que tanto admiró de los andaluces Washington Irving mientras viajaba y escribía cautivado por la España silvestre.

En cierto modo el paisajismo en la pintura es otra forma dada de la literatura de viajes. Observo así los picachos del desfiladero de Despeñaperros que pintara Gustavo Doré, o las estrías en esa coraza de piedras del paraje malagueño de El Chorro, pintado al natural por Muñoz Degrain, y me parece que estoy leyendo a John Dos Passos y su *Rocinante vuelve al*

camino, aquel libro de viajes por la España harapienta de primeros del XX, escrito por entonces en armonía con los inocentes ideales de la juventud y las fiebres primerizas. Al decir que gracias a Dios los Pirineos eran maravillosamente altos, el joven Dos Passos exaltaba el anarquismo fraterno de los españoles, ajenos a la “fétida nube europea” del progreso y el odiable té con pastas de las cinco. En España había también como un anarquismo terruñero, una hermosa insolencia de tajos y quebradas que de cuando en cuando cedían la vista a valles espléndidos y ríos rumorosos de agua. Pero a Dos Passos le gustaba más la arrugada pobreza de España, que era como la redención de la vida auténtica y primigenia del hombre en libertad.

Dejando a un lado el anarquismo de paisajes, hay otros cuadros que nos hacen viajar por entre la bucolía de las golondrinas becquerianas. Para el sevillano medio, Sánchez Perrier es la calle de las oficinas de la Seguridad Social donde uno acude al reclamo del turismo del papeleo y demás menesteres propios de la caja pública. Detallismo y paisaje, fotosíntesis al óleo: eso es lo que transmiten los minuciosos cuadros que Sánchez Perrier pintara junto a la ribera decimonónica del Guadaira, en Sevilla, exponentes de esa escuela pictórica del *plén air* que tanta fama creó.

Es cierto que en varios de estos artículos me he declarado urbanita con alma de paso de cebra. Pero hay veces en que uno ha de transigir con los cantos minerales del *Beatus ille* andaluz. Porque hay cuatro estaciones del campo en Andalucía que, como dijera Muñoz Rojas, son como las cuatro esta-

ciones de Vivaldi dedicadas a las labranzas del invierno, la primavera, el estío y el otoño. Así, la calina de una mañana de estío en la campiña de la baja Andalucía la veo reflejada en el cuadro sensorial de José Arpa Perea: el color amarilloso del campo ya segado, los cardos altos y secos al borde de la vereda, al fondo la carriola y su toldilla camino del cortijo... Sólo falta el canto de la chicharra para que a uno le entre la siesta de la infancia mirando este cuadro, que es pura elegía del calor.

El 98 literario español fue más castellano que andaluz cuando vio en el paisaje meseteño buena parte de la vertebradura de España. En uno de sus destierros en París, a Unamuno le preguntaron en la calle si no le gustaban acaso los Jardines de Luxemburgo (por allí solía pasear Théophile Gautier con un bogavante atado a un cordel azul). Pero don Miguel sólo respondía “¡Gredos, Gredos!”. No había soborno posible. En la exposición pueden verse algunos cuadros del paisajismo andaluz en clave del 98 y también del 27 (el ajedrezado Albaicín de Manuel Ángeles Ortiz).

No faltan las fotografías en blanco y negro de paisajes de interior o de costa (Laurent, Mackay, Pierre Verger...), junto a otras más modernas –años 90– como las de Pérez Siquier en el Cabo de Gata. En una de ellas observo el paisaje alucinógeno y solar del desierto almeriense. Un coche aparece en primer plano, cubierto con una capota roja color carmín. Parece un fotograma de *Priscylla, reina del desierto*.

A la salida de la muestra, sumido en el colocón religioso de los bellos paisajes, me pongo estupendo y pienso en un título para este torpe artículo: *Eucaristía de paisajes*. La iglesia del

Convento de Santa Inés, anexa a la sala de exposiciones, está abierta. Decido entrar. Hay misa. El Santísimo está expuesto en la enorme oblea consagrada. Es la otra eucaristía de la tarde ya caediza. Huele a incienso, a chisporroteo de cirios y velas, a casulla de cura recién planchada. Las monjas rezan con sus voces blancas. A estas alturas uno no sabe en qué creer, pero sí al menos en lo que no creer. Si llegara a comulgar, me gustaría ver algo de lo que aseguran ver los creyentes, un paisaje de luz interior, el *plen air* del alma. De momento, de puertas adentro, sigo transitando por un paisaje yermo.

“SAN LORENZO’S
DAY” EN SEVILLA:

Hace poco, la autoridad sevillana competente en lo turístico editó una curiosa *Guía para Gays & Lesbianas*. O sea, una especie de ruta de la tolerancia o de la concordia sexual para cenar en restaurantes *gay*, para ir de tiendas haciendo *shopping gay*, para tomar copas en locales *gay* (cuarto oscuro incluido), para hacer musculación en gimnasios *gay* (con sauna por supuesto)...

Hay quien ha aplaudido el empeño que tienen nuestros municipios por mostrar a Sevilla como ciudad tolerante, abierta cual rosal en flor. Otros, bien en cambio, opinan lo contrario porque –dicen– la guía divide a Sevilla en inexplicables guetos sexuales: ¿un postre *gay* como colofón *gay* en un restaurante *gay*?

Si hay que opinar, suscribo arrebatadoramente la primera opción. Hace tiempo que Málaga y Sevilla batallan por todo (fútbol, parques empresariales, valor del metro cuadrado). El

debate sobre ciudad y cosmopolitismo lo ganó Málaga a Sevilla en tiempos de la regidora Villalobos, cuando presentó la Feria de Agosto malagueña mostrando la ciudad del poeta Pérez Estrada como ciudad tolerante, cosmopolita, sensible con el turista foráneo (era, sin duda, como un puñetazo a la odiable y clasista Feria de Abril sevillana).

El caso es que uno está de acuerdo con que Sevilla se suba al carro sexual de la modernidad más *chic*. Y si, por ejemplo, hay que mostrar el tapeo variado de su mundo *gay*, pues adelante. Bienvenida sea la edición de esta *Guía para Gays & Lesbianas*.

Ahora bien, uno también opina que para rematar el orgullo de ser tolerantes y de vivir en Sevilla, el regidor local debería ofrecer también si no otra guía como contrapunto sexual, sí al menos una feria internacional, o un simple día de fiesta en honor a la tradicional calentura del noble varón, el de tipo medio para entendernos. Ya se sabe: el Rodríguez agosteano, el furgonetero de reparto, el peón de obra, el pintor de brocha gorda, hasta el blanquecino y tímido empleado de banca. Hay miles.

Me pregunto humildemente lo siguiente. ¿Es que este mundo lleno de calientes entrañables, los de toda la vida de Dios, no se merece un día de público jolgorio? ¿Por qué no mostrar el orgullo térmico de la calentura, en armonía y solidaridad entre calientes hermanados, pongamos que entre un repartidor de butano y el feo oficial de notaría que nunca se comerá una rosca en las terrazas de verano de la noche sevillana? ¿Por qué no celebrar en Sevilla el Día Internacional del Orgullo del Caliente? ¿Por qué no una *Hot Men Parade*?

Como es sabido, agosto en Sevilla es un mes cadáver para el turismo. No sabe uno si nuestro Ayuntamiento ha caído en la cuenta de que el 10 de agosto es el día de San Lorenzo mártir (el día que por tradición debe marcar el mayor registro calorífero del año). Pues ahí tenemos la fecha señalada para animar el alicaído agosto sevillano: el *San Lorenzo's Day*.

Si el mundo *gay* tiene su santo icónico favorito en el San Sebastián flechado, los calientes de vía tradicional tienen a San Lorenzo como santo al que reverenciar. San Lorenzo, diácono del papa Sixto II (siglo III d. de C.), es el mártir de la calentura alegórica. Murió en Roma, según la leyenda, sobre una parrilla ardiente por no querer mostrar las riquezas de la Iglesia que el Papa le había confiado antes de que lo mataran. No hay mejor patrón, pues, para el caliente viril que San Lorenzo. ¿Qué me dicen, amigos de la calentura sevillana?

Uno, en fin, ya está viendo en imágenes cómo sería el *San Lorenzo's Day* en Sevilla. Una gran cabalgata tipo *Hot Men Parade* Sevilla 2006. Imagino, en lugar de la Estrella de la Ilusión de la noche de Reyes, la carroza con la Estrella de la Felación: así se abriría el simpático cortejo. Imagino la carroza en honor a la mítica cajera de supermercado. Imagino la carroza de la asesora fiscal, tan curvilínea, de mareante perfume carnal. Imagino la carroza de cualquier dependienta de zapatería, qué lorzas magníficas, qué pelos con mechas rubias. Imagino la carroza de la *Jenny* de barrio, en plena cohetería hormonal, disfrutando ajena a los celos de su *Cani* con chándal.

Imagino, en fin, tantas bellas de la Sevilla popular... Por imaginar imagino también carrozas y carrozas de calientes

velludos (por supuesto en *slip* y con los calcetines puestos). Veo cómo disfrutan en hermandad, cómo reciben los manguerazos de agua de los funcionarios de LIPASAM para refrescarlos de tanta calentura almacenada y por fin liberada. Imagino, veo y oigo cómo gritan con caliente entusiasmo: “¡Viva San Lorenzo!” “¡Viva la Sevilla plural y tolerante!” Pues eso.

COSTA
DEL SOL:
(memoria pop)

De la “costa *chic*” a la “costa *shock*”. De la década pop a los años plog. Del esnobismo al horterismo. Del *playboy* Hohenlohe a Jesús Gil (q.e.p.d.) haciendo de *boy* fondón. Este es el *striptease* a la inversa que ha mal vivido la Costa del Sol con el indecoroso desenfreno de los años. Lo que era un arcádico refugio para el *esnob* de sangre azul, el diletante en busca de la distancia de sí mismo para verse mejor como quien se aleja de un cuadro para contemplarlo en plenitud; aquel litoral donde se daban cita la impunidad del mar, la hostia consagrada del sol y la arena gorda de playa a pocos metros de un rebaño de cabras, todo ese paisaje intocado habría de ir cambiando en una operación de cirugía del ladrillo donde la efervescencia pop, la marcha carbonatada de las noches locas ha quedado convertida en una simple botella de *Coca-Cola* a la que se le ha ido el gas.

De todo este *lifting* a peor del litoral que descubriera astutamente en los 40 Enrique Soriano, marqués de Ivanrey, hasta la folclórica “Operación Malaya” de nuestros días, nos habla Juan Bonilla en su libro donde el lector se topa gratamente

con el *topless* del humor, la gracia literaria, la nostalgia abofeadora que nos hace avergonzarnos y luego reírnos cuando el tiempo nos descubre con el *Meyba* puesto frente al espejo oval de la añoranza. *La Costa del Sol en la hora pop* tiene mucho de cóctel tierno y despiadado, de espeto de sardinas de una época ebria que acabó clavada y puesta junto al fuego del mal gusto. “Todo lo que en Marbella es caricatura excesiva, es simple realidad”, escribió Félix Bayón, cronista del desmán marbellí, que fue a morir en Marbella de la única forma en que uno puede reclamar que su muerte fue ilegal y que precisa de una resurrección artificial más allá de los rezos de los fiscales anticorrupción. El corazón de Bayón, tan maleado, le falló letalmente en un centro comercial construido en suelo ilegal. Qué macabro esto de ver los planos ilegales de tu propia muerte.

Enrique Soriano, como queda dicho, fue el primer avisado que dio con aquel paraje donde se daban todas las condiciones bucólicas en que el puro atraso suele convertirse en encanto silvestre. Vendrían a ocupar el litoral muchos ex nazis que pusieron pies (y botas acharoladas) en polvorosa. Lo cuenta en *Babel in Spain* John Haywafter. Un nazi con la ceniza de los crematorios adherida a su aria mirada, Wolfgang Jugler, parecía un vejete encantador, un vecino solícito que te daba los buenos días con gracioso acento teutón y que te ayudaba incluso a sacar la basura amablemente. Pero su apartamento en la urbanización Lindasol no era otra cosa que un coqueto museo nazi en honor a la esvástica.

Son muchos los personajes que acudieron a la hora pop de la Costa del Sol. Hay de todo en este álbum de caras donde

predominan precisamente esto mismo, las caras y los caras, los pícaros. El pianista dandi Jaime de Mora y Aragón. El esteta Peter Gay. El dueño de *Pedro's* en Torremolinos, Peter Kent. Miguelito Montiel, regentador del *Sweet Miguel*, que se las ganaba de poeta, camarero y actor extra en las películas rodadas en la costa. Pulula por aquí un intruso de la elegancia ausente, las manos picudas de Jean Cocteau que delataban a un hombre de talento sereno. A Cocteau, sin embargo, le gustaba lo rumboso, como pasear en burro, pintar claveles y ver corridas de toros. ¿Recuerda alguien a la inefable Ana de Pombo? A decir de Bonilla fue la primera *hippie* española a la que le gustaba cantar el *Cara al Sol*. Era iletrada, churrigueresca, pero sabía entrar como nadie en los círculos intelectuales donde mostraba su esnobismo de boutique: si una no llevaba un sombrero caro de la tienda de Ana de Pombo (había trabajado años antes con Coco Chanel), no era nadie.

Pero todo fue cambiando. González-Ruano acabó viendo sólo a rubias en *short* y a viejos vestidos de niños. Edgar Neville, cuyas fiestas competían con las de Antonio el Bailarín (que eran las fiestas del cuarto oscuro para muchachos de la otra acera), acabó quejándose diciendo que “vinimos buscando un poso de ocultación y nos encontramos ahora con muchos que vienen a dejarse ver”. En esto acabó la fiesta pop, en una playa de gañanes, de toreros, de futbolistas, de cabareteros de la fama cuya gandulería supieron trabajársela bien en un contrasentido pinturero y envidiable, el de ser famosos sin que nadie supiera bien el porqué de su fama ganada a pulso y a impulso.

Operación bikini, El abominable hombre de la Costa del Sol, Una

vez al año ser hippie no hace daño... Películas que fueron el NODO incruento de la españolada, el “landismo” de Alfredo Landa y su velludo iberismo conquistando vikingas en bikini. Juan Bonilla dice que ver hoy estas películas producen sonrojo. No estoy de acuerdo. Producen si acaso como una lástima alegre, una forma de humor en lentitud que de nuevo nos hace vernos con el *Meyba* puesto frente al espejo de lo perdido.

Pasó el tiempo en que los jóvenes melenudos venían a Torremolinos con la furgoneta Volkswagen color violeta a pasar las noches al raso de la libertad, del LSD de las caricias, de los besos sobre la piel como de sofá de escai (eran los 60 y 70) de cualquiera que se prestara a la velocidad del sexo: “El sur, como una droga estupefaciente, nos vencía y detenía”. Lo escribe Sánchez-Dragó, que lo ha probado todo, en *Eldorado*.

La Costa del Sol, pese a todo, sigue despertando en uno la melancolía de una discoteca como cerrada por defunción de los discos de vinilo. Porque uno, sí, tú mismo, te ves dando raquetazos en el frontón de aquel chalet derruido del ministro falangista Girón en Fuengirola. O montado en la noria sentimental del *Tívoli*. O subido a un burro-taxi de Mijas. O mirando cómo era posible que pudiera escribirse el Padre-nuestro en un grano de arroz en el *Carrromato de Max*. O, ya más talludito, besando los pechos enormes de una danesa operada a la que no le importaron las cicatrices del olvido con que luego te despachó con brutal naturalidad.

Por generación (o por degeneración) yo nunca fui pop. Fui, y me temo que sigo siendo, puro plof. Sólo me queda escuchar los golpes de mar del recuerdo: chof, chof, chof.

TURISMO
DE BISTURÍ:

En los últimos años vienen poniéndose de moda los viajes con destino quirúrgico. Es el llamado “turismo del bisturí”, que ofrece un atractivo *pack* de lo más irresistible: clínica de cirugía estética, quirófano, hotel, semana de vacaciones y viaje en avión de ida y vuelta.

Es normal que el turista del bisturí se sienta atraído por el viaje que supone venir de vuelta de un absurdo cuerpo inde-seable. No hay belleza perfecta sin algo extraño en las proporciones, cosa que ya decía Bacon. Pero esto no es más que pendería trascendental, que puede servir muy bien para mirar un cuadro asimétrico de Picasso, pongo por caso, pero no para un cuerpo fondón que se da de bruces contra el odiable espejo. Porque cualquiera se mira al espejo del baño y lo de Bacon acaba mandándolo a paseo. Ay esas orejas de soplillo, ay ese abdomen cervecero, ay esa pelambreira lobuna, ay esas mamas caídas como lagrimones de fruta pocha, ay esa nariz de aguilucho ibérico, por no hablar claro está de esos piños

negros, nicotinados y encafeinados, o esa papada obispal, o esos riachuelillos de sangre muerta en las varices, o esas arañas vasculares, o esa cara seborreica con granos de punta amarilla, o ese paisaje lunar de unos muslos con celulitis... Mejor no seguir, ¿verdad?. Dado el panorama, ¿quién no se mete a turista del bisturí? Para que luego hablen de la otra cirugía del alma, de la belleza interior, del atractivo invisible... Paparruchas. El espejo, como el maldito algodón del anuncio, no engaña, amigo Bacon.

Por lo que parece, el “turismo del bisturí” tiene muchas veces su encanto trasatlántico. En Colombia mismo se practica mucho el viaje quirúrgico a bajo costo. Los expertos en medicina estética advierten que hay que desconfiar de algunos de estos talleres de chatarra corporal. Allí, dicen, no sólo hay turistas del bisturí, sino turistas médicos, titulados en fontanería estética, que hacen escala en el quirófano de turno, operan dándole alegría a tu cuerpo, Macarena, y se van sin esperar a las horas cruciales del postoperatorio. El peligro de pasar a mejor vida, de atravesar definitivamente el espejo del baño para no volver jamás, siempre está ahí.

Más cerca que Colombia, en una clínica de Marbella, la esposa del presidente de Nigeria, en su afán por mejorar el rostro de la patria, se fue a criar malvas sin decirnos qué había fallado en su *pack* de turista del bisturí: si el quirófano, si el hotel que no tenía vistas al mar, si la incomodidad del avión en el que había venido... Como se lleva mucho el llamado turismo activo o de aventura, el “turismo del bisturí” también ofrece su descarga aventurera: nada más y nada menos que a las rutas del más allá tenebroso.

Lo de la presidenta consorte de Nigeria (que Dios la guarde en su quirófano celestial), no tiene por qué hacer peligrar la futura boyantía del “turismo del bisturí”. En España, que es destino principal (y sobre todo en zona de costa como la de Málaga), se realizan al año 350.000 operaciones de cirugía estética. Incluso hay turistas del bisturí muy precoces a los que les gusta mucho visitar los museos quirúrgicos. Son adolescentes que, además del móvil o la moto, le piden a sus padres como regalo de cumpleaños una operación mamaria o una perfiloplastia de nariz y barbilla. Son estos chavales muy juiciosos y prácticos. Se ve que no les convence nada la pamplina esta de la belleza interior y prefieren tocar carne, por muy operada que esté.

Lee uno las hojas informativas de las clínicas de cirugía estética y le comen unas ganas irrefrenables de entrar inmediatamente en quirófano. Las clínicas son como hoteles de gran belleza quirúrgica, todo muy diáfano, todo muy aséptico. Pongamos que te operan de otoplastia (o sea, adiós al tormento infantil de tus orejas de *Dumbo*). Luego te llevan a los llamados boxes de recuperación, donde se aúnan confort y primeros auxilios mediante gases medicinales y el control monitorizado de tu nuevo cuerpo, de tu nueva vida.

Lo dicho: Bacon, vete a paseo.

ESTAMBUL,
LUZ MOJADA:

A veces la literatura se parece a un mapa de ciudades, de multitudes informes, de barrios y callejas cuyo dédalo de grises adoquines nos lleva a la vieja collación de la memoria. A través de las novelas uno se entretiene deambulando por las provincianas galeradas de ciudades tan literarias como la Vestusta de Clarín, como la Middelmarch de Mary Ann Evans (o George Eliot, que era el nombre de varón al que le obligó el olorcillo a té con pastas de la Inglaterra victoriana).

Hay ciudades que parecen estar hechas más para ser leídas que transitadas a ritmo del campanón del placer y la demora. Son ciudades más perfilíneas que reales, ciudades resistentes en su empeño imaginario y que uno visita en tardes de lluvia oblicua, como éstas de diciembre que ahora se nos vienen encima irreparablemente. De entre estas Ciudades de las Letras de las que hablo, Lisboa es un fado de ultramar que se hunde en la raya última del océano, allí donde encallan los buques literarios de la bucolía, de la pérdida, junto a las medusas del

olvido. Describiendo como bien pudo la intraducible *saudade* portuguesa, el gran Indro Montanelli decía que la *saudade* era como “el estado oscilante entre la nostalgia de los horizontes perdidos y la añoranza de las esperanzas decepcionadas”. La *saudade* ha dado lugar a suicidas elegantes, como el escritor Mario de Sá-Carneiro, que se fue a morir a París, sobre una cama de hotel, vestido con esmoquin. Otro caballero de letras y *saudades*, Antero de Quental, se suicidó honradamente frente al mar de las Azores. Antes de caer en brazos de La Turbia Musa, su agusanada amante, el suicida había dibujado un ancla aguamarina sobre la pared del convento donde murió con absoluto decoro.

Como Lisboa, otra ciudad de color ámbar es Estambul, la ciudad demediada entre la alfombra voladora del Oriente y la próspera cartografía del Occidente. En *Estambul, ciudades y recuerdos* del Nobel Orhan Pamuk, uno aprende a deambular por Estambul sintiendo la nieblura decadente del Bósforo. Habla Pamuk de una especie de *saudade* turca, de un sentimiento compartido de amargura pálida, como si los estambulíes arrastraran olores pardos a ropavejero, a casa de empeños, a decadencia por la humedecida batalla del paso del tiempo. Dice Pamuk que los estambulíes llevan con dolor y orgullo inextricable el opio de la amargura: lo que antaño tuvieron de fama y gloria, y lo que hoy arrastran de sí mismos por entre perros callejeros con sarna y porteadores que llevan con oficio (los vemos en las fotos del libro) el bulto maltrecho del pasado.

Habla también Pamuk de fogatas cegadoras, como las de aquellas casonas de madera noble que ardían en deportiva

competencia a orillas del Bósforo. Habla de anuncios en calles destartaladas, como el de un pobre sacamuelas o el de un vendedor de fajas para señoras orondas. Habla, en fin, de una ciudad que huele a cardenillo, con alminares de esplendorosa derrota y nómina también de suicidas ilustres frente al mar de Mármara. Fue el caso del poeta Nerval, que murió colgado de una farola municipal, una farola de luz cansada, como mojada, con ese cansancio de luces bajas que tiene el Estambul de Pamuk.

A una ciudad que empezaba a gangrenarse, era lógico que llegaran viajeros enfermos como Flaubert, que ocultaba su purulento pene a causa de la sífilis. Al igual que este nuestro sur peninsular, el sur de los aceites y la zarza mora, Estambul irradió su hechizo entre los viajeros del XIX que ya nos habían visitado en busca de las caderas orientales de lo andaluz. Edmundo de Amicis o Gautier (autor este de uno de los más bellos libros escritos sobre Estambul: *Constantinopla*), buscaron la sensualidad que no encontraban en sus países drogados de tedio, de orden insoportable. El propio Gautier llegó a gritar que prefería la lapidación al aburrimiento.

Yo no llego a tanto en estas fechas tan próximas a ese turrón de podrida almendra que es la Navidad (a ver si nos enteramos). Prefiero parecerme a esos manchurroneos oscuros que aparecen en las fotos del libro de Pamuk. Son transeúntes melancólicos, jorobados, ausentes. Gente que aparece así por entre la pesadumbre, paseando bajo el halo turbio de las farolas, esas farolas que dan una luz como mojada, que es la luz del cansancio.

EL TURISTA
DAN BROWN:

Según lo previsto por la mercadotecnia del libro, la próxima semana se pone a la venta *La fortaleza digital* de Dan Brown, ese virrey del *best seller* con cara de niño bueno.

Al parecer, por lo que anticipa la prensa, se trata de un *tecnno-thriller*: la busca de un ordenador capaz de descifrar textos codificados. O sea, que tenemos un *best seller* digital con olor a crimen y a trama apabullante, donde se nos cuela además la sombra todopoderosa de un gran dinosaurio con gabardina de espía: la Agencia USA de Seguridad Nacional.

Hasta ahí todo bien para el fiel lector de Dan Brown y sus novelas tipo *pudding*, en las que suelen mezclarse algo de ciencia-ficción, simbolismo, arte religioso y sociedades secretas. Sólo que ahora, encima, *La fortaleza digital* pone su toque virtual, su toque politiqueril al servicio del viejo (y a veces odiable) Tío Sam.

Hasta ahí, decía, todo bien. Sin embargo, parece que Dan

Brown, haciendo honor a su apellido, nos ha dejado un buen *brown*, un buen marrón quiere decirse. Porque es Sevilla la que aparece como telón de fondo y no precisamente como la ciudad de la gracia, de los cielos azul purísima, del embrujo de sus calles y plazuelas. Por el contrario, el marrón de Brown nos deja la visión de una ciudad donde sus hospitales huelen a orina, las cabinas de teléfono no funcionan, la policía fuma *Ducados* en sitios donde está prohibido fumar, la Guardia Civil es del todo sobornable y hasta la Giralda es una torre asesina de turistas: “Las escaleras eran empinadas, aquí habían muerto turistas. Esto no era América, no había señalizaciones de seguridad, ni pasamanos, ni avisos sobre pólizas de seguros. Esto era España”, se lee en la novela.

Nomen Dominis Turris Fortissima (“El nombre de Dios es la torre más alta”), reza la inscripción de la Giralda en lo alto. Uno siempre ha creído que los suicidas que antaño se arrojaban desde la Giralda eran maridos cornudos, empresarios en apuros o ateos arrepentidos que purgaban su depresión haciendo de vengejos en plan kamikaze. Pues no, para Dan Brown eran turistas que, acalorados por la subida en cuesta y ante la denunciante falta de pasamanos, resbalaban y caían al innoble suelo sevillano, con el desdoro de hacerlo además junto a las cacas de los coches de caballos, que tienen justo su maloliente parada a los pies de la Giralda asesina.

Esta es, pues, la visión de Sevilla que tiene el turista Dan Brown. El Ayuntamiento, con mucho de cordialidad postiza, lo ha invitado a pasar unos días en la ciudad para desautorizar lo escrito en la novelita de marras. Con vistas a paliar los posi-

bles efectos negativos para el turismo, se podrían hacer masivas ediciones para mesillas de hotel con títulos traducidos de *Ocnos* (Cernuda), *Sevilla en los labios* (Romero Murube), *Paseando por la ciudad de la gracia* (José María Izquierdo), *Sevilla del buen recuerdo* (Rafael Laffón), *La ciudad* (Chaves Nogales)... En fin, clásicos algo antañones, con prosa de nenúfares y cales blancas a fin de recomponer el duende canónico de la ciudad.

Me pregunto si no habrá un tour-operador avispado que aproveche el marrón de Brown y proponga visitas a los ángulos residuales de Sevilla como complemento perfecto a lo leído en la novela. Serían paquetes turísticos para quienes busquen algo fuera de los tradicionales y aburridos recorridos en barco por el Guadalquivir, las caminatas por el barrio de Santa Cruz o el Parque de María Luisa. Nada de eso. Serían, por ejemplo, visitas magníficas a las chabolas de El Vacie, con su paisaje de ratas-tigre, sus jeringuillas de yonkis, su gitaneo armado hasta los dientes... O visitas también a lo peor de las 3.000 Viviendas, a un cuarto piso cualquiera, donde uno pueda hacerse fotos en el salón junto a un burro amarrado a un semáforo robado no se sabe bien para qué.

Ya puestos, lo de Dan Brown me parece poca cosa.

CANCIÓN
DEL VERANO:

H^a llegado por fin el verano con su camiseta aguamarina, sus pulseras de sonrisas abiertas y francas. Sí, ha llegado el verano como una dicha recuperada. El que más y el que menos se pone algo nostálgico y líricón en esta época de luces ebrias. Qué remedio. Es en verano cuando atardece en nuestra memoria y volvemos por la senda de las migas de pan que fueron los recuerdos amables. Porque ha llegado el verano y todos saludamos al solsticio de lo que fueron los buenos tiempos, sin reparar, ay, en las sombras que ahora tal vez somos, mientras vamos dejando por ahí su rastro medio perdido, sus huellas como de chancas usadas.

Ha llegado el verano, ya ven. Justo ahora celebramos las viandas de la vida cuando la inagotable luz se derrama sobre los pies descalzos. Todos los años, siempre que llega el verano, me acuerdo de la hora final de la mujer del escritor Claudio Magris (el inmenso Magris que tantas veces ha aparecido por estos artículos). Con la muerte subiéndole ya por la gar-

ganta, agarrada a la mano del marido, la moribunda tuvo fuerzas para irse del mundo con belleza: “Hemos tenido nuestro verano”, dijo feliz. Por eso el verano tiene algo también como de unción de enfermos, de límpida confesión del que va a apagar todas las luces, no sólo las del verano memorable. Aquella mujer que se iba mar adentro agradecía a su compañero de viaje las muchas cosas compartidas, los cielos azules, la pleamar del amor, el cobijo fresco de la higuera y la calma. Cosas del verano.

Con su cálido refugio de infancia, como ha escrito el mismo Magris, el verano es siempre la frontera. Claro está, sin embargo, que no a todos les gusta atravesar esta aduana de la luz y la recordación. Antes que nostalgia, para muchos el verano es una tortura calcinante, una medusa de sudor pegajoso. Precisamente, para compensar los empachos liricoides del verano, a veces me da por leer lo que escribe Strindberg en sus diarios. Strindberg es el frío vigía del invierno. Para su alma atormentada (que también reflejó en los cuadros que pintó), el verano era el estío del desánimo y la depresión: “Gracias a Dios que ha terminado el verano. Sería feliz si fuera invierno todo el año”, dejó escrito. Uno lo imagina siempre así, abrigado en su friolenta locura, escribiendo y pintando por entre un círculo polar de sombras blancas como icebergs. Creo que hay muchos que pertenecen al club de Strindberg, a los que no hay que reprocharles que les guste ese iglú de invierno llamado soledad. Y ya que oficialmente el verano es época de ocios y lecturas, recomiendo leer al sueco gruñón. Verán qué ducha fría contra las calores.

Desde luego habrá quien prefiera la literatura de mar de toda la vida. Ya se sabe: Melville, Conrad, Stevenson... Los “clásicos” de los mares literarios. Pero quien odie la calina y si encima no le gusta nadar ni siquiera a través de los libros (hay muchos lectores de secano), tiene en Strindberg a un buen amigo con quien añorar las lejanas tardes de lluvia. Y es que, año tras año, siempre ocurre la misma batalla sentimental con el verano. Es cierto, como se ha dicho, que el verano tiene mucho de relumbre metafórico, de grata bucolía. Pero luego llega –¿cómo decirlo?– el contraverano sentimental, mucho más real, incluso a ratos pavoroso. Es el verano grosero de los chiringuitos, de las playas convertidas en “campos de concentración del placer”, como dice Eugenio Trías con ingeniosa brutalidad.

Según parece, por estos pagos del sur se está imponiendo otra clase de turista ajeno a la oferta de sol y playa. Está muy bien que el turista haya ido depurando sus ocios. Bienvenido sea el turista finolis. Sin embargo, habría que proteger también al turista cañí de toda la vida, el turista de hamaca y disco-pub, sensible a las rutas culturales de la sangría y la pae-lla. Es esa forma de turismo hortera, pero entrañable en el fondo, que tantas divisas ha dejado en nuestro recuerdo.

JULIO Y EL VERANE-
ANTE SENTIMENTAL:

De unos años a esta parte el mes de julio parece haberse convertido en el museo del veraneante sentimental. La propia palabra veraneante ha ido como cayendo en desuso, como si remitiera a la fiambarrera del pasado, donde uno, al reconocer ese olor frío a filete empanado del ayer, se avergonzara de su antigua condición de dominguero, de veraneante al cabo de los años.

Julio ya no es lo que era, aquella primera y larga caravana de veraneantes en ruta, rumbo a las playas, a los litorales del ocio, a los rompeolas de la multitud. Julio es más bien hoy como un balón pinchado de *Nivea*. Los telediarios casi no hablan ya de la primera y gran “Operación Salida”. De las ciudades, de sus multiplicaciones de días rutinarios, apenas se ven coches que salgan el 1 de julio cargados de maletones y colchones enrollados en las bacas.

De niño uno veía pasar por la avenida junto a casa esos

coches festivos en dirección a Cádiz, a Málaga, a Huelva. Haciendo memoria setentera, Sevilla se despejaba en buena parte a primeros de julio. Faltaba todavía la despoblación total de agosto, pero en julio se notaba ya que en la ciudad había como calvas por las calles, que faltaba gente. El comercio tradicional empezaba a cerrar por vacaciones. Se notaba en el ambiente como una bucolía de ausencia, de primera parálisis en los afanes diarios.

Era julio. Por la avenida de adoquines junto a casa se veían pasar los *Seat 124*, los *Supermirafiori*, los *Renault 12* familiares camino de las playas, y entonces uno contaba los pocos días que le faltaban para irse también a la playa, el día 3, el día 4 de julio, cuando el alto mando familiar hubiera resuelto los últimos incordios laborales, días de espera que tópicamente se hacían interminables.

Sí, uno ha sido veraneante de julio, veraneante de clase media, veraneante de 30 días en apartamento de costa. Las mil y una tendencias del turismo moderno hacen impensable que hoy nadie ejerza el veraneo de 30 días seguidos. El turista a la última busca la excelencia sutil, el esnobismo de unas fechas abrigadas en los pliegues más inusuales del calendario: unos días dorados en octubre, una escapada furtiva en febrero... Por eso el veraneante de principio a fin de julio, ese bañista en hidropedal que algunos fuimos, ha quedado para poco menos que para un cromo sentimental en el viejo álbum del veraneo. Ve-ra-neo... Hasta la palabra veraneo tiene también una textura como de bañador *Meyba* a rayas. Quedan lejos los veraneos de ambigü y selecta nevería, todo lo más lo que

queda ya es la selecta fantasmagoría de esos cromos donde ahora, mal que bien, nos entrevemos.

Al fin, después de tanta espera, llegaba el día de salida camino del mar, a Fuengirola, a la Costa del Sol, con su lontananza vertical de apartamentos apiñados, de hoteles a pie de playa. Recuerda uno el viaje en coche por una carretera de doble vía, sembrada de baches y parcherones de alquitrán caliente. El largo viaje tenía su paso fronterizo por el pueblo de La Roda de Andalucía. Allí parábamos a desayunar: aquella rueda de jeringos que mojábamos en el café con leche, los lotos aceitosos que flotaban sobre el café, y luego el dolor de barriga subiendo lastimosamente por la Cuesta del Romeral.

Al poco nos aguardaba también la diversión infantil de atravesar los túneles que entonces nos parecían como un gusano loco de feria con su capota no de lona, sino de piedra ingeniera. Al atravesar por Málaga, atentos a las indicaciones para no perdernos dentro de la ciudad, el niño veraneante se distraía intentando ver el mar azul entre los bloques de edificios que quedaban a la izquierda. Y aparecía entonces el mar, la dádiva líquida y majestuosa que nos ofrecía nuestro destino de veraneantes.

El resto forma parte del consabido museo sentimental: las olas espumosas en días de oleaje, las primeras turistas nórdicas con las domingas al aire, el rubor de un primer amor confuso, el ruido grosero de los chiringuitos atestados... Era julio y su museo de ebriedades. Las de un veraneante que ahora anda perdido por entre este nuevo julio de ofertas en internet y vuelos baratos a los nuevos tiempos.

EL CORAZÓN
DESMANDA:

Para el viajero errabundo no hay mejor crucero fluvial que el que recorre las venas de su propia sangre. Es el crucero de la inquietud sobre el agua dulce de la calma, lo que parece un lírico contrasentido entre el nervio y el crepúsculo tardo. En su peregrinar a ninguna parte el viajero de sangre, el auténtico trotamundos, siempre acaba atracando en los muelles del corazón, con el amarre provisional de sus vísceras de alma inquieta. ¿Por qué hablo tanto de glóbulos rojos, de venas, de vísceras musculadas? ¿Estoy escribiendo sobre viajes o sobre el resultado de unos análisis clínicos? ¿Por qué tanta metáfora sanguínea? Pues porque este viaje sentimental en forma de libro lo ha titulado su autor *El corazón manda*, publicado en la editorial Point de Lunettes y que inaugura la colección “Andalucía y la prensa” en colaboración con los dineros públicos de la Consejería de Turismo. Hay mucho corazón, hay mucha pulsación de sensaciones puestas en este libro.

Tengo que decir que estoy amistosamente en desacuerdo

con el título, *El corazón manda*. Creo yo que el corazón no manda, sino desmanda. El *homo viator*, el hombre en ruta consigo mismo, siempre se deja llevar por la brújula de un corazón desmandado. La inquietud, el afán de curiosidad es algo que siempre resulta indomable. Es así como se llega a todo lugar y a ninguno en particular, y en esto se parecen los buenos viajeros a los buenos lectores, en el desorden con el que discurren hacia el más placentero barullo de lugares de paso, de libros que nos van saliendo al encuentro por puro azar.

¿Qué pedía Stevenson para viajar a la aventura? Pues nada más que un sol sobre su cabeza y un suelo bajo sus pies. Es lo que hace Manuel Mateo Pérez en su muy pateado libro de viajes. Se trata de un libre deambular por una Andalucía insólita, escogida a capricho, fuera de las ataduras de las rutas oficiales del turismo programado. Insólita es la Andalucía de Manuel Mateo Pérez, como insólito es el milagro de poder viajar solitariamente en estos tiempos donde el turismo es un negociado de paisajes al por mayor. Precisamente porque se es poco creyente, uno llega a creer en los milagros. Y un milagro hoy día es poder viajar en soledad, sin despertar sospechas, huyendo en lo posible del aterrador turismo de masas, con su olor informe a humanidad (estamos en julio y hay que evitar los malos olores a pinreles y sobacos).

A ese sol sobre la cabeza y a ese suelo bajo los pies de Stevenson, sólo falta añadir la deseable mochila a la espalda, que no es otra cosa que la carga ligera de la libertad. De esta guisa va recorriendo Manuel Mateo Pérez la Andalucía hori-

zontal y vertical, anotando en su cuaderno el perfil de los detalles y la coquetería inadvertida: balcones, arquivoltas, guijarros en el camino, veletas, olores de un mercado donde se pregunta a cómo está el kilo del paso del tiempo... En cualquier caso se trata de una Andalucía diversa, cuya desmesura a veces no permite dar con el adjetivo exacto. Resulta agradable que Manuel Mateo Pérez no haya tirado del almíbar para dar cuenta de lo que va viendo embelesadamente. Lo bello es bello y lo feo es feo. La buena prosa de paisajes está llena de presentismo, donde cabe el pormenor, la sensación efímera, la viruta del detalle que luego quedará reflejada en el morir inmortal de una buena frase. *El corazón manda* reúne esa prosa no dulzona, pero donde el estilo se convierte en gárgola hermosamente adjetivada. A eso se le une el gusto por la anécdota y el ameno cronismo de época, que es lo propio del viajero avisado en el oficio.

No sabe uno qué elegir de entre los pasajes del libro. Tal vez el erotismo de Córdoba, el pubis de la ciudad descrita en los cuadros sensuales del galán y pintor, tanto monta, que fuera Julio Romero de Torres. Tal vez la sedienta alucinación de paisajes a través de esos pueblos perdidos de Almería, con sus nombres tan raros como Chercos o Códbar, que suenan como a desierto y en donde uno puede encontrarse con una pareja de *hippies* venidos de Amsterdam en busca de un sueño: que nadie los encuentre. Tal vez también la Granada transida de otoño, de tristeza, de soles bajos como de hoja caduca y que ya entreviera Juan Ramón en sus *Olvidos* nazaríes: “Luego iremos todos los otoños a Granada a morirnos un poco”.

O tal vez los paisajes trágicos con arbustos negros de cadáveres en la memoria, como en el caso de los mineros muertos un 30 de enero de 1921 en la mina Virgen de Araceli en La Carolina, patria chica –infancia aparte– del autor.

Si uno, como dije, no aprueba amistosamente del todo el título de *El corazón manda*, sí que está de acuerdo con el autor en sus preferencias por las ciudades y no por las supuestas arcadías de los pueblos pequeños, anestesiados en su aburrida inocencia y donde las horas son como tañidos de moscardones que zumban en la nada. Los corazones se desmandan mejor sobre los asfaltos calientes, entre el bullicio urbano del anonimato, que bajo la luz vinosa de una hoja de parra en el campo.

A GUA, TOCA-
DO, HUNDIDO:

En la adolescencia las guerras de barquitos lo convertían a uno en un elegante almirante de Marina de otros tiempos, tipo Nelson o Gravina.

Sobre el pupitre de clase, en una hoja arrancada del bloc, se ajustaban las coordenadas precarias para el combate: C1, H6, Q9... Si el almirante enemigo respondía “¡agua!”, entonces señalábamos la cruz correspondiente en aquel crucigrama naval, en espera de que los artilleros mejorasen la puntería. Pero cuando el almirante contrario respondía “¡tocado!”, enseguida nos entraba un subidón de gloria victoriosa, y no cejábamos en nuestro empeño hasta que el mando del pupitre de enfrente anunciaba su derrota sin quiebra alguna del honor: “¡hundido!”

Por entonces, como digo, nos gustaba mucho desplegar el velamen de la fantasía. Así iban pasando en clase las largas horas del aburrimiento, que ese sí que era sin duda el navío más temible, el a-bu-rr-i-mien-to, siempre flotando en las

aguas de la calma chicha (la sola palabra, aburrimiento, nos parecía además –y hoy me lo sigue pareciendo– un barco de interminable eslora).

En cierto modo los recuerdos son como una guerra de barquitos, restos de memoria submarina. Menos mal que a uno le reconforta saber que hay quien se preocupa por la arqueología del fondo de los mares y que, en parte o en todo, de alguna manera tiene que ver también con los tiempos gloriosos en que fuimos almirantes de la imaginación. Así, con vistas a conmemorar el bicentenario de la batalla de Trafalgar (1805), se quiere levantar en la lonja de Barbate un centro de interpretación de lo que fue el combate naval más épico de todos los tiempos. No está nada mal fomentar la arqueología submarina y, de paso, promover también el turismo aficionado a bucear, si así puede decirse, entre las aguas abisales de la Historia.

La costa de Cádiz, al parecer, está llena de corales de madera podrida. Son restos de navíos que se fueron a pique durante la mítica batalla, como el *Santísima Trinidad*, al que Galdós llamó “El Escorial de los mares”. Hundido frente a Zahara, “El Escorial de los mares” no habría podido combatir en los estrechos límites de nuestros crucigramas navales que solíamos perpetrar hace tiempo en el colegio. Incluso todavía hoy sigue reposando bajo el mar el mayor ataúd marino de la Historia de España, con sus 62 metros de eslora, 4.000 toneladas de peso, 140 cañones y sus 1.000 hombres, los cuales murieron ahogados la mayoría en las aguas del viejo Mar Tenebroso.

He oído que una fundación norteamericana lleva tiempo buscando los restos de lo que fue aquel monasterio flotante. Según parece ya ha dado con lo que podrían ser los otros restos del *Bucentaure*, el buque del inepto Villeneuve, el edecán de Napoleón responsable de la escuadra franco-española. Otros navíos españoles (el *Argonauta*, el *Bahama*, el *San Agustín*, el *Neptuno*) siguen hundidos en el mar, a la espera de que alguien los rescate del tenebroso silencio abisal.

Un ahogado –o eso me parece a mí– acaba siempre convertido en una especie de alga hinchada y macabra. Quizá en las bodegas de estos barcos nos aguarden todavía los cadáveres hinchados de nuestra mala conciencia. Son los naufragos del olvido, la arqueología funeraria de aquellas tripulaciones formadas por labriegos, pastores, reos y mendigos que fueron reclutados a la fuerza. Uno los imagina aun hoy pidiendo auxilio a los chicos del *windsurf*, que tanto se divierten arriba, en la superficie del emborregado mar a causa del viento magnífico. Hay algo de indecoroso, no sé, en las virguerías náuticas de estos chicos tan rubios, tan guapos todos, ajenos al doloroso purgatorio del fondo del mar.

Veo muy bien esto de fomentar la arqueología submarina, convertirse uno en buzo, sin miedo a los fantasmas de la marinería de estos barcos hundidos que sólo buscan, por fin, llegar a un puerto digno: el reconocimiento. No todo van a ser *yinkanas* sobre el rizado mar del verano, ¿verdad, chicos del *windsurf*?

AYALA, CIUDA-
DES Y LAGARTIJAS:

La memoria tiene sus tejidos de infancia. Al cabo del tiempo, la acordanza de la vieja patria se convierte en un rabo de lagartija que culebrea en el cerebro de cada cual.

Es lo que una vez le pasó a Francisco Ayala en Puerto Rico. De pronto, mientras está escribiendo en su mesa de estudio, una lagartija se cuela en la habitación. Es la misma lagartija de infancia, el rabo de esa infancia granadina que culebrea en la memoria polvosa de olvidos. Quien de niño no haya cortado el rabo a una lagartija, no haya visto esa serpentina agónica desgajada del pobre y tullido reptil, entonces es que no ha crecido en la lenta crueldad del asombro. En eso mismo, en el silente desguace del asombro, vamos perdiendo de a poco la inocencia.

Este episodio de la lagartija lo cuenta Ayala en su libro *Recuerdos y olvidos*. Son las memorias centenarias del hombre centenario que hoy es este viejo paseante de ciudades. Faz y contrafaz del recuerdo, el libro está escrito por este viajero despojado que siempre ha sido Ayala.

Trasterrado de sí mismo, Ayala no presume de las escoceduras, del amargor del exiliado que acaba pidiendo cuentas no se sabe a quién o a qué. La suya es una nostalgia de mar calma. Pese a la Granada mineral de su infancia y adolescencia, Ayala ha vivido de ciudad en ciudad con despego y conciencia fértil del desarraigo. Nunca ha presumido del dolor de la añoranza. Profesor invitado en universidades, conferencias y *bolos*, trabajos de ocasión en editoriales, cuadernos de notas en casas de alquiler... He aquí la maleta itinerante de este “hombre cien”, de este trotaciudades sin parada fija. Antes del exilio por la Guerra Civil, el viajero Ayala ya había visitado el olor a cebada alegre de la cerveza en Berlín. Fue en 1929, mucho antes de los negros barruntos del nazismo.

Derrotada la República, la primera terminal de su exilio será Santo Domingo. Allí el Benefactor Trujillo acoge sospechosamente al correo de españoles exiliados que, con olor a casa de empeños, desembarcan en la isla. Trujillo dice querer “blanquear la raza” para disminuir así la zumbona negritud de su pueblo (si no han leído *La Fiesta del Chivo* de Vargas Llosa a propósito de la dictadura de Trujillo, no sé a qué esperan).

Luego, los años 40 llevarán a Ayala a la promisoría Argentina, donde el presidente Ortiz, de sangre vasca, sólo concede sinecuras y cariños de bienvenida a los exiliados vascos. En la arterial Buenos Aires, Ayala está ya empezando a dar cuerpo a esa literatura de viajes y nombres que son sus *Recuerdos y olvidos*: Borges, la Ocampo, Bioy-Casares, la editorial Losada...

Desde la albiceleste Argentina, el viajero Ayala marcha después a Brasil, a Río de Janeiro. Aquí la memoria se vuelve cru-

jiente cuando recuerda cómo eran las enormes cucarachas voladoras que, mientras escribía, entraban por el balcón de... ¡un sexto piso! La hermosa Río de Janeiro tendrá para siempre recuerdos crujientes de cucarachas espachurradas con pantuflas.

Luego, el peronismo ambiental de la Argentina le hará marchar a Puerto Rico. Allí llegará el grande Juan Ramón Jiménez, pero también el JRJ aprensivo y pejiquera, rodeado de batas blancas solícitas al cuidado de sus nervios.

Al cabo Ayala regresa a Europa. Viaje por Francia. Viaje por Italia, por Venecia y Roma. Es en Roma donde Ayala percibe el turismo-masa de hoy día, cuando en la Capilla Sixtina se topa con turistas en calzón corto y velludas pantorrillas, y señoritas faldicortas devorando sandwiches vegetales...

De nuevo pondrá rumbo a las Américas. En Nueva York Ayala se topará con la presencia húmeda y repugnante de la muerte: la Gran Manzana tiene para él un enorme agujero de gusano, la muerte. Después vendrán sus exóticos viajes con turbante por el Oriente Medio: Estambul, Beirut, la desilusionante Bagdad...

¿Y España? A modo de intermitencias emocionales, el ciudadano de ciudades que es Ayala regresará a España en los 60. Es una España de rostros desnutridos, que huele como a *Avecrem*. Anota algunas gratas impresiones de Córdoba y Sevilla. Pero su viaje sentimental, pese a sus muchos despojos, está en la vieja lagartija del recuerdo, su Granada natal.

“Mi memoria se deja llevar a la horca antes que confesar lo que ocultan sus palimpsestos”, dice Ayala. Granada es memoria de palimpsesto, memoria de trampantojo.

VAGABUNDEO,
VAGAMUNDEO:

Hay libros en sí mismos errabundos, tanto como el escritor errante que los concibe. Son libros escritos por quien al cabo del tiempo lleva con orgullo la corona de laurel de la pereza y presume de indolencia esnob. Mauricio Wiesenthal, nuestro errabundo cronista, es como un suicida de la demora y de las buenas maneras de la lentitud excelsa. No poco mérito tiene ser hoy un esteta de la pausa con los tiempos veloces que corren, donde no se atiende a las exquisiteces del aburrimiento como una forma soberana de la contemplación. *El esnobismo de las golondrinas* es un libro apabullante, agradeciblemente caótico. A la sombra en buena parte de su maestro y cicerone espiritual, ¡el gran Stefan Zweig!, Wiesenthal nos lleva de ciudad en ciudad, de época en época, haciendo inventario cultural de medio mundo vivido y viajado, servido y comido. Lo mismo nos habla de las célebres almorranas del muy taimado cardenal Richelieu, que de las aguas de cerveza negra del río Liffey a su paso por el Dublín oscuro y beodo de Joyce. Como digo, es el suyo un libro hermosamente des-

baratado, donde asoma la melancolía de la magdalena de Proust, la erudición brillante (pero no pedante), o el humor desprendido de quien viene de vuelta de todo y ha vivido lo mismo entre las pompas del lujo que entre el ruido a tuberías de quien ha pasado hambre pero sin perder el decoro de los estetas sin blanca (esto creo yo que es la poética de la vejez: reírse de no mismo sin que importe enseñar las manchas del tiempo en los dientes).

El lector va así sin descanso alguno de aquí para allá: ora sentado en el mítico *Orient Express* a lo largo del ferrocarril de las nostalgias, ora montado en una *Vespa* pedorrera dando vueltas y revueltas por la Roma más caótica. Sin embargo uno acaba agradeciendo este ceremonial desorden y desea seguir bebiendo sin parar de las páginas del libro –1.160–, ajeno al inevitable escozor de los ojos, que desde luego acaban tan rojos como dos amapolas de sangre. Son las cosas que tiene el cada vez más infrecuente entusiasmo por la lectura.

Eso sí, aunque el autor se esmera en explicar poéticamente el porqué del “golondrinero” título de su libro (*El esnobismo de las golondrinas*, como he dicho), a uno no termina de convencerle su ornitológico lirismo. Sí hay que agradecerle que al menos hable de golondrinas y no de esas ratas del aire, tan sucias y bobaliconas, que son las puñeteras palomas y cuyas cagadas, aparte de pudrir iglesias y catedrales, nos manchan las chaquetas de estreno en estricta aplicación de la Ley de Murphy. Apuntado este imprudente “pero” a su hermosa caminata literaria de más de mil páginas (repito: 1.160), el libro de Wiesenthal nos reconcilia con una de las más bellas artes:

la literatura inútil. Porque poco a poco va leyendo uno el libro y, sin quererlo, va entrando como en una especie de abatimiento aristocrático, de *spleen* de sillón relax, hasta que suena el móvil o el porterillo electrónico para destrozamiento de nuestro más sereno orgasmo de soledad y silencio cartujo.

La lengua alemana, pese a Goethe, suele tener palabras estropajosas, que se agarran a la garganta como una mala hoja de alcachofa. Pero como dice el autor hay palabras en alemán que dan con lo que se quiere expresar de forma exacta, cual álgebra de la semántica. Sólo en Viena –anota Wiesenthal– puede sentir el paseante la llamada *Gesichtsmüde*, esa especie de “fatiga de la historia”, que es lo propio de las ciudades cansadizas de la vieja Europa o, por mejor decir, de la ruinosa y añorada Mittleuropa, drogada por el sueño de agua cobriza del Danubio. Cual viajero errabundo, Wiesenthal es uno de los últimos peregrinos de ese “viaje despreocupado”, sin ataduras, que en alemán también se da en llamar el *Wanderlust*.

Wiesenthal es también uno de esos romeros de la inmortalidad de los que hablaba Unamuno, vasco españolísimo (disculpen el pleonasma), a quien tantas veces hemos citado en estos articulajos. Desde luego uno tiene poco o nada de romero de la inmortalidad. Si acaso, a lo que modestamente alcanzo a ser es sólo un mero peatón perplejo, un dominguero de la mortalidad. Pero uno se viene arriba de vez en vez cuando se leen libros como este de Mauricio Wiesenthal. Uno acaba sintiendo como el hormigueo cultural del paso del tiempo, una especie de viaje astral hacia la borrachera del instante y que acaba en el mejor lugar posible: en ninguna parte. La

Costa Azul francesa (con su guillotina de mar de plata); Brujas (el sonido a muerte de los carillones de sus relojes); la luz de fiordo vikingo de Estocolmo (“en el destino escandinavo –dirá Borges– todo ocurre como en un sueño, en una bola de cristal); la Inglaterra y su erótica extravagante que tanto nos excita (esos sombreros pomposos de las carreras de Ascott)... Lugares y ciudades... Y balnearios y cementerios y cafés con encanto, donde quedan los posos de la acordanza de un tiempo quizá ya enajenado irreparablemente.

No faltan en el libro las golondrinas en busca del Sur y la luz sedente del Mediodía. Wiesenthal relata su añorada infancia en Cádiz. Recuerda el día en que su padre habría de llevarlo no ya a conocer el hielo como en la saga caribe de los Buendía; pero sí los barcos que partían del puerto con humo a tabaco de ultramar. Entre el salitre de las primeras lecturas, el niño aspirante a errabundo gustaba de meterse a bordo en los botes de la Caleta, mascando tabaco, leyendo sin parar a Jack London. En Sevilla (Sevilla becqueriana, barrocos tenebrosos de la Caridad, jardines con ruiseñores de agua calma) discurrieron sus años mozos como universitario. Habrá que disculparle al autor sus pecadillos de juventud imprudente, como el haber hecho la ronda por los claustros de la noche vestido de tuno y tunante, que viene a ser lo mismo. Amante de los cementerios como todo buen viajero, no faltan apuntes de humor de ultratumba, como aquel epitafio que encontró a su paso por el cementerio de Málaga: “Aquí yace la Manuela: murió virgen y soltera, sin saber lo que es canela”.

ZOO-
TURISMO:

Eⁿ Oslo, en el Museo de Historia Natural de la Universidad, está abierta la muestra animal llamada *¿Contra natura?* Es el resultado de un morboso y sorprendente estudio sobre conductas desviadas entre especies animales. Dicho informe revela que de entre 1.500 especies analizadas, sobre 500 practican el fornicio homosexual. Toda esta información la daba el periódico hace unas semanas. La fotografía que la acompañaba reproducía una estupenda imagen para gloria del coito biológico. En ella se veía a un macho jirafa montando con decisión y coraje a otro macho jirafa. Qué selvática descarga. Qué jirafesca embestida. Qué larguísimos cuellos en armónica y placentera tensión.

El mito viril del bisonte de las praderas americanas se desploma por completo según este estudio. Por lo que parece, en las manadas de estos bisontes de 900 kilos predomina el fornicio machuno. Entre otras cosas, ahora nos explicamos por qué uno de los cantantes *gay* de los entrañables *Village People* iba

vestido de indio, por aquello del bisonte. Por otra parte, entre los buques mamíferos de los océanos, las llamadas ballenas grises, el homoerotismo acuático es práctica más que común. Por no hablar del 40% de los gallitos de las rocas (*Rupicola Rupicola*), aves del Amazonas, de los cuales se puede concluir lo obvio: que tienen pluma.

En el zoológico germano de Bremerhaven se ha fracasado en el loable empeño de reproducir pingüinos con notable riesgo de extinción. Los seis pingüinos machos siguen montándose entre ellos con imprudente divertimento. Al zoo llegaron cuatro espléndidas hembras de Suecia para ver si era posible el apareamiento polar (no sabemos si con música ambiental de *Abba* para alimentar las artes de seducción de las suecas frente a los desganados machos). Fue un fracaso: los pingüinos machos volvieron a sus festines y, para cabreo de las desconsoladas suecas, se pusieron a empollar piedras en lugar de huevos. Es evidente que el Zoo de Bremerhaven extrajo sus conclusiones: 1) Los llamados pájaros bobos no son tan bobos como parecen; y 2) Estas aves antárticas están menos frías de lo que asegura el *National Geographic*.

Con estas revelaciones zoológicas, mi educación sentimental viene a descascarillarse en buena parte. Tendríamos que volver a revisar las películas de indios y vaqueros, para comprobar si en las escenas con bisontes de por medio los había algunos con la huevera reventona en busca de macho. Ni *Mowgli* ni *El Libro de la Selva* van a ser lo mismo a partir de ahora. ¿Será *El Libro de la Selva* una mascarada homoerótica hasta ahora inadvertida y sospechosa como lo fue –por pedofilia encubierta– la *Alicia* de Lewis Carroll? Va a haber también que volver a revi-

sar la serie *El hombre y la tierra* de Félix Rodríguez de la Fuente. Uno quisiera saber ahora si entre el avejaruco o el lirón careto macho hubo flirteos de fornicio ibérico a los que fue ajeno el cuaderno de campo del bueno de Félix.

Sin ninguna actitud reprobadora, imbuido tan sólo por el simpático morbo de lo leído en el periódico, puse rumbo en coche al estupendo Zoo de Fuengirola, uno de los mejores de Europa. Allí, entre aquel diorama artificial de bosques lluviosos de Madagascar, el África ecuatorial y el sudeste asiático, rodeado de ríos y cascadas, junto a cañones y rocas, me convertí en un zooturista atento a los posibles festines entre especies.

Un zoo, por muy maravilloso que sea como el de Fuengirola, no deja de ser una jaula de oro, una cárcel con mimos y cuidados intensivos. Es sabido que en las cárceles –lo sabemos por las películas de tema penitenciario– abundan los famosos “rabos” de popa. Observé así atento al cocodrilo del Nilo, al dragón-vela filipino, al puercoespín malayo. Nada. Observé luego al tapir malayo, al tigre de Sumatra, al miná de Bali, al zorro volador de la India. Nada. Algo mareado ya, deposité mis escasas esperanzas en el pez globo ocelado, en la grulla damisela, en la cacatúa goffin, en el lemur negro... Nada. Ni una homoinsinuación, ningún homofestín.

A todo esto, los padres de los peques observaban con recelo al tipo que observaba a los animalitos en cuclillas, mirando sus partes bajas y con la fotografía del periódico en la mano ilustrando bien a la vista la coyunda descomunal de las jirafas macho. Debí parecerles como un zoófilo en un zoológico. Dentro de la depravación, la cosa tiene su cierta lógica.

TIC-TAC
TIC-TAC:

Desde hace años existe en Jerez una galería de lo ignoto llamada Museo del Tiempo. Hasta que las guías de turismo no aclaran que se trata de un coqueto museo de relojes de época (o sea, la maquinaria del tiempo convertida en chuchería de anticuario), a uno le da cierto pudor entrar en esta especie de cripta donde reposa la mortaja transparente del paso del tiempo. Digo que da pudor porque, quien más quien menos, ha asumido ya a estas alturas su papel de simple turista a lo largo de la senda interminable del tiempo. Es de hecho lo que nos queda, pararnos un rato en mitad del largo camino, hacernos fotos junto a los dólmenes cada vez más grandes y abultados de las horas, de los días, de los años que nos van saliendo al encuentro con su oscuro aliento de piedra.

El padre Unamuno, a medias entre la mitra y la pluma, solía soltar de cuando en cuando sus sermones del peregrino al distinguir entre los turistas ramplones, esos cabezas vacías que van por ahí mirando sin ver, de los verdaderos peregrinos del

ideal ultraterrestre, los que él llamaba con pompa “romeros de la inmortalidad”. Con esto, por otra parte, anticipó algo así como el concepto del rociero a caballo por las marismas de ultratumba, ahora que precisamente estamos en pleno mes del polvo (del polvo del camino almonteño, se entiende).

Barroquismos aparte, estaría muy bien esto de convertirnos en lo que pedía el mitrado Unamuno. Pero las cosas vienen como vienen y en la verdadera romería que es el tiempo sólo nos queda asumir lo dicho, aceptar que somos turistas de puro paso y no viajeros de la eterna eternidad. Uno, al menos, se alegra de que el Museo del Tiempo no le produzca temblores teológicos ni ningún otro relacionado con las arduas cuestiones vectoriales del tiempo. Porque, en efecto, se trata como decía al principio de un museo donde se puede escuchar la taquicardia de las horas a través de una gran exposición de relojes epocales, realizados siglos atrás en los talleres de la vieja Europa. Hay relojes cuyos mismos nombres suenan a pura artesanía, a denuedo paciente de maestros relojeros. Por eso me gusta poner el oído cerca de ellos y escuchar la respiración matemática del reloj de bolsillo ginebrino, por ejemplo, o la del reloj de carroza austriaco, o la del reloj chinesco, o la del reloj linterna, o la del reloj esqueleto...

Por si fuera poco, las paredes del museo están abrigadas en una sordera de corcho para que el turista del tiempo pueda escuchar mejor la inigualable sonería de los relojes. Hay incluso un conservador en el museo que vela porque la respiración sea idéntica en los pequeños pulmones de metal de todos los relojes. Debe ser un vigilante muy sensible y atento,

por ejemplo, a las arritmias del pobre reloj esqueleto, al que le deben sonar sus huesudas piecicillas muy precariamente. ¿A quién no le gustaría ser ese vigilante jurado de relojes de época?, me pregunto ahora.

En el Museo del Tiempo no hay al parecer relojes de sol que sólo sepan contar las horas luminosas, como pedía Jünger. No importa. De alguna manera el estupendo juego de luces que hay dentro del museo (que es otro de sus encantos), permite que allí las horas transcurran igualmente luminosas sobre la gran esfera numerada del tiempo.

Después de la visita al templo de la relojería de Jerez, uno sale como avergonzado de querer mirar la hora en su burdo reloj de pulsera. Fuera del museo parece que los relojes y las horas han perdido la magia sumergida del tiempo que había allí dentro, bajo la bóveda de corcho que los alberga. Si a mí me preguntaran ahora qué hora es y mirara a mi muñeca, diría simplemente que es la hora de irse, de acabar este artículo.

TURISTAS
DEL DOLOR:

El mes pasado, con ocasión de la Semana Santa, este periódico publicó un artículo del buen escritor que es Isaac Rosa titulado *Turistas del dolor*. Con permiso del alzheimer, recuerdo que hablaba de los turistas que en Semana Santa se sienten atraídos por ver *in situ* el escozor caliente de la culpa, la cuota de sangre que redime la carne vil y pecadora. O sea, los penitentes que gustan de fustigarse los lomos o que se dejan taladrar manos y pies para revivir el tormento de Cristo como Dios manda.

A su manera, el viajero escocés William Lithgow fue también un turista del dolor por tierras de Málaga. Sólo que lo suyo fue más bien turismo tenebroso del dolor, turismo de tortura y mazmorra gracias a las artes aplicadas del Santo Oficio. ¿Qué le pasó al infortunado Lithgow? ¿Quién fue este escocés al que apodaron “Willie, orejeta cortada”? Veamos.

William Lithgow debe pasar a la historia de los grandes viajeros de todo lugar y tiempo: 60.000 kilómetros recorridos en

largos periplos por el África y el Asia, lo que da prueba de su espíritu indesmayable de trotamundos. De su Lanark natal, en tierras de Escocia, tuvo que poner pies en polvorosa a causa de unos amoríos con una muchachorra local. Al parecer, a los hermanos de la buena moza no le gustaron nada sus flirteos con la protegida hembra. Así que le rebanaron el orejón en señal de aviso, y de ahí el sobrenombre con que fue conocido: “Willie, orejeta cortada”.

Errante sin rumbo fijo, Lithgow se autoproclamó “viajero de Su Majestad Jacobo I de Inglaterra”, aunque no llevó nunca documento probatorio de esta merced real. Por así decirlo fue un *homo viator* que iba por libre. Lithgow pone pie en Málaga el 22 de octubre de 1620. Una semana antes, la costa granadina de Adra había sido asolada por el pillaje de los piratas berberiscos. A su llegada a Málaga, Lithgow coincide con una flotilla inglesa amarrada a puerto en misión de combate –al menos oficialmente– contra la piratería mediterránea. “Orejeta cortada” disfruta del vino y la francachela con sus compatriotas. Pero cuando la flota parte, Lithgow es apresado por unos alguaciles y puesto a disposición del gobernador. Se le acusa de espía, como un James Bond del XVII, el cual habría estado recabando información sobre la flota española amarrada en Sevilla y procedente de la Carrera de Indias.

Es entonces cuando el malogrado Lithgow se nos convierte en turista del dolor. Por la noche es llevado a un caserón junto a la desembocadura del Guadalhorce. Allí le aplican la tortura del potro: clavijas apretadas, sangre coagulada, crujidos vertebrales, espumarajos de sangre, bufidos de toro ago-

nizante... Cuando la autoridad pudo confirmar que Lithgow nada tenía de espía para la pérfida Albion, entonces se le acusó de hereje a cuenta del Santo Oficio. Como escocés hijo de la Reforma, Lithgow había alardeado de su antipapismo de boca y por escrito. Los doctores del Santo Oficio le mostraron sus diatribas garabateadas con su propio puño y letra. De nuevo pues le aplicaron el deporte del potro. De nuevo el variado menú de la tortura que lo dejaron lisiado de por vida.

Gracias a los correos diplomáticos, Lithgow consiguió la libertad. Ya en Inglaterra buscó alguna recompensa moral por sus innúmeros tormentos. Pero en los salones de la alta geopolítica acabó convirtiéndose en un tipo follonero, molesto. “Bárbara, insufrible e inhumana Málaga, ¿cuándo será vengada mi alma por tu cruel error?”, escribió el pobrecillo.

Las calamidades de Lithgow las he leído en un libro recién publicado y titulado *Viaje por España (con las crueles torturas de la Inquisición de Málaga)*, en Caligrama Ediciones. Mientras lo leía en un chiringuito playero de Estepona, pensaba en el turismo de hamaca de muchos compatriotas de Lithgow que tenía a mi verka. Eran todos británicos, sonrosados como gambones. No tenían pinta de ser turistas del dolor, más allá de los hombros y las lorzás achicharradas por el muy católico sol de Málaga. Bendita tortura.

**ROMERÍA DE
LA CERILLA:**

Eⁿ la pureza ancestral de los pueblos inocentes es donde se encuentra la raíz, el licor de savia del folclore andaluz. Como diría don Antonio Machado, el mes de mayo tiene mucho de folclore metafísico, de romería en pos del aura pagana de las gramíneas. Atrás ha quedado el taimado mes de abril. Abril es el mes de todas las certezas: la certeza de la incertidumbre. Porque abril es un arabesco de primavera: anuncia el dorado cáliz de la luz, la floración de la alegría, el revolcón de los amantes que se juran para siempre besos y más besos con lengua y saliva de vino (luego, ay, vendrán con el tiempo los besos de vinagre). Pero de abril conviene no fiarse nunca y mirar siempre por la espalda no nos vaya a pasar como con la memoria, que acaba siempre dándonos la puñalada trapera por la espalda, como un machetazo de clorofila helada cuando ya creíamos, inocentes pero estafados, en la serena bondad de los primeros soles de cobre.

Así que, por poético y eufónico que suene, lo mejor es darle

un buen puntapié al puñetero mes de abril y mandarlo a tomar viento (y a ser posible de Levante). Bienvenido sea pues este mes tan romero de mayo. Mayo como primavera en edad de merecer, con sus lluvias de cristal fino, con sus campos de rojas amapolas y que a uno siempre le han parecido como gotas de sangre puestas en pie para celebrar la menstruación feliz de las cosechas del Olimpo.

La nostalgia tiene mucho de fullería. Pero no puedo evitar caer en el recuerdo de cuando hice la mili de la pureza vestido de blanco marinerito para mi Primera Comunión. Por las calles ya se ven a estos pequeños contraмаestres que habrán de recibir el cuerpo de Cristo como una galleta *Fontaneda* para merienda del alma. Desde luego uno celebró hace ya mucho tiempo su Primera Excomuni3n, la otra galleta rancia del abatimiento y la descreencia al menos en una cosa cierta: yo mismo. Pero hay algo de acariciadora ingenuidad, de incontaminada repetici3n del tiempo sobre el tiempo cuando veo a estas lindas princesitas vestidas de organdí, a estos blancos alevines de la Armada celestial que se disponen a recibir la oblea de pan de la primavera. Ya habrá tiempo después para las tardes de tiniebla y negrura espesa, cuando a la princesita de organdí o al marinerillo aspirante a náufrago les dé por leer con los años los versos de Montesinos: “Lo de Dios ni dios lo entiende, / que al par que nos da la vida / le pone fecha a la muerte.”

Mayo es mes de romerías, con esos cantos de candelas y esos bailes orientaloides que tanto disgustaban al viajero y predicador del fracaso llamado George Borrow, Jorgito el de

las Biblias, como lo llamaban por aquí cuando seguía erre que erre con su puritanismo coñazo. El improbable lector sospechará que a uno no le van para nada estas cabalgatas rocieras en busca de la que llaman la Reina de las Marismas, la Blanca Paloma. Mis marismas son sólo aguas pantanosas donde cada año voy hundiendo mis zahones de barro reseco (por no hablar de mis botos de Valverde del Des-Camino). Y de palomas no quiero saber nada de nada como ya dije en algún que otro artículo echado muy sensatamente al olvido de las pape-leras. Las palomas me parecen de lo más tontunas y habría que echarle la culpa de su estúpida simbología a Rafael Alberti: no se equivocó la paloma, se equivocó el bardo con melena de plata al viento, nombrando a esta pava fría como alado icono de la Paz.

Respeto el sentir del rociero lagrimeante. Respeto la turba-
multa de esos almonteños saltando con pértiga la famosa verja a lo Sergei Bubka. Tampoco dudo de la belleza pictórica que pueda ofrecer esa trashumancia de carretas y carriolas atravesando los caminos por entre pinares y campos reventones de flores marianas. Debe ser la astenia primaveral, la bajura del ánimo y toda esa desfloración de las ganas de nada que trae consigo esta época de la que tanto advierten los partes médicos. Lo siento mucho (o quizá no sienta nada); pero mi rome-ría es la de una sola carriola de sombras en tránsito no ya por entre pinares y cotos, sino entre cipreses de camposanto, allí donde me guarda no sé si la estrecha ermita de un nicho de nadie o el columbario de unas marismas de ceniza.

Chatebriand decía que los pueblos inteligentes se despla-

zan siempre hacia el Sur. El Rocío debe tener mucho de viaje de la inteligencia hacia el Sur de la devoción. Por eso yo, que debo ser un soberano tonto del bote, voy más bien cual necio romero rumbo al Norte (o al Desnorte), que es donde me corresponde estar ahora cuando empiezo a escuchar los primeros cohetazos de las hermandades que preparan su romería camino de ese camping del fervor llamado Almonte y alrededores. En mi pecho de apóstol renegado no albergo llama alguna de Pentecostés. Pero como escritor al menos intento dejar memoria de la luz de una cerilla, que es lo que pedía el poeta Eugenio Montale a todos los aspirantes a escritores o juntapalabras. Así que, haciéndole caso a don Eugenio, voy de romería del sofá a la cocina a por un fósforo. Al calor de la cerilla describo lo que veo tras el balcón, los árboles con flor de jacaranda, el hermoso color morado de la primavera madura que se viste con túnica de penitencia vegetal, aunque ya quede lejos, muy lejos, la Semana Santa y sus saetas, esa salve como gota de rocío amargo.

TURISMO
LIBERTARIO:

El tiempo ha convertido al marxismo revolucionario en un *souvenir* textil. No hay más que fijarse en las camisetas que se venden con el rostro estampado de ese Jesucristo tocado con boina y estrella de cinco puntas: el Ché Guevara. Sí, el comandante Ernesto Ché Guevara es hoy tan sólo el rostro erotizante del ideal, un melencólico guapo y barbado cuya utopía se vende sólo en mercadillos de ocasión, en tiendas donde se muestra el *merchandasing* de lo revolucionario. Así, uno se va por ejemplo a Cuba, haciendo turismo del ideal, y acaba comprándose la camiseta con la cara guapa del Ché, la cara erótica del mito imposible.

También los hay que se han ido a hacer turismo revolucionario a Chiapas, seducidos por el otro erotismo del pasamontañas del subcomandante Marcos. Si se quieren emociones más fuertes con esto del turismo marxista, sólo que en plan radical, también se pueden visitar en Camboya las pirámides hechas con cráneos humanos que vienen señaladas en las

guías turísticas por su gran interés patrimonial. Es la obra maestra de los jemereros rojos y su marxismo indigenista.

Viene a cuento lo dicho porque es probable que hayan oído o leído algo sobre el proyecto de abrir, ahora en otoño, un complejo turístico en Benalup-Casas Viejas con el nombre de “Hotel Libertaria”. Como las camisetas del comandante *sex symbol*, mucho se nos antoja esto del Hotel Libertaria como otra forma de hacer turismo del ideal: el turismo libertario. *El Mundo* ha venido informando sobre los padrastreros de conciencia que el asunto ha provocado estos últimos meses. Todavía bajo la calina ya antigua de agosto, por entre calles dormidas por la siesta de la cal y la indolencia, Eva Díaz Pérez se puso a hacer periodismo reportero para ver qué era esto de levantar un hotel de lujo cerca de la choza donde el carbonero “Seisededos”, junto a otros camaradas del hambre, murió asesinado y abrasado en los llamados “Sucesos de Casas Viejas” de 1933.

Haciendo prosa de periódico, pero con mucho fósforo literario, Eva Díaz Pérez nos fue revelando cosas del curioso complejo libertario. Por lo visto, para quien no tenga temor a la ceniza macabra del insomnio, será posible dormir en una *suite* de lujo llamada así: *Casas Viejas*. Debe resultar muy atractivo el morbo de la inquietud nocturna: dormir lo que se dice a pierna suelta sin miedo al bulto fantasmagórico de la memoria jornalera, a sus muertos desdentados, a sus rostros afilados por la mala hambre.

Las habitaciones, según se nos cuenta, buscan inspirar algo así como un *revival* de los años 30 y por eso tienen nombres

frivolones como *Art Decó*, *Zeppelin*, *Cabaret* o *Tango*. El turista libertario podrá disfrutar así de música de *foxtrot* mientras en los pabellones auditivos del tiempo se escucha la música de fusil de los libertarios muertos en enero del 33. Parece también que el mal gusto todo lo puede y que contra los posibles espantajos negros de la ceniza por paredes y pasillos, se va ha hacer uso de grifería de lujo y bidés de rabiosísimo diseño.

Los dueños del “Hotel Libertaria” han cuidado todo al detalle, incluidas las sugerentes sensaciones que procuran la ficción del hambre y la miseria campesina. Por eso han dado al complejo un aire de rusticidad precaria para que el turista libertario, después de unas avellanas y buen vermut de mediodía, pueda sentir espiritualmente el tizne de la pobreza de aquellos años crudos, rupestres, en los que a un desgraciado apodado “Seisdedos” se le ocurrió proclamar el estado libertario con sede en su propia choza de carbonero. Mientras tanto Azaña, ajeno a todo en la Carrera de San Jerónimo de Madrid, seguía empleado en sus cuitas oratorias y sus diarios escritos en el silencio de la noche capitalina. Como si nada.

No se sabe al final si, por respeto al armatoste de la memoria, el nombre del complejo hotelero se va a cambiar por respeto a los muertos. Lo cambien o no, estoy deseando ir allí, gritar puño en alto: “¡Viva el turista libertario!”

TURISMO
MÁGINO:

Viajar con traje y escafandra. Estar sentado con las piernas en ángulo recto. Sentir el olor del traje acolchado, olor a plástico, olor a piel neumática, olor a química ignífuga. Mover los dedos de los pies dentro de unas botas grandes, como de buzo, sujetas por cepos de titanio para cuando llegue el momento crucial del despegue a bordo del cohete americano.

Verse uno así, encapsulado en el traje galáctico, encerrado en la nave espacial, frente a los monitores computerizados, en la más completa soledad de una cuenta atrás no se sabe bien si rumbo al espacio o a la muerte por explosión de hidrógeno.

Viajar también por los callos de unas manos de labranza. Estar sentado sobre una silla de tijera, frente a las sábanas blancas de un cine de verano antiguo. Sentir el olor de los galanes de noche, oler las baldosas limpias con agua de pozo, oler el pantalón de pana gruesa de los adultos, oler el barro cocido de los botijos, oler los herrajes de los balcones. Rozar la cal agrietada de las fachadas de las casas, sentir esa misma

aspereza en las manos de los abuelos. Mover así las glándulas de la memoria, con el otro traje acolchado de rubores y la escafandra sensorial del campo.

Verse uno así, frente a la computadora provinciana del recuerdo, y ver no ya lucecillas de ámbar, ni indicadores algebraicos, ni tubos de alimentación de aire. Verse uno, en ese justo momento, contando filas de hormigas, cazando moscones con la mano en forma de cueva, siguiendo el rastro de esas arañas tan raras por estrías de puertas y ventanas a las que llaman alguaciles.

Viajar a la Luna el 16 de julio de 1969. Viajar a la primera mocedad, al bozo olivarero de Sierra Mágina. Dos viajes al espacio del tiempo, cuando la nave Apolo XI era sólo una severa habitación de pueblo, llena de libros sobados, de ensañaciones aventureras, de masturbaciones en las que el semen olía quizá a lava helada, a ceniza, que era tal vez el olor de la Luna cuando uno, imaginariamente, ponía por fin su bota de astronauta sobre el suelo de aquella enorme canica de luz.

Leyendo *El viento de la Luna* de Antonio Muñoz Molina, se puede hacer turismo espacial con sólo el fermento, el alpechín de unos recuerdos de pueblo terruñero. Los millonarios de hoy se encaprichan ahora en hacer viajes orbitales abonando millones y millones de dólares en pago a sus excentricidades. Son potentados multirraciales: siempre que leo sus nombres en los periódicos compruebo hasta dónde llega la globalización. Siempre hay un canadiense-quebequés, descendiente de indonesios, pero con pasaporte brasileño, que tiene su antojo de viajar al espacio. O un israelí, antaño originario de

la Galitzia polaca, pero con rasgos filipinos. Son hijos de la globalización tecnológica, del aburrimiento terrícola. Por eso estos millonarios buscan otra propulsión superior a la del simple dinero. Quieren sentir la gravedad distinta del poder en los consejos de administración de las grandes corporaciones. Buscan flotar, en definitiva, como niños dentro de un traje con burbujas de infancia. Porque se vuela al espacio para regresar siempre a la infancia, se sea o no millonario.

Muñoz Molina refiere en su novela la serie de ciencia-ficción de los 70, *Espacio 1999*. Todavía recuerdo a Martin Landau haciendo de comandante John Koenig, en la colonia lunar de la base Alfa. Y recuerdo también a su esposa Bárbara Bain, la doctora Russell, cuya voz en el doblaje al español sonaba un tanto tristona y hombruna: “Pero John, ¿qué será de nosotros...?””, decía siempre la quejosa doctora Russell. Entonces, en los 70, 1999 se nos antojaba un logaritmo cibernético, una ecuación de verdadera ciencia-ficción inalcanzable. Hoy, 1999 es apenas un número caduco, ridículo, una simple ganga con precio en pesetas que ya no existen.

Por galáctico que sea, no hay viaje más acongojante que el viaje al pasado. Con Muñoz Molina somos todos turistas del espacio que fuimos. Aunque se tenga corazón urbanita y palpito de multitudes (caso de humilde servidor), uno agradece esos paisajes lentos, esas ondulaciones de calma en la base hortelana de Mágina. Allí donde despega el cohete de la añoranza, donde el que más y el que menos viaja ligero de muda, sin traje, ni escafandra, ni casco, ni botas de buzo. Sólo con lo puesto, que es poca cosa, la verdad.

CIUDADES
LENTAS:

A¹ parecer se viene imponiendo la lentitud como un nuevo y sutil *way of life*; o sea, otra vuelta de tuerca en pos de la felicidad personal. En Viena, por ejemplo, hay restaurantes lentos donde en lugar del minimalismo culinario (pasar hambre y sentirse *chic*), lo que de verdad se fomenta es el lento deporte de la masticación. Más que el correcto tránsito por las tuberías intestinales, lo que se busca es hacer bien la digestión del cerebro. El comensal no sólo se toma su tiempo, lo que en verdad se toma es su *tempo*. En esto mismo consiste la psicolenitud: cambiar el tiempo por el *tempo*.

No sólo restaurantes, sino ciudades enteras las hay en Italia que son lentas, como Módena, que forma parte del ideario de las Ciudades Lentas. Todo esto nos lo cuenta un psiquiatra con consulta en Sevilla, Jaime Rodríguez Sacristán, uno de los ideólogos de esta forma de fecundidad interior que es la lentitud.

Estamos ya en septiembre, que es sin duda un mes de lenti-

tud excelsa. Llega septiembre y con él la ebriedad de la pausa y la redención del temblor. Por algo es el mes de la nostalgia, de la taracea del recuerdo, de la melancolía incandescente. O sea, que la artillería del tiempo, o por mejor decir del *tempo*, se da de lleno en estos días en que la luz va tomando una madurez antigua. La lentitud vagabunda de septiembre nos invita a visitar esas Ciudades Lentas de las que habla el doctor.

En el sur andaluz, el modelo de urbes lentas lo formarían un tipo de ciudades medias como Ronda, Jerez o Écija. *Slow is beautiful*, parece ser el eslogan de las Ciudades Lentas: que la ciudadanía no pierda nunca la elegancia de la parsimonia. Es probable que hasta el término turista sea consecuencia de la prisa (la prisa traducida incluso al léxico), frente al otro concepto mucho más embriagador, mucho más lento, del viajero, del caminante, del trotamundos.

Muchas veces hemos hablado aquí de la numerosa –y asombrosa– tipología de turistas que las nuevas formas del ocio están propiciando por aquí y por allá (el “turisport” o el turista activo, el “enoturista” o el turista del vino, el “turista idiomático”, y así hasta mil y una maneras de sentirse turista de hoy). Pero para visitar la ruta de las Ciudades Lentas, recorrer sus calles sonámbulas bajo cielos de amnesia azul, es del todo exigible recobrar ese espíritu de tardanza y embeleso que el viajero de antaño iba propagando a su paso. Todo esto bien suena a almíbar literario, a utopía. Sin embargo, escuchando al psiquiatra de la lentitud, el doctor Sacristán, no parece del todo inalcanzable. Además, la utopía es siempre como una ciudad en lo por hacer, un sueño en construcción que la lentitud, esa

ingravedez del ideal, promete en lontananza. La Utopía, en fin, como una Ciudad Lenta.

Nos hemos acostumbrado, ay, a las ciudades rápidas. Juan Bonilla habla de “los abominables hombres de las nueve”, los burocráticos hombres con cartera que regresan a casa justo a esa hora dichosa, a las nueve de la noche, atravesando la rutina alienante de los días laborales. No hay que equivocarse. Los días laborales no son insoportablemente lentos. Más bien son una deformación del elixir de la verdadera lentitud.

Hay muchas señales urbanas de la rapidez: el graffiti, la prensa gratuita en las esquinas, el vibrador del móvil, las franquicias, una hamburguesa, la maniquí estridente de una tienda de ropa juvenil... Todo da sensación como de prisa masiva. En la ruta de las Ciudades Lentas, en cambio, uno quisiera ir rellenando poco a poco el puzzle de la lentitud. Pensemos en la veleta de un viejo edificio de correos, o en un buen mosto en lugar de la *coca-cola* y su urgencia carbonatada. Alguien que enciende un cigarrillo con un fósforo, la bombona de butano en los balcones, la ropa puesta a secar en las azoteas... Jirones lentos para una Ciudad Lenta, para un mes lento como septiembre.

EDELFFET, VIA-
JERO NÓRDICO:

Como se conoce, la España del XIX era para los viajeros románticos como un mejunje de atraso simpático, de embrujo con tul de telas del Oriente.

Es normal referirse a la larga nómina de errabundos ingleses y franceses que pisaron la vieja Iberia huyendo del aburrimiento. Mucho antes de los emporios *Microsoft*, *Sony* o *Burger King*, a fines del XIX ya se había producido en la indolora Europa el primer atisbo de globalización total: el tedio. El extravagante Gautier, según dejó escrito, vio en España el salvífico contrapunto al bostezo de la civilización, al aburrimiento global del progreso. Lo europeoapestaba a orden. Incluso los germanos del *Sturm und Drang* habían derramado sus reprimidas pasiones escribiendo contra el racionalismo de hielo del XVIII. Schlegel llama a España “la patria del romanticismo”. Herder encuentra en ella la “cuna de una nueva cultura”.

Aparte de los errabundos franceses e ingleses (la tropa más numerosa), el encanto superficial de lo español atrajo a mu-

cho viajero desde tierras nórdicas. Son los que a mí me caen particularmente más simpáticos. Hans Christian Andersen (el príncipe danés cuyos cuentos, como diría el crítico C. S. Lewis, también gustaba a los niños), anduvo y desanduvo lo suyo por las Españas. Lo mismo que su compatriota Martin Andersen Nexø, viajero de la ideología y a quien el hambriento y cariado campesinado andaluz alimentó su conciencia de socialista. El pintor sueco Egon Lundgren, autor del libro *Anotaciones*, es el primer viajero del gran Norte que escribe y pinta sobre España.

De los finlandeses, el primer “adelantado” desde Helsinki es el también pintor y maestro de generaciones Adolf von Becker. Fue este von Becker el influjo definitivo de nuestro viajero favorito de hoy: Albert Edelfelt (1854-1905), autor de *Cartas del viaje por España* que ahora publica con toda excelencia la editorial Polifemo.

Edelfelt es ejemplo del *homo viator* que descubre en el tránsito su destino, la fusión del yo y del viaje purificador como agua del Jordán. El pintor finlandés fue preso de las musas alegóricas –y carnales– de su tiempo. Con el granadino Gagnivet, correspondiente español en Helsinki, tuvo su batallero sentimental por alcanzar el corazón de Marie Sophie Diakowsky. De ella dijo Edelfelt que podría ahorcarse con su pelo en la más feliz de las muertes. No llegó a tanto el suicida esteta, y se conformó con retratarla tres veces.

1881. Albert Edelfelt llega a España con sus pinceles y sus caballetes y, probablemente, con su cara algo blancuzca como de lechuguino extraviado. ¿A qué viene a España? Primero,

como todos sus errabundos congéneres, a refocilarse en la erótica del atraso español. Pero también para sentir el trallazo sensorial del Museo del Prado.

Las galerías del Prado son parada obligatoria para todo aquel que anda en busca del elixir al óleo de una pintura propia. Goya, Murillo, El Greco, el inmenso Velázquez... Ante los lienzos de los grandes maestros, el joven Edelfelt babea cual yogurín predental. Luego, desde la capital del Reino, decide bajar a esa gran Mezquita de las Especies que según ha leído es Andalucía. El 13 de abril llega a Granada. Busca alojamiento en la hoy desaparecida *Fonda de los Siete Suelos*. De cicerone precario le sirve el famoso gitano "Chorro de humo", así apodado por su rostro acarbonado (por cierto que Edelfelt no deja gitano sin cabeza en sus cartas; lo describe como ejemplo de miserable y taimada raza de mendigos, que sólo baila por dinero y vive en cuevas umbrías llenas de parásitos). La Alhambra, gitanos aparte, se le revela como un bellissimo cuento arquitectónico de abencerrajes, sultanas, fuentes de agua, emires y esclavos cristianos. Es el sueño de yesería de una noche de verano.

El 24 de abril el pintor llega a Sevilla. Había intentado visitarla antes, pero la primavera sevillana había venido ahíta de lluvia y la ciudad había quedado inundada. Una vez en Sevilla los encomios son menos entusiastas que los dedicados en sus escritos alhambrinos: las cigarreras de la Fábrica de Tabacos, la belleza erógena y violenta en las corridas de toros (pese a los caballos destripados y malolientes, según apunta)... Y por último Córdoba, la ciudad de los ásperos silencios, de los

ángulos muertos de sus calles al cobijo de la sombra de su mezquita, la higuera califal del tiempo. Hermoso libro pues, querido lector, para seguir viajando a lomo de sofá en lo que queda de verano. Que es poco, por suerte.

ESPAÑA O EL PP
DE MARIO PRAZ:

Servidor de ustedes ha sido siempre un bachiller de Letras Puras a mucha honra o, tal vez, a mucha deshonra, ya que no corren buenos tiempos para las Humanidades (¿los hubo alguna vez?). De aritmética y geometría he estado siempre más bien escaso de cacumen. Pero otra cosa es la geometría metafórica, la provincia de la monotonía cuyo mapa cartográfico viene a ser el más plano de los pentágonos. Es lo que concluye Mario Praz sobre la monotonía española. A sus ojos de cultísimo tocapelotas, España viene a ser tal y como proclama su provocador pero divertido libro: una *Península Pentagonal*. Es “el PP” de Mario Praz.

Un jovenzuelo Praz (crítico de arte, anglista e historiador del gusto), viajó por la España de 1926 para tomarle al país ese pulso romántico que tanto viajero le había atribuido con el vinazo peleón del tópico: el sobadísimo embrujo de lo español, el pintoresco aguachirle de un país narcotizante por su muy desordenado duende. Pues nada de esto se da en España

a decir de Mario Praz. Lo suyo fue como un desembalaje, excelentemente escrito por lo demás, acerca de lo romántico español. Ningún país más antirromántico que la España que visitó en busca de ese escorzo, tan abstracto y castañuelero, llamado así: duende, embrujo, romántico chute de pasiones ociosas. Ya en el siglo XVII otro transalpino, Fluvio Testi, había arremetido contra el secarral de la España por la que viajó y de la que tomó varias y puyeras anotaciones.

“Monótono es el genio de España, por muy sublimes que sean sus raíces”, escribe el mozuelo Praz. España como monotonía anestesiadora. España como pentágono del aburrimiento estético. España, en definitiva, como polígono de cinco lados iguales: 1) el lado del bostezo; 2) el del sopor; 3) el del tedio; 4) el del ocio, y 5) el del colorido monocorde. ¿Cuál es de hecho el repetitivo color de la pintura española? Pues no otro que el color pajizo, la pasta terrosa tan propia del lienzo español. Quitando al salvable Velázquez, el fino crítico de arte que es Mario Praz no deja pintor con cabeza ni pincel con cerda. Zuloaga, como la Zeta de su apellido, es el último de los artistas en el abecedario de todo apreciable pintor. Murillo es un “gran maestro de los pintores de cajas de bombones”, mientras que El Greco se le antoja amaneradísimo, un beca-rio de Tintoretto que practicó la fontanería de los colores.

Con su muy denostado Gautier, comparte su repudio por El Escorial de Herrera, el mayor dolmen del aburrimiento en arquitectura española. Y como al pobre Zuloaga, qué decir del Barroco de José Benito de Churriguera, con ese apellido tan lleno de escorzo, de curvatura, de rosca: “El gusto deco-

rativo de Churriguera sólo puede ser comparado con el virtuosismo de los pasteleros de lujo”. Para Mario Praz el Barroco español es sólo un retablo de azúcar, una tarta nupcial con mucha contorsión de crema policromada.

¿Se salva acaso el arte de la morería en España? Pues tampoco. La Alhambra es sólo el ejemplo de la matemática repetición de los árabes en lo decorativo. Más que joya arquitectónica, la Alhambra es un merengue de azulejería y teselas de pesadilla. De paso por Andalucía la Semana Santa sevillana viene a ser la más monótona de las procesiones: todo cirio, todo capirote, todo cristo sangrante, todo virgen llorona. Hasta la Macarena le parece monótona, cuando la inquilina de San Gil –y aquí te equivocas, divertido Praz– es de todo menos monótona: pura belleza asimétrica, mirada hermosa y estrábica, lágrimas pares e impares en cada mejilla cual goterones de lluvia y sal. Eufónicamente, el nombre de la Macarena lo asocia Praz con un *Macarana*, que es un tipo de pasta italiana parecida a los *spaghetti*.

¿Monotonía, antirromanticismo en la mujer española? Pues también. Para Mario Praz no hay nada sublime en la tan cacareada beldad de la mujer española. No existe nada de lo que vieron tantos viajeros venidos de fuera, tan blanquecinos, tan enamoradizos, tan bobalicones. ¿Dónde se encuentra pues esa faca de melena morena que se clava en el corazón del seducido foráneo? En Málaga Praz comparte charla con un camarada italiano. Este compatriota de la eyaculación le confiesa dónde se haya el secreto fatal de la belleza en las mujeres españolas y en las malagueñas en particular: en su excitadora

falta de higiene. Su ardor les viene por tanto porque no se lavan, como reza la cancioncilla: “Con mantón de Manilaaaa todas van, la camisa muy cochina y sin lavaaaaar...” Dos súbditos ingleses que Praz conoce en Málaga, el comerciante Mr. Cockerell y el pintor Mr. Thingemy, le confiesan también su fervor por las *girls* de pelo rizado, todas ellas arábigas, pero con el colorante decisivo de la sangre semítica. Con todo Praz acabará en un burdel malagueño, con una pobre numia cuyo “aliento arruinaría toda primavera”. No encontrará tampoco en Sevilla a la Carmen española, ni siquiera andurreando entre las feas cigarreras de la hoy Universidad y otrora Fábrica de Tabacos (El Escorial de la nicotina). Tampoco dará con ella en la patria gitanesca del cante y el baile en Triana.

Uno sí está de acuerdo con Praz en que nada hay más aburrido, más pentagonal, que una tediosa corrida de toros. A Praz sí le seduce lo que escriben “Los Ramones” (los escritores, no los rockeros) Ramón Pérez de Ayala, de quien admira su libro doctoral *Política y toros*, y Ramón Gómez de la Serna, con el que comparte su visión sacerdotal del torero con bordada casulla dorada, que muletea graciosamente con “signos de última bendición”. Es en los toros donde el crítico Praz observa la conjunción trilogica tan española de la sangre, la voluptuosidad y la muerte. Es el gran rito del misticismo y la excitación teresiana, el cáliz de la sangre y el albero donde en lugar del Cordero de Dios lo que se sacrifica es el fiero Ternero de Dios.

Monótono también el intocable Cervantes, comparado con Dante, Shakespeare o Goethe. Monótona la comida español-

la, con sus garbanzos ventosos que sólo provocan pesadez de estómago y la pedorrera de la monotonía. No se da cuenta el propio Praz que con su erre con erre acerca de lo antirromántico y lo monótono de España, quien acaba siendo monótono es él mismo al caer en su propia zancadilla. Con todo, su divertido libro hay que tomárselo como una estética humorada de juventud. Para nada resulta ni tedioso ni pentagonal. Esta era su España de 1926, un aburrido pentágono antipintoresco. Diez años después, en 1936, sobrevendría la muy pintoresca matanza española de la Guerra Civil.

largos

SEVILLA, 1936: PAISA-
JE DE SOL Y CANANAS:

Justo
en el centro de la plaza, el chaval coloca el balón con liturgia de lentitud. Un penalti requiere siempre la parsimonia de los relojes de arena. Al fondo le aguarda el cancerbero, delante de una portería precaria, hecha con finos tubos de metal y redecilla de obras municipales. La Plaza del Pumarejo está como siempre la recuerdo, con los rulos puestos, sucia, horadada por obras de la compañía de aguas, por no se sabe qué cables subterráneos, por repetidos cambios de pavimento... Medio gordos ya a edad temprana, los dos chavales futboleros son hijos de la bollería industrial. Mientras el pateador se recrea en el rito despacioso del penalti, yo me fijo en el otro punto fatídico donde una vez estuvo tendido el cadáver de Isabel Atienza, madre del comunista macareno Saturnino Barneto. La noche del 8 al 9 de octubre del 36 la llevaron de *tour* macabro por la Sevilla de las sacas y los fusilados. En las tapias del cementerio la anciana escuchó las descargas de fusil. Era noche cerrada con llave. Había estrellas fugaces que resbalaban del cielo dejando su rastro de lágrima rojiza, como de

sangre coagulada en lo oscuro. Porque aquel cielo negro sí que lloraba estrellas bermellonas, estrellas de sangre. ¿Que quién dice que eso fue así? Lo cuentan los finados del cementerio, a poco que uno ponga el oído en las lápidas para escuchar el parte de aquellos días terribles.

Con los nervios desatados, la madre del comunista Barneto vio caer a los ajusticiados, vio cómo resbalaban contra la tapia del camposanto estremecido, vio cómo caían al suelo con idéntica parsimonia a la del chaval que, ahora sí, parece convencido del poste de aluminio al que va ajustar el chut. Con la anciana a punto de manicomio, las milicias nocturnas del Requeté la llevaron en camión de vuelta a su casa, en la calle Aniceto Sáenz, junto a la Plaza del Pumarejo, donde la hicieron bajar como si nada. Fueron dos tiros en la nuca. El cuerpo cayó tal vez en la loseta donde el chaval ha fijado el punto fatídico del penalti, los once metros de la memoria más amarga. Pese al miedo y las matanzas, el humor sevillano podía con todo por entonces. A los del Requeté, con su uniforme verde oliva, tocados con boina roja, la gente los llamaba los “aceitunas rellenas”. Fueron ellos, dos o tres “aceitunas rellenas”, los que le dieron *café, mucho café*, a aquella pobre mujer de barrio, ajena a la política y los malos vientos de España.

Antaño amanece en el Pumarejo. Hace fresco. Los vencejos son como *Stukas* negros que vuelan por lo alto de las azoteas. El cadáver de Isabel Atienza sigue derramado como una aljofifa en medio de la plaza. Nadie se ocupa del bulto. Hasta mediodía no vendrá el juez a dar orden de levantar el cuerpo. Lo acompaña el yerno de la asesinada. Un nieto la llevará

luego al cementerio en coche de muerto. En el Registro Civil el nombre de Isabel Atienza no aparecerá nunca. Es un fiambre inútil, molesto, un número más en la estadística albina de los fantasmas de la guerra. No existe. Y punto.

Me pregunto si alguien rezó por ella. La madre del comunista Barneto sí que rezaba. Era una mujerona del barrio, de las que de seguro chisporroteaba rezos por lo bajini a los cristos y vírgenes de Semana Santa. En pleno aquelarre del 36, con las iglesias ardiendo en lámparas votivas de terror y odio, Isabel Atienza había reñido a los jovenzuelos que se metían con las monjas del convento de la calle Aniceto Sáenz. Dicen que sor Manrique, la superiora al mando de aquella posada de Dios, hizo poco por salvarla a ruego de familiares y amigos. ¿Qué culpa tuvo la madre del comunista Barneto? Al parecer, un albañil que hacía obras en su casa después de los destrozos del 18 al 22 de julio (los días que duró la toma de Sevilla), descubrió una pistola de miliciano en su azotea. Debió pertenecer a un rojo del barrio, a uno de esos hijos de Rusia que levantó la barricada del Pumarejo haciendo frente a los moros cobrizos del Tabor de Regulares. Algunos lo hicieron hasta con armamento de risa, como las escopetas de plomillo de la caseta de tiro al blanco que había en el mismo Pumarejo.

Por aquí, en la misma pulpa del barrio macareno, era donde el PCE tenía su cantón de *armaos*, aquella guardia del comunismo redentor: los Saturnino Barneto, los Pepe Díaz, los Manuel Delicado... Centuria de la Hoz y el Martillo. El albañil no tardó en dar el chivatazo. Había que andarse con cuidado con las hablillas y delaciones entre vecinos en aquellos

días cainitas. A las mujeres de los rojos destacados las rapaban en público, les dejaban sólo un ridículo mechón donde le prendían una horquilla con una bandera rojigualda de España o de Falange. En paños menores las sacaban a la calle. Iban en procesión, con tambores para animar a la chiquillería, como si fuera la banda que iba abriendo la Cruz de Guía de la deshonra.

Transmutado en el tiempo, escribo ahora en mi cuaderno cómo el chaval del penalti le está dando el tiro de gracia al balón. Poste. El cancerbero ha hecho la estatua, como dicen los locutores de la radio. El tubo de metal se cae. Una vecina de un piso de renta antigua escucha el ruido. Se asoma al balcón con su bata de guatiné. A voces riñe a los gamberros, como habría hecho quizá Isabel Atienza a los niñatos que asustaban a las monjas del convento. Me pregunto si los gritos de la vieja en bata que está riñendo a los niños futboleros son la onomatopeya del tiempo, las voces puestas a secar en los tendedores del mal recuerdo, esas voces que no se olean del todo al cabo de los años.

Los chavales, acharados por la bronca de la mujer, cogen su balón y se van. Es media tarde. Todavía no ha abierto la taberna *Camacho*, parada cervecera obligatoria, donde se apunta a tiza cada vaso de zumo de cebada que cada cual se mete entre pecho y espalda. Compruebo que el Pumarejo rojo resiste en su romanticismo del ayer, el de las utopías titilantes. Frente a la taberna *Camacho*, echo un vistazo a la curiosa librería *Atrapasueños*. En el escaparate hay libros de lucha contra el Capital, biografías de Hugo Chávez y Castro, estudios sobre las

heroicas Brigadas Internacionales... A la entrada de la librería los dueños han colgado un rótulo que dice así: “Entrada a Palestina-*Check Point*-Área Restringida”. La librería *Atrapa-sueños* es como una embajada de simpatía a favor del pueblo palestino. Me parece bien, me pongo incluso mi *keffía* imaginaria sintiéndome solidario de las desdichas palestinas. Pero en el escaparate hecho en falta algunos libros igual de combativos y saludables contra el coágulo ideológico, libros como, no sé, *La OLP. Crónica de un latrocinio*, o *Calentito (Así se lo llevó la mujer de Arafat)*.

Como una postal de las basuras más ocultas de Sevilla, en el Pumarejo y alrededores no faltan borrachos de vino de cartón, travestidos a lo Almodóvar que nadie llevará al cine. Tampoco faltan colgados de los de chute en vena. Muchos acuden de hecho al Centro de Salud del Pumarejo en busca de metadona. Es el lumpen que convive con los okupas y antisistemas, con los esnobs y cultuquetas que gustan de hacerse ver por el lugar para fardar de alternativos a tiempo parcial, como disfrutando del porro de la pose. Viniendo desde la calle Relator, ahora cruza la plaza un tipo vestido con mono azul mahón, peluca entalcada de *milord* inglés y gafas de espejo verde como de comisario franquista de la Puerta del Sol de Madrid. Pintoresco es poco decir. Lleva además un radiocassette que suena a todo volumen. No distingo bien si es música de *Los Chichos* o de *Los Chunguitos*, ese entrañable pop carcelario. Pero lo que sí distingo bien es un dibujo mío en el tiempo, cuando me veo en una pista de coches de choque sorteando a los macarras que conducen con una sola mano embistiendo a

los coches de las tías buenorras. El loco de la peluca va a lo suyo. Lo veo cómo está liando un canuto con el que se fumará toda la luz demorada que va cayendo a esta hora de la tarde.

En sentido contrario a como los moros y el Tercio del comandante Castejón iban tomando el Pumarejo camino de San Marcos, voy calle San Luis hacia arriba, en busca del Arco de la Macarena. La iglesia de San Gil la dejo poco antes a un lado, humeante de recuerdos del 36. Escucho así cómo crepitan las piras de fuego, cómo se queman los enseres litúrgicos, los ropones, las casullas y dalmáticas sacerdotales, las imágenes de santos, los trozos de retablos echados al fuego profano... Escucho la turbamulta en comprensible venganza contra los tonsurados, esos amigos del enemigo común: los ricos, los explotadores, los de siempre.

La basílica de la Macarena, anexa a San Gil, está decorada como una Capilla Sixtina en plan cateto. Los colores interiores en paredes y cúpulas son pastelosos, de una ingenuidad *naïf* (los tonos rosas me remiten al sospechoso colorcillo del pastelito de la *Pantera Rosa*). En el altar mayor luce la Esperanza Macarena, esa policromía imperial del dolor y la belleza. Pero yo prefiero fijarme más en la tumba del general Queipo de Llano, conquistador de Sevilla “a sangre y fuego” –como el título del libro de Chaves Nogales– el 18 de julio de 1936. Queipo está enterrado en la basílica como Hermano Mayor Honorario de la Hermandad de la Macarena: *Aquí reposa en la paz del Señor el Excmo. Teniente General don Gonzalo Queipo de Llano y Sierra. 18 de julio. (5 de febrero de 1875-9 de marzo de 1951)*. A su lado yace su difunta y dilecta esposa,

Genoveva Marti Tovar de Queipo de Llano. Una de las leyendas apócrifas de Sevilla cuenta que en la *Madrugá* del Viernes Santo un nazareno de la Macarena, aprovechando el bullicio descomunal que se forma dentro de la basílica poco antes de la salida procesional, se abre la bragueta en secreto, oculto bajo la larga túnica de capa, y orina sobre la tumba de Queipo dejando las últimas gotas de su micción para doña Genoveva. ¿Un hijo? ¿Un nieto? ¿Un sobrino de fusilado por el sangriento Queipo? No lo sé. Qué más da. Verdadera o no, la leyenda forma parte de la Sevilla en escorzo, la Sevilla del chiste y la tragedia, cuyo revoltijo incomprensible conforma su esencia para tantas cosas.

Tras presentarles mis respetos a la doble G de ultratumba (don Gonzalo y doña Genoveva), marchó deambulando hacia el histórico barrio de San Julián. Si no hay mejor plan que la falta de planes, por estas calles y pasajes uterinos que unen la Macarena y San Julián, lo mejor es caminar descaminando, perderse con solemne desenvoltura por este ovillo de calles estrechísimas. Aquí conviven los dúplex de lujo, el ladrillo de la especulación, con las casas ruinosas y sombrías, en cuyos zaguanes siempre hay un gato retozón y desconfiado que nos enchufa a la cara sus ojos eléctricos en medio de la penumbra.

San Julián fue antaño la barreduela popular de la C.N.T. En los días de fuego de julio del 36, cuentan las crónicas que por el barrio se veía al anarquista Julián Arcas de arenga en arenga por las esquinas. Lucía canana y pistolón, y hasta un sable decimonónico colgado del cinto. Imagino a Julián Arcas en la calina del solsticio sangriento, empuñando el sable, como si a

voz en cuello fuera a cargar contra la morisma del Tabor de Regulares. Lo imagino entre nubes de pólvora, a la vez temerario y enternecedor en su furia hacia el fracaso, como un loco disfrazado de oficial de un ejército de ulanos austriacos en la Gran Guerra del 14.

En la Plaza del Pelicano tuvo su taller de agitación el propagandista José Sánchez Rosa. Veo su retrato en una vieja fotografía del Archivo Sánchez del Pando, de la Hemeroteca Municipal. Es una foto de grupo en un mitin de la C.N.T. Sánchez Rosa tiene una cara redonda de mostachón de Utre-ra; cara de maestro de escuela, de artesano de la enseñanza. Su última lección fue a darla al paredón. Murió fusilado. Hoy, en la calle Macasta, una pintada recuerda que allí, en San Julián, el barrio se tocó todo entero en el 36 con el quepis de la Revolución Libertaria cuya soflama no se ha apagado del todo a día de hoy: *El trabajo asalariado no dignifica: ¡Muerte a los jefes!*, leo escrito en una sucia fachada.

La iglesia de San Julián (siglo XIV) fue también incendiada y saqueada con saña. La cofradía de la Hiniesta perdió sus imágenes por dos veces en la movida furiosa de los años republicanos: 1932, 1936. Las tallas que hoy saca a la calle en Semana Santa son de los años de la Guerra Civil. De 1937 es la Virgen de la Hiniesta, y de 1938 el Crucificado de la Buena Muerte. El imaginero Castillo Lastrucci está enterrado en la iglesia-mártir de San Julián. Mientras las dos Españas se trabajaban la una contra la otra con la bayoneta calada, el imaginero trabajó lo suyo, calando su gubia contra la madera para crear dos nuevas imágenes para la sufrida hermandad. Todos los Domingos de Ramos la Virgen de la Hiniesta se pasea por

las calles con gracia y donosura de bambalinas. Es una cofradía alegre y popular, con arraigo en la manigueta del tiempo. Sobre 1.600 nazarenos llenan de capirotos azules el barrio de San Julián, esa vieja collación de obreros desalmados de otros tiempos. Pienso en este momento, frente a la puerta ojival de la iglesia, si entre esos 1.600 capirotos habrá familiares directos de los que en su día destrozaron y quemaron las imágenes de la cofradía de la que hoy tanto presume el barrio. Me lo pregunto calladamente, mientras Juan Peña “El Lebrijano”, cantaor flamenco y vecino de San Julián, pasa ahora por delante de esa iglesia chamuscada sólo de puertas adentro de mi propia y aturdida cabeza. Es una pregunta incómoda, lo sé. Mejor no preguntar a nadie por aquello. Hay preguntas espesas como grumos de sopa boba. Preguntas que sólo requieren el silencio, que es el mejor esparadrapo posible para los bocazas.

Calle Macasta. Calle Duque Cornejo. Calle Lira. Calle Padre Manjón. Calle Hiniesta. Calle Ruiz Gijón... Serpentina de vueltas y revueltas. Ya he dicho que para salir de San Julián hacia la Macarena o a la zona alledaña de San Marcos, hay que dejarse enredar, deambular con la única brújula posible, la que marca el Sur hacia el Norte y el Oeste hacia el Este. Si acaso nos pueden servir de altos cicerones las espadañas de los conventos cercanos. Los escritores y hermanos viajeros Jean y Jerome Tharoud, autores de *La Semana Santa de Sevilla* (1927), dijeron que las veletas y espadañas sevillanas eran como “mitras resplandecientes” sobre el cielo azul de la ciudad. La metáfora es hermosa, aunque a ninguno de los dos gustó nada las tarimas ambulantes de los pasos por las calles. Cercanas están ahora las mitras de luz del convento de mon-

jas bordadoras de Santa Isabel, el de Santa Paula más al fondo, con sus olores reposteros a mermeladas y confituras irresistibles... Pero en cambio uno prefiere seguir errabundeando, sin otra indicación que la urgencia del cansancio, cuando los pies amenazan con convertirse en dos barcazas hinchadas.

Salgo así de nuevo por Padre Manjón a la calle de San Luis, justo a la mitad de esta larga arteria (la vieja calle Real) que llega hasta San Marcos. Estoy junto a la iglesia gótico-mudéjar de Santa Marina. Desde luego hay que estar muy ducho con esto del santoral en el nomenclátor de tantas calles, plazas e iglesias. A uno le entran hasta ganas de tomar los hábitos. Es la de Santa Marina otra de esas iglesias que ardió en el cogollito de la resistencia suicida del 36 frente a las fuerzas de Queipo. El coadjutor de la parroquia fue huyendo de las brasas de casa en casa a lo largo de la calle San Luis. Escapó de la candela por poco. Tuvo suerte y encontró refugio bajo la cama de una pobre moribunda, vecina de la parroquia. El ministro de Dios tragó saliva (esa oblea del miedo), convertido en un vulgar amante oculto bajo el camastro, sorprendido con la vuelta inesperada del marido-ciervo.

En esta zona media de San Luis se encontraba el hospicio donde las monjas, mal que bien, dieron cobijo a las familias que huían del empuje de la Bandera de la Legión que venía desde la Macarena, desde la Puerta de Córdoba, desde San Julián. Frente por frente a la iglesia de Santa Marina se encuentra el antiguo noviciado de los jesuitas, hoy sede del Centro Andaluz de Teatro. Si hay suerte y los ujieres están de buenas, uno puede visitar la Capilla Doméstica cuyo retablo de Duque Cornejo es un delirio más del barroco sevillano. Di-

cen que intramuros del viejo noviciado se escuchan voces de fantasmas, susurros de ánimas errantes. No le faltó razón a Jean Cocteau cuando dijo que las bombas no matan nunca a los fantasmas. Las tropas de Queipo tomaron el 22 de julio el último cantón de resistencia roja a golpe de bayoneta, de fusil, de cañones montados sobre ruedas de carro de huerta. Hubo muertos, pero los fantasmas del hospicio siguen combatiendo a su manera, con el aliento que ulula y pone los vellos en punta. Deben ser esos trasgos lo que se oye por el lugar. Una novela de Juan Rey, *El manuscrito de Omnium Sanctorum*, ambientada en estos días de calina y sangre, recrea la toma del hospicio y el combate desigual entre resistentes y militares.

Sigue siendo ésta también una zona de pintadas antisistema. Leo así en el muro de un pequeño solar algo con lo que estoy de acuerdo después de varias horas de caminata: *Menos Policía. Y más Cerveza fría*. Cuánta razón. A la ebriedad del paseo en el tiempo, la otra ebriedad de la cerveza de botellín (33 cl.) de la *Cruzcampo*. Me hago así con mi botellín en una tiendecilla con olor a salazones. Qué gusto cuando a uno le lagrimean los ojos con un botellín bien frío de la *Cruzcampo*.

Calle San Luis hacia abajo pronto se atisba lo que, por su silueta, parece ser como el lejano canto del moecín de los tiempos arábigos y que el tiempo ha transformado en piedra. Es la torre bellísima, entre cristiana y moruna (más lo segundo que lo primero), de la iglesia de San Marcos. ¿Estoy en Marrakech o en el corazón del código postal 41003 de Sevilla? Bajo el cielo tibiamente anaranjado, la torre de San Marcos me hace pensar en las tardes de párpados somnolientos de Marrakech. Me parece que estoy escuchando música de rabab y laúd

en la ciudad de los ciegos que fanáticamente muerden las monedas que caen en sus escudillas de mendigos. La verdad es que ciegos los hay por aquí reales y no imaginarios, como los enjutos viejales que uno se encuentra siempre en Marrakech. Tengo así que sortear a un cuponero de la ONCE que camina ayudado por su bastoncillo blanco a lo largo de la Vía Dolorosa de la calle, donde el acerado maltrecho, lleno de agujeros y mierdas de perro, es una trampa mortal para todos los públicos, ciegos y no ciegos.

Por fortuna el turismo de *souvenir* todavía no ha desvirgado del todo una de las collaciones más hermosas e intocadas de la ciudad como es San Marcos y alrededores. Como en todo metro cuadrado de Sevilla que se precie, la especulación del ladrillo existe aquí también como síntoma devorador de lo que nos toca vivir (o malvivir). Pero hay en el barrio como una indolencia suspendida, un abotargamiento de sencillez espléndida que llena los afanes de la rutina diaria. Puedo estar drogado de una bucolía espesa o de una sensación de tardanza inexplicable, pero aquí noto que no hay tiempo. Hay *tempo*.

En los veladores de la Plaza de San Marcos, junto a la calle Vergara que da a la plazoleta del convento de Santa Isabel, me siento a tomar un café. Sé que con los tiempos que corren cada vez se hace más difícil estar solo en público con algo de honor, pero ahora tengo la cabeza como a pájaros y me entretengo conmigo mismo. Me da por pensar en los maestros del periodismo de crónica y observación sencilla. Pienso en Julio Camba. Pienso en Ciro Bayo. Pienso en González Ruano. Científicos todos ellos del detalle finísimo, de las aristas ocul-

tas en el desnudo aparentemente fofo o simple de las cosas. Qué no dirían de los naranjos de la coqueta calle Vergara, de su olor amargo como a verdín de alberca. Que no dirían del gato negro que intenta trepar a la ventana del sacristán de la iglesia de San Marcos. Que no dirían del parpadeo como de ojos verdes de esa cruz que señala el lugar de una farmacia abierta. Y qué no dirían del puñetero claxon del coche al que no deja salir otro coche aparcado en doble fila, y cuyo estruendo se carga todo lo que he ido diciendo acerca de la indolencia suspendida, del abotargamiento, del *tempo*. Hay que joderse.

Entre mis compañeros de velador los hay que participan de ese mundo esnobista y cultural del que he hablado antes. Esucho que hablan de teatro. Por lo visto mañana estrenan la obra escrita por un director que vive –dice uno– justo ahí al lado, en la calle Hiniesta. Los bares y cafés de todo el distrito, desde San Marcos hasta el bulevar tantas veces maltratado de la Alameda de Hércules, tienen cierto rezumo como de Soho neoyorkino. Son los baretos donde uno ve a esos artistas a los que les gusta destacarse por aquello de la vanguardia del desaliño y la barba de tres días: cantautores canosos, jóvenes bardos de la llamada poesía combativa, gentes del arte del conenedor y la *performance*, actores del teatro de pasacalles...

Hay también por aquí –y esta es otra seña de todos estos barrios– mucho estudiante extranjero o de intercambio, lanzado a la aventura insensata de la vivienda en alquiler. Son jóvenes sin fronteras que se arrejuntan para tocar la guitarra del “No a la Guerra” y demás fanfarrias; muchachos desprendidos que buscan la concordia culturetilla y, ocasionalmente,

el folleto en fiestas de piso que suelen darse los jueves por la noche. Son *guiris*, en fin, de todas las Europas mayormente, que van de país en país como quien muda de ropa y a quienes no les importa vivir en ese estado de vigilia y cambio de aires permanente de hoy estoy aquí y mañana no sé dónde. Los hay así ingleses, alemanes, nórdicos, muchísimo italiano salido de la bota patria...

Ahora que estoy leyendo al británico Laurie Lee y su *Una mañana de verano de 1934 (canto y arcadia de la juventud y el viaje errabundo por España)*, observo a estos mozos y mozas en agradable desaliño de ropas, de pelambreras, de ideales en armonía de confusión. Laurie Lee ya dio testimonio de su bohemia inocente en el libro sobre aquella España díptica que, más pronto que tarde, habría de coger el azadón para darse la una contra la otra. Laurie Lee entró por Vigo en barco desde Inglaterra. Pero aquella España desnutrida de sol y moscones la recorrió a pie, reventando ampollas y escarabajos peloteros que le salían al paso. Estos jóvenes de San Marcos, remedadores tal vez de aquel espíritu indómito de Lee, viajan ahora en vuelos baratos y no a pie desde luego. Porque si algo revientan no son ampollas en los pies, sino condones en las fiestas de piso de los jueves golfos. Amigo Lee: los tiempos cambian, por muy hermoso que sea tu arcádico libro y tu salmo de juventud perdida. Hay que joderse.

Sigo sentado en mi velador, a solas con mi café. A mi espalda, de un mismo balcón hay colgadas una bandera tricolor republicana y otra con los colores del arco iris y unas letras impresas en blanco: *Peace*. Las banderas dan al lugar esa at-

mósfera concupiscente entre el pacifismo ecológico, el coito libre de ataduras y la añoranza por lo que una vez tuvo el barrio de barricada contra el fascismo y las huestes del taimado Queipo. Y todo ello mezclado con el olor a incienso de las iglesias cercanas, dentro de cuyas naves y en el momento en que escribo esto, se trabaja ya la cuaresma en altares de culto para quinaros y besamanos de imágenes, cuando no sobre las parihuelas de los pasos que habrán de salir en procesión en Semana Santa. De esta compota ambiental da cuenta el móvil de un sujeto sospechoso que ahora suena con música de cornetas y tambores, mientras en los veladores de al lado se sigue hablando de teatro alternativo, de la dificultad de adaptar las obras de Brecht... No hay mayor *performance* de la confusión que ésta que se da en la letárgica Plaza de San Marcos, donde conviven lo que genéricamente llaman casposo (el tipo al que le ha sonado el móvil) con los alternativos de pacotilla. Ya que ahora celebramos efeméride y se habla en debates y libros acerca de la tercera España que no pudo ser por el ciclón de la Guerra Civil, no sé si atreverme a hablar de la tercera Sevilla o como quiera llamársele, donde a uno no le hagan tomar partido sólo por A o por B: o esnifar incienso o participar del ridículo arte en acción y demás pamplinas teatrales. Me temo que no hay cabida para C. Hay que joderse.

Para ir acabando ya con este recorrido en el tiempo y la Guerra Civil en Sevilla, me debo a mi *performance* particular, que es la puesta en escena de la vieja memoria del 36 que ahora vuelve a subir a las tablas del recuerdo en estos barrios. Porque fue justo aquí, en San Marcos y la calle Castellar que parte de la misma plaza, donde las milicias populares constru-

veron sus barricadas hechas de pedruscos, de sacos terreros y somieres que hoy vemos en las fotos del Archivo Serrano que han podido conservarse.

La calle Castellar es larga y baja suavemente hasta la estrechura de la calle Feria, junto a la extinta *Relojería Nicolau* y la popular tienda de *El Mato*. En el número 59 de la calle Castellar nació el escritor José María Izquierdo, propagador de los nenúfares sevillanos con su *Divagando por la ciudad de la gracia*. Un azulejo recuerda el lugar donde un 19 de agosto de 1886 naciera el inflamado divagador de las esencias locales. Frente a la casa del recordado escritor, la barahúnda insoponible de los niños del colegio *Calderón de la Barca*. ¡Ay al que le coja desprevenido a la hora de entrada o de salida del colegio! Qué gamberreo de risotadas. Qué griterío que nos lleva a pensar cuánta razón tuvo San Herodes para hacer lo que hizo.

Me paro ahora a pensar en lo que ocurrió hace años en la calle Castellar. Escucho así como el lejano retumbo de unos cascos de caballo que chocan contra los adoquines. La tarde del 20 de julio del 36 fuerzas de Caballería intentaron tomar la barricada levantada en San Marcos junto a la calle Heliotropo que da a Castellar. En la calle Heliotropo estaba la fábrica de sombreros *Fernández Roche* (Sevilla era a finales del XIX y comienzos del XX la principal productora de sombreros de España). Me da por pensar que esto de recordar tiene mucho de destocarse el sombrero. Así es como se nos ven mejor las innobles calvas del pasado, lo que hemos sido sin cura ya posible. Ahora pues que no hay niños entrando y saliendo del colegio *Calderón de la Barca*, es cuando escucho ese ruido

de cascos contra el adoquinado del tiempo. Es el mismo sonido seco de herradura que uno escucha en los coches de caballo que pasean ociosamente a los timados turistas por el barrio de Santa Cruz. El mismo que en la Feria de Abril resuena como castañuelas equinas por las calles del Real, siempre cargadas y malolientes. Yo escucho ahora los cascos de la Caballería que intenta atravesar sin éxito la barricada esa tarde calurosa del 20 de julio del 36. Sí, oigo cómo relincha algún caballo herido de bala o desventrado por el rastro de pinchos de un modesto jardinero. Oigo cómo el caballo resbala de una pata y traza en los adoquines una raya parecida a la del juego del tejo en las aceras. El miedo en los caballos siempre se refleja en sus ojos blancos de locura y pavor animal, como en el cuadro de Goya y el mameluco que a duras penas se sostiene en la silla del espantado equino ante el ataque del pueblo madrileño de mayo de 1808. El oficial al mando de la tropa de Caballería en Castellar (ese otro mameluco de Queipo), acabó cayendo al suelo con el caballo. Aprisionado por el animal, rodeado por la jauría violenta, fue rematado con una piocha de albañil.

No sé si hubo entre el pueblo disparos al cielo para celebrar la ejecución; si tal vez se lanzaron al aire los sombreros de la fábrica *Fernández Roche* en señal de júbilo incontenible. No sé tampoco si el oficial rematado en el suelo fue a caer justo en la esquina con la calle Heliotropo o en la otra esquina cercana junto a la calle Maravilla, sólo unos metros más arriba. En esta calle estrechísima llamada Maravilla, tuvo su última morada el compañero de andanzas del *Risitas*, el añorado y feo *Peíto* (q.e.p.d.), al que el programa de televisión de Jesús Quintero

hizo famoso con aquello tan solanesco del “¡cuñaaaaaaa!” Así se me revela hoy ese júbilo brutal de la muchedumbre en armas, con su risa grotesca y desdentada al dar muerte al oficial con la ruda piocha. Esto es la Guerra Civil si se la recuerda o a mí así me lo parece, la mueca oscura, sin dientes, que sigue riéndose espantosamente y no para ni parará nunca.

El día antes del ataque de la Caballería, el 19 de julio del 36, el padre salesiano Antonio Fernández Camacho fue descerrajado a tiros. Lo arrastraron por esta calle de Castellar y lo arrojaron a las brasas humeantes de la iglesia de San Marcos. El padre salesiano vestía prudentemente de civil, pero fue reconocido por los aledaños de las barricadas obreras. Una foto antigua del ministro de Dios Fernández Camacho, nos muestra su límpida imagen de beatitud, sus gafitas de Harold Lloyd, su media sonrisa curil de cuando tal vez aún cursaba estudios en el seminario para contento de su muy cristiana madre.

También fue a dar a la barbacoa de San Marcos el practicante y falangista de brazo en alto Francisco Fuentes Manfredi, vecino de la Gavidia. Fue por igual reconocido, detenido y muerto a tiros por los alrededores donde la turbamulta pedía “¡¡Más madera!!”, como Groucho Marx en la caldera del tren, porque se apagaba la fogata de San Marcos. El tercer churrasco fue otro falangista señalado, Joaquín Julio Fernández, tiroteado en la calle San Luis y echado también a las brasas de la cólera profana. Si a los del Requeté los llamaban los “aceitunas rellenas”, a los falangistas les decían los “cangrejos” por aquello del parecido de las pinzas del crustáceo con el escudo del yugo y las flechas de Falange Española.

Sigo aquí sentado, en el velador de la plaza de San Marcos. Oscurece ya. De mi café sólo queda lo que queda, un poso frío y marrón oscuro en lo hondo de la taza. Acaso la posguerra que habría de venir después del 36 fuera también sólo eso, un enorme poso frío, que no es ni siquiera de café, sino de achicoria en sepia. Yo no soy poeta, ni siquiera soy capaz de retener dos o tres versos seguidos para declamarlos con voz estremecida. De modo que saco mi libretilla de notas y releo el poema de posguerra que Alberto García Ulecia dedica a su pueblo de Morón de la Frontera. Es pura tristeza de piojos de época, como un pelar la pava a muchachas con olor a zotal y a burdel por la mañana temprano:

Pasaban los soldados por el pueblo.
Y las calles, sumidas en el cobre de la tarde apagándose,
se llenaban de botas y tambores,
de banderas y de un olor a correajes
que ensuciaba la tibia piel de mayo.

Precedían, seguían a la tropa
chiquillos harapientos.
De las casas –hondos y oscuros zaguanes–
salían frentes mustias, ojos negros,
vidas color de miedo,
miedos color de hambre.

El pueblo ya había sido conquistado.
La guerra y sus canciones por el norte;
por el sur luto, cartas y periódicos.

Más tarde los soldados
salían con muchachas desnutridas

que sonreían heroicamente
con sus labios pintados y llevaban
brillantina y jazmines en el pelo.
Y otros cantaban por las plazas
coplas del vino y las trincheras.

Las noches se poblaban con aromas
de novias y de hermanas y de madres.
Las noches eran una patria herida,
chorreando nostalgias.

Les decían
que era la guerra de la patria.
Lo cantaban los niños en la escuela.
Y los soldados se entristecían.
Era la guerra de la patria,
mas ellos no entendían nada.

Ya digo que no soy poeta y por eso transcribo lo que otros han dicho con verbo mejor resuelto que el mío. Tampoco sé dibujar, pero con la punta de mi lapicero me entretengo pintando la cara del padre salesiano Fernández Camacho tal y como aparece retratado en mis libros sobre la Sevilla del 36. La pinto sobre el poso marrón del café, que es también como el poso apelmazado de todo lo que he ido contando a lo largo de este paseo por la Sevilla en el tiempo de la Guerra Civil.

La cara del padre Fernández Camacho es fácil de dibujar. Me han quedado muy bien sus gafitas redondas de Harold Lloyd. Bien mirado todo tiene su gracia, aunque haya que apretar muchos los dientes y nos duelan las sienes.

LA MELAN-
COLÍA ZURDA:

(Sevilla en la obra de
Rafael Montesinos)

Ver cómo flamean las banderas del humo. Sentir en el rostro la brisilla amarga de los trapos del exilio. Es un soplo de aire que no consuela del todo, pero mejor un soplo tristón que ese silencio de yunque que suele escucharse en las casas del expatriado que acaba empadronado en el bulevar sin número del fracaso.

Un expatriado no vive sólo en la única patria del más melancólico de los destierros. Es la paradoja de los sin patria, el tener muchas patrias portátiles, sensoriales, con sus banderas de humo en el mástil increíblemente firme de la ceniza. Hay una patria del olor evocativo (Schiller guardaba manzanas en su escritorio de bardo para recordar su infancia). Hay una patria de sonidos en los pabellones auditivos del recuerdo, así el repique a memento del tiempo ido en las campanas de una espadaña cercana, o el crujir de una butaca de rejilla en un patio cuya toldera a rayas da sombra a la sombra que somos con su uniforme de presidiario. Patrias y más patrias del expatria-

do: la patria táctil de una caricia en las azoteas de la infancia. Pero sobre todo y por encima de todas, la gran patria becqueriana de “tener alegre la tristeza y triste el vino”. En la obra del poeta Rafael Montesinos (Sevilla, 1920-Madrid, 2005), la ciudad de Sevilla es una monomaniaca patria que se va troceando con los endecasílabos de los años.

Un clérigo inglés del XVI con nombre de actor decadente de Hollywood, el comisario de Dios Robert Burton, llegó a decir que si hay en la tierra infierno alguno, éste debe estar en el corazón del hombre melancólico. Si hubo infierno de dulce quemazón, alguna lámpara votiva ardiendo en llamas recordadas, fue Sevilla el incendio obsesivo de una acordanza en la poesía definitiva de Rafael Montesinos. Y qué mejor infierno que el de esta Sevilla del mes de julio, cuando este modesto escritor se encuentra ahora paseando entre los escombros de cerillas en que han venido a dar los recuerdos del poeta. Melancolía del infierno, pues, en el ardiente mes de julio en Sevilla, aunque es probable que el lector insensato pueda estar leyendo estas líneas cuando ya es otoño cobrizo y se columbra la tiritera en el cuarto trastero del invierno.

Buena parte de la obra de Montesinos es una ausencia que se pasea por entre barreduelas y collaciones que uno, pasado el tiempo, intenta recrear con el desgaste del presente más desvirtuado. La melancolía gusta de menear las caderas del pasado, que es lo suyo: tristeza zumbona, maracas de acíbar. Pero llevar los tacones del presente para hablar de sueño y realidad vencida, ese tacón de aguja tan sexy, suena un poco

como a descompás. Y si encima hay que ir ahora sorteando cagadas de perro por las aceras, tan tiernas y marrones, tan barrocammente enroscadas, pues todavía peor. El presente no huele bien desde luego cuando de evocar se trata; pero uno al cabo intenta pasear por las aceras del presente, por sucias y cagadas que estén, para hablar de esta ciudad de aquí y de ahora, Sevilla, en este momento mañanero de ahora, en un día de julio de ahora también, pero que antaño fuera patria de endecha en un poeta recurrente con los asuntos –viejos pero límpidos desde luego– de su memoria irreparable.

Ya hemos topado con la palabra clave, que es como el paso a nivel en toda la obra literaria de Rafael: irreparable. Recuérdense las *Geórgicas* de Virgilio que clamaran por la fugacidad sin cura del tiempo gastado: *Fugit irreparabile tempus* (“Huye el tiempo irreparable”). Igual elegía compartida en el poema *Cima de la delicia* de Jorge Guillén: “¡Dulzura de los años irreparables! / ¡Bodas / tardías con la historia / que desamé a diario.” O el mismo abrevadero irreparable del Cernuda en verso (“Todo vuelve otra vez vivo a las mentes / irreparable ya con el andar del tiempo”), y del otro Cernuda en prosa de esfuerzo, la del verso maratoniano, que es el himno de *Ocnos* y su sinfonía recreadora tan llena de distancia sevillana.

Irreparable, sí. ¿Qué es lo irreparable en Rafael Montesinos? ¿La patria de la infancia? ¿Irreparable sólo la niñez? ¿O no es por igual de irreparable todas las patrias de la infancia? ¿No está hecha la niñez de la misma industria mellada de los espejos? ¿Y la pubertad? ¿Y la adolescencia? ¿Y la mocedad? ¿Y la madurez? ¿Y la vejez? ¿Y la muerte al cabo? Porque esto

acaba siendo la Señora Parca que nos aguarda, una infancia que nos lleva tiempo en el tiempo, un patio de recreo convertido en columbario. *Los años irreparables*, ahí el nombre elegíaco de la infancia recordada con prosa memorial, con humor y dolor escondidizo, con una belleza lumínica que recrea aquella Sevilla en las mientes del poeta trasterrado, sorprendido en mitad del barullo casi neoyorkino de la Gran Vía de Madrid.

Como para todo el mundo, la Guerra Civil en Rafael empezó en 1936, el año de la guerra y de la novia también, como se verá luego. Pero no acabó en 1939, sino que volvió a empezar en 1940 cuando, obligado por los apuros de una billetera pálida, su padre partió con la familia a Madrid en busca de un discreto Potosí. Y allí se fue y se quedó en el andén de una sevillana estación de tren el poeta Montesinos, como también lo hiciera otro arcángel llamado Rafael, Alberti, en el libro primero de esa fronda de infancia llamada *La arboleda perdida* y que acaba con humo, el humo de las banderas en los trasterrados que viajan por fuerza a Madrid, sólo que es ahora humo no de banderolas, sino humareda de ferrocarril del que parte en tren, desalojado ya de los compartimentos de los recuerdos trasoñados.

Frisando la treintena, en 1952 escribe Montesinos *Los años irreparables*. Toda su poesía, desde *Balada del amor primero* (1944) hasta *País de la esperanza* (1955), está atravesada por la monomanía de la recordación y el desarraigo. No es que haya escenas ambientales o momentos detallados en acuarelas versificadas, sino que predomina en general la música de afilador del desarraigo por los aljarafes de la memoria.

El número 41 de la calle Santa Clara, en el barrio de San Lorenzo, es la primera fragua del recuerdo. El niño Rafael evoca el patio de losas blancas y negras, las macetas de aspidistra, las mecedoras de rejilla balanceándose con esa quietud fantasmal que huele a medicina y a sombra con asma. Decía Ortega que si uno palpaba la intimidad de un patio sevillano, podía notar como una pena atmosférica por un niño que agoniza en un oscuro dormitorio o que ha muerto recientemente, dejando así una plañidera nostalgia de helechos alicaídos. Era una casa vieja la de Rafael, como las moradoras de ese mismo número 41 de la calle Santa Clara, la tata Salvadora y la tata Concha. Voy recorriendo la larga calle Santa Clara, sorteando los depósitos caninos en las aceras y llego hasta el recordable número 41. Pero no es ni el mismo número ni la misma casa evocadora. Es un edificio color crema, rehabilitado. A la altura del número 49 sí hay un azulejo que recuerda que allí —¿fue allí realmente?— nació el 30 de septiembre de 1920 el poeta Rafael Montesinos. Junto a la puerta de entrada hay una pequeña excavadora de obras, de color amarillo huevo. Y dentro del zaguán de la casa donde el azulejo recuerda la ausencia homenajeadá, observo una triste penumbra comercial de telas y barras para cortinas. En un despacho contiguo, bajo un torpe ventilador de aspas, un vendedor hojea el periódico y pienso que, siguiendo la tradición sevillana e inextinguible del *ABC*, está curioseando por entre el censo de muertos del día en la sección de esquelas. Más que tienda de cortinas, parece una oficina ténebre al servicio de los teléfonos de los difuntos que van llamando: “Oiga, que me ha tocado, ¿a cuánto está el ataúd?”.

Qué numérica confusión. Ni el 41 ni el 49 de ahora corresponden a la casa recreada en *Los años irreparables*. Ya en una visita posterior a Sevilla desde Madrid, Montesinos observó con pesadumbre que habían derrumbado la vieja casa. La habían sustituido por otra donde había un olor grosero a vecindad estrecha. A él le hubiera gustado colocar esta otra placa con el recordatorio de un nombre sin nombre apenas: *Un día cualquiera de un año olvidado nació en este lugar un niño como todos los niños. Pasado el tiempo, vivió, amó y sufrió como todos los demás hombres. Y, como todos los demás, también fue feliz algunas veces. No preguntéis su nombre, porque los nombres se olvidan.* Desde aquella azotea del viejo número 41 veía el niño Rafael la torre industrial y espigada de los Perdigones. Frente al convento de Santa Clara, hoy en fase de lentísima recuperación y protegido sin mucho afán por dos precarias vallas municipales que custodian la entrada, también veía la desconocidísima Torre de Don Fadrique. A esta hora de la mañana temprana, el cielo de julio va tomando un tinte de azul desvaído, preludio de un día de calina y siesta moridera. Se escucha el último trinar de las golondrinas en veloz retirada. Se escucha también el soplete de un *currito* que trabaja en una obra, las campanas tañideras de la cercana iglesia de San Lorenzo, y las otras campanas modernísimas de un microondas de quien está calentando un café con la ventana abierta de su piso bajo.

Calle Guadalquivir, con un colchón de cama abandonado en una esquina y donde un mendigo se sentiría como un maharajá de Khapurkala. Calle Dalia y los estudiantes con los suspensos de las legañas que esperan a que abra el colegio

Julio César, convertido en verano en reformatorio contra el álgebra de la vagancia arrepentida. Calle Hombre de Piedra, tan recreada por Rafael Montesinos. Justo en este momento, por Hombre de Piedra circula pausado un coche-escoba de limpieza pública de LIPASAM. Uno de los operarios lo he visto antes con su mono naranja butano rezando al Gran Poder en el interior de la feísima basílica de San Lorenzo, que tiene forma de cazuela para los fogones de la devoción popular. Otros dos operarios barren las calles imposibles, allí donde las ya anotadas mierdas de perro y la desidia sucia e incívica de su único dueño y que se llama así: el sevillano medio. En barrendero de la memoria acabará el poeta Montesinos al cabo de los años moribundos. El prefecto del colegio de jesuitas de Villasís le había recriminado que de seguir así de desaplicado, a lo más que llegaría es a ser barrendero y a Dios gracias. Pues a mucha gloria –terrena, que no celestial– acabó cogiendo Rafael su sevillana escoba de palma, tal como refiere en un pasaje de *Los años irreparables*: “Sí padre; he terminado de barrendero. He cogido una gran escoba de palma, de esas que se usan en Sevilla, y me he puesto a barrer las calles y los recuerdos de mi infancia. Y me he adentrado después por esa gruta honda que es mi alma, dando escobazos al aire, gritándole a los fantasmas de mi vida. Y una turba oscura de grandes pajarracos negros han salido precipitadamente del fondo de mi alma, batiendo el aire limpio y tranquilo del recuerdo sus enormes alas sucias de arcángeles caídos”. Barro yo ahora, paseante de recuerdos expropiados, la calle Roelas, escondrijo de casas carísimas y en rehabilitación, como en bue-

na parte del barrio, donde uno acaba hipotecando hasta sus propias canas impagadas. Barro también la larguísima calle de Jesús del Gran Poder, tan larga como la zancada del Redentor de túnica morada y corona de sierpe con espinas, mientras veo cómo una joven bostezante friega los suelos de la discoteca *Holiday*, donde por las noches bailan los divorciados bajo las luces estereoscópicas de los amores desesperados hasta el más enternecedor de los ridículos.

Antes del colegio jesuítico de Villasís, transcurrió la niñez primeriza de Rafael en el colegio de los Carmelitas, en la calle Bustos Tavera. Recuerdos cordiales de la hermana Corazón, que le enseñaría a leer a Rafaelito con el escapulario de su buen nombre y su mejor Corazón, como no podía ser de otra manera. Recuerdos también de Villasís, un griterío de voces blancas corriendo detrás de una esférica promesa de diversión, el fútbol. Pero Rafael se queda como apartadizo, espantado ante el sudor violento de los goles en el patio de recreo. En esto nos retrotrae a James Joyce y su *Retrato del artista adolescente*, donde el gran borrachuzo irlandés habla del “grasiento globo de cuero” del que disfrutaban los colegiales y sus pies brutales, jaleados por los prefectos con pecadora furia triunfante.

En 1930, la familia Montesinos se traslada a un cuarto piso de la calle Peñuelas, próximo al limonero machadiano en el Palacio de las Dueñas de la Casa de Alba. Desde la azotea verá la ennegrecida fachada de la iglesia gitana de San Román (la quema de la Guerra Civil la ennegrecerá de betún y odio poco después en el 36). Pero sobre todo verá la ventana abierta

del piso de Rosita, su cándido e informe amor de niño. La madre de Rafael le dirá que a los niños que juegan con niñas, como hacía Rafael con Rosita y sus hermanas Josefina y Conchita, se les acababa cayendo “la quica”. Pero al niño Rafael no se le cayó “la quica”, sino el gorrioncillo muerto del alma cuando Rosita, por obligaciones laborales del padre, tuvo que marcharse a Granada dejándolo en el desamparo brutal de la incomprensión. Camino del colegio de Villasís, irá dejando por las calles las migas de lágrimas de quien sólo quiere regresar de vuelta por el camino hacia su propio desencuentro, el del niño perdido en la barreduela de los príncipes enamoradizos y bobos de pura bobería.

Entre tanto, otra mudanza sentimental. Esta vez a la calle Martín Villa, junto al colegio jesuítico. Poco después sobreviene el año incendiario y republicano de 1932. La Compañía de Jesús es disuelta. Las sotanas ignacianas no han salido ardiendo, pero sí la puerta del rojizo colegio. Los “alumnos prohibidos” de Villasís estudiarán el bachillerato en la Politécnica de la cercana calle Cervantes, promovida por una Asociación defensora del Credo en las escuelas. Los profesores advertían a sus alumnos para que no pasaran por la estrechura de la maloliente calle Atienza. Era una calle llena de orines, con olor a esperma del tiempo, y en la que montaba guardia una vieja numia que fuera tal vez lozana en sus días de jornalera del coito para señores en serios apuros, pero que Rafael, saltándose la prohibición como era menester, vio sólo una vez, espantado al darse de bruces con su cara de bruja arrugada, tanto como la puerta ojival de su uterina cueva. Después ven-

drán los años de estudios en el colegio de los Pajaritos, en la calle del mismo nombre. El edificio había servido de inmueble para el Banco de España. Unamuno venía a decir que no había nada mejor que trasladarse a un edificio que hubiera sido antes sede de un banco, porque así podíamos tratar con confidencialidad el gran negocio de nuestra salvación.

Estudios, desvelos de insomnio y aritmética, latinazgos y la tabla de multiplicar de la infancia que de a poco se iba escapando. Pero ¿y las pausas soñolientas del verano? ¿Y la indolencia frutal de los veranos en las albercas de la nostalgia? Los solsticios del ocio los pasará Rafael entre sus 11 y 13 años en el pueblecillo serrano de Alájar, a la sombra de la Peña de Arias Montano. En Alájar el poeta ingresará por derecho en la Cofradía del Onanismo, que es cuando uno paga por vez primera su papeleta de sitio y es obsequiado con un hermoso grano de cabeza amarilla. Convertido en becario de Onán, Rafael había visto así el primer bosque desnudo de una muchacha, aplicando su ojo derecho por el agujerillo de la impureza, hecho con un cortaplumas sobre la pared de un doblado. En Alájar el padre de Rafael se aplicará en sus gustos por la arqueología. La memoria de Rafael acaba siendo en parte un museo arqueológico de cráneos, hachas votivas, hojas de sílex y ánforas del siglo LVI a. de C. Uno acaba preguntándose qué memoria no acaba siendo arqueología del olvido, por muchos utensilios que acaben expuestos en las vitrinas para contemplación de nuestros propios huesos, esa tibia que en definitiva es la vida.

Pero no sólo es Alájar la pausa ociosa entre academia y más academia. Ahí la vega feraz de Carmona, la huerta de Tarazonilla donde el poeta asegura haber pasado los años más dichosos de su vida. El lector pone así el oído en las páginas de *Los años irreparables* y escucha el respirar frutal del campo a pleno pulmón. Aventura de alacranes, víboras y bichas agrarias, junto a olores a pulpa de fruta como la infancia misma. Si las magdalenas fueron para Proust el olor de lo perdido que de pronto vuelve, para Montesinos lo fue el de las mandarinas de Tarazonilla. Pero no todo fue un *Beatus Ille* horaciano, porque ya el niño intuía que la vida en el campo era también un jornal aceitunero y despiadado de sol a sol. Es la otra bucolía del agrimensor social pero templado, sin fuerza de revolucionario de campo, que se instala como primera huella de maduración en la conciencia del poeta. Por soleares, cantará Montesinos aquello de “Que viva Marinaleda / que es mucha la dignidad / que a Andalucía le queda.” Con todo, el andalucismo social de Rafael será siempre más poéticamente zurdo que izquierdista. No queda claro además la perimetría sentimental de su Andalucía, demasiado personificada –según él mismo confiesa– en Sevilla, tan alejada de lo que acabaría siendo ahora La Comunidad Autónoma de Andalucía.

Su andalucismo, más espirituoso que otra cosa, sin el constructivismo ruso de ninguna sigla de partido, se aprecia en poemarios como *De la niebla y sus nombres* (1985) o el más “andalucista” de sus libros, *Con la pena cabal de la alegría* (1996). Hay sin embargo mucho de descreimiento, de indulgencia plenaria hacia un pueblo como el andaluz que “nunca se alzará

en muchedumbre”, tal fuera la queja de Blas Infante. Aunque arábigo en busca de la bendición de Alá por lo dado a su amada tierra andaluza, Rafael acabará confesándose más bético de la Roma imperial, que musulmán de herencia debida y respetada. Denuncia, eso sí, la adulteración del alcázar espiritual de nuestro patrimonio al sur del sur, que ha ido perdiendo señas de identidad, finura, y ganando para mal en chispa de *souvenir* para el turismo complaciente: “Abandona tu pena en las glorietas / de ese falso jardín donde te ahogas, / mi verde y blanca y cuándo Andalucía”. En su libro *Rafael Montesinos. La memoria irreparable*, el biógrafo Alberto Guallart se desliza por entre la Tarsis fantástica que sedujo, pero sin llegar a la drogadicción, al poeta sevillano: “Montesinos fantaseó con Tartessos y con Tarsis, pero nunca creyó –como el poeta y nigromante Fernando Villalón– que el ganado del Rey Gerión fuera el antecedente de la raza de toros retintos que pastan en las marismas del Guadalquivir. Soñó –eso sí– con una Tarsis misteriosa y hedonista, recreación literaria de un paraíso no vivido, y que, por eso mismo, le causará una melancolía y una nostalgia aún mayores que el paraíso perdido de su infancia”.

Pero vuelvo de nuevo a esto mismo, a los pabellones del paraíso numerado que fuera el caserío sevillano en la infancia del poeta. Echado el día a rodar, el calor de julio aprieta y, a diferencia de Dios, sí ahoga. Ahora estoy en el número 16 de la anheada calle Reyes Católicos. En 1932 la familia volvía a trasladarse de nuevo a este otro piso no menos sentimental para el futuro bardo. En mi cuaderno de notas apunto el aguafuerte básico de lo que tengo ante mis ojos: un edificio

bello y desgastado, hecho de ladrillo visto, con cinco balcones con barandilla de hierro forjado. De un balcón saliente y acristalado cuelga una hoja de palma que recuerda que una vez no pudo salir de allí, vestido de nazareno, el niño Rafael a cumplir con su cofradía del Valle en la tarde eucarística y penitencial del Jueves Santo. Sevilla vivía entre 1931 y 1936 en una imparable poesía social de huelgas con estrofas de brazos cruzados (hasta un total de 238 huelgas). Y pasó lo que pasó, que el niño Rafael se quedó sin salir un año en su querida cofradía morada de El Valle, un disgusto irreparable para el nazarenillo que todo mozuelo sevillano ha llevado dentro, salvo las lógicas excepciones de los niños exiliados del incienso por voluntad propia o por el laicismo de playa, tan respetable desde luego, de los padres ajenos a los rigores educativos de la tradición. De hecho, parte de la poesía de Montesinos será una recreación de cera nostálgica sobre esta otra patria perdida: la Semana Santa de Sevilla, de la que tanto se han expropiado los capillitas (esos cofrades *borrokas*), vulgarizando, abusando de sus hermosos versos escritos bajo bambalinas con verbo de gladiolo esquinero, pero sin olvido de la poesía de Credo hondo, de misticismo con mucho de pensamiento y yunque.

El número 16 de Reyes Católicos está escoltado por dos almacenes de la *Ferretería Roma*, que resiste con su aire antiguo a negocio y heredad entre padres e hijos, donde se escucha una caja registradora que funciona con bella anacronía. Pero el tiempo bien parece hoy otro repetitivo negociado de franquicias. Saliendo de la casa, a mano derecha, uno se topa

con un *Pizza-Hut*, con sus cartelones de ofertas en la acera: pizzas de masa gorda, hechas para quitar el hambre con el nutriente de la prisa. Enfrente del número 16, la heladería *Häagen-Dasz* y sus veladores para disfrutar del helado que se derrite en las manos, lo mismo que el tráfico derretido sobre el asfalto al rojo vivo de julio. Recuerda el poeta esta misma casa y el salón donde el padre, melómano hasta la cerviz, recibía a sus amigos en largas veladas de música clásica. Recuerda también que echaron del servicio doméstico a una *muchacha* (que así se las ha llamado siempre a las criadas en Sevilla), cuando el niño no tan niño descubrió las caricias táctiles sobre el cuerpo de la rubia doncella. Desde el balcón del segundo piso veía Rafael los tardos amaneceres junto al río Guadalquivir y el isabelino Puente de Triana. Entrando por el puente, a la izquierda, a la vera del Paseo de Colón, se encuentran los Jardines de Rafael Montesinos, tal y como señala un poste municipal. Debajo se encuentra otro desagradable jardín de coches en un *parking* subterráneo. Pero arriba, los jardines se antojan aceptablemente limpios cuando uno habla de “Sevilla la Sucia”. Sólo me encuentro en el banco donde me siento con que alguien se ha dejado un cartón arrancado y amarillo de la revista *Elle*, que al parecer regala sandalias romanas como promoción con la compra de la revista y promete para el próximo número otro nuevo regalo: un maxibolso.

El centro de los jardines lo preside un busto del cantaor Antonio Mairena. Está levantado sobre un adusto monolito de piedra. El busto recoge justo el momento en que la sangre del cante le viene a la garganta y queda inmortalizada en mue-

ca de hierro fundido para siempre. La cabeza calva del cantaor necesita de un champú especial anticaspa. Son muchas las cagaditas de paloma que le han caído encima. No es infrecuente ver tirados en los bancos de estos jardines a algún mendigo con el cáliz precario de un vino de cartón. Los jardines tienen palmeras que uno no distingue bien si son de la clase botánica de la *Livistona australis*, la *Phoenix reclinata* o la *Washington robusta*, como una vez me dijo, para pesadilla de un servidor, un jardinero municipal al que pregunté por las palmeras del Parque de María Luisa para no sé qué olvidado artículo (como los nombres para Rafael Montesinos, también los artículos son destino para el olvido). Poca sombra da este jardincillo sobre el ribereño Guadalquivir, que uno ya quisiera como danubiano y de leve color canela, pero que a su paso por la ciudad demediada (Sevilla *versus* Triana) es sólo agua estancada como toda nostalgia, palabra licuada que acaba en légamo y ceniza (un poema de Rafael, referido a estos parterres entrevistados desde Reyes Católicos, se llama justo así, *Hu-mo y cenizas en Reyes Católicos dieciséis*).

Y llegó, como quedó dicho el año de 1936, ese año de la guerra y de la novia. Era el último traslado de una familia trashumante. Esta vez al primer piso de la calle Almirante Ulloa número 1, cuyos balcones daban a la calle Alfonso XII. Es el año de la sangre del 18 de julio (un julio distinto al de ahora, con su otra sangre de calor insoportable). El poeta se enamora de Angélica, una mujer ¡cinco años mayor que él! y que estudia italiano. Inevitable tentación. Estalla la guerra, estallan los tiros. Pero en la azotea del inmueble junto a Alfonso

XII, reunidos allí arriba los vecinos por seguridad, lo que estalla es el fin de la niñez en Rafael. Es el disparo carnal de quien se ve envuelto en una misma manta con Angélica, la miliciiana del amor en la guerra de una noche en blanco.

El tiempo irreparable ha ido transcurriendo pues a través de su poesía a lo largo de los vagones de carga de los años. Habrá un momento en que Montesinos consiga despojarse del bocio de la nostalgia y la higuera de toda acordanza, como en el libro *El tiempo en nuestros brazos* (1958). En 1953 ya había conocido a Marisa Calvo en Madrid en una lectura de poemas de Gerardo Diego. En 1955 se casaron y el poeta olvidó sus propios olvidos, tan heridores porque justamente hacían lo contrario, no dejarse olvidar con aquella Sevilla inmutable al fondo.

Si antes había conocido los endecasílabos cortesanos del garcilasismo, después habría de venir la poesía de la generación del 50, donde el lenguaje se convierte en epifanía de verdad y consigue arrojar al suelo el maquillaje de una máscara que, de pronto, se desoculta por la fuerza de la palabra crucial. Va mojando sus pies Montesinos por todas las orillas poéticas, si bien será siempre un poeta difícil de ubicar. Hay incluso un ramalazo poético de cristianismo, entre humanizante y redentor, que le llevará a escribir poemas como *Canción del Pozo del Tío Raimundo*.

Pero si hay algo que va penetrando hondamente en su poesía es la saeta becqueriana. Cernuda, en su ensayo *Bécquer y el romanticismo español* (1935) ya hablaba de “la veta honda, grave y retirada que existe en el corazón de Andalucía” gracias al

poeta del salón y el ángulo oscuro. Montesinos, becquerista policial, acabará dando con la modernidad de la poesía de su amado Bécquer, con su maridaje de sueño y realidad: la poesía entrando en la veladura meliflua pero inmanente de la poesía. Cuando el Ayuntamiento desalmado llegó a proyectar un día el derrumbe del número 28 de la casa de Bécquer en Conde de Barajas, Montesinos sacudió la reumática desidia de la Sevilla oficial en un artículo con luz de gálibo: “La lápida que hay en la fachada de su casa la costearon los poetas y la labró gratis Susillo, y las ruinas que existen detrás de esa fachada es el homenaje que Sevilla ofrece a Bécquer en el 150 aniversario de su nacimiento”. Esa placa en recuerdo de la casa donde naciera el poeta de la Venta de los Gatos, sigue siendo hoy un epitafio mugroso. Está como ayer, como siempre, como hoy, como si a la fachada no cesara de caerle una especie de llantina de cal sucia. A ambos lados de la casa de Bécquer, más y más edificios quejumbrosos, todos en obras, con su retablo de andamios y mallas y obreros que por supuesto cumplen a rajatabla la contraorden laboral de no llevar casco. A uno lo miran los obreros (uno que solda, otro que lleva una carretilla) con cierto recelo, sin entender a qué estoy aplicando mis ocios de papanatas, con un bloc y un bolígrafo en las manos, mientras debiera llevar un pico y una pala como ellos.

Becquerizado ya para siempre, Montesinos acabará hollando en la poesía divagante entre el desconsuelo y la esperanza, como en *Último cuerpo de campanas* (1980). Se irá columbrando en lo por venir el lento pero impostergable naufragio en el

desencanto del que el propio Rafael acabaría llamando como su “libro más triste”. Y así hasta el acabamiento cada vez más rumoroso de sus días, cuando el poeta vislumbra la raya albina de la nada que se esconde en el horizonte vano de todas las cosas. Porque como subraya Alberto Guallart, es la nada la única verdad. La nada y el vacío que reemplazan al olvido y la muerte. La nada como “hueco oscuro en la negrura oscura”, como “horrible vacío inconcebible”. En esto ha quedado la nostalgia crucificada de su infancia, en los clavos de la nada sobre el madero pútrido y el sudario del vacío. *La vanidad de la ceniza* (2005) es su libro póstumo.

La nada, como las viejas banderas ondeantes del principio, acaba en despojo de humo. Humo que también fueran al cabo sus artículos *Diálogos en la acera izquierda de la Avenida*, publicados en *ABC* de Sevilla en los años 80. Gustaba Rafael del equívoco ideológico, lo zurdo en su acera preferida de la Avenida, donde la *Punta del Diamante* (hoy un *Starbucks Coffée*), el lado de poniente de la Catedral metropolitana y el Archivo de Indias. Y lo quería así frente al lado diestro de la que fuera ya Avenida de la Libertad, ya Avenida de José Antonio, hoy Avenida de la Constitución, pero desde siempre la Avenida. Porque a Rafael la acera derecha le parecía provinciana, donde antaño los señores con renta paseaban en busca de novia formal: el teatro *Coliseo*, el *Aero-Club* (que sigue vetando la entrada a las damas y que justo tras abrir la puerta se da uno de bruces con un retrato de Queipo de Llano), la antigua sede de Falange, justo arriba de la heroica y resistente confitería *Fi-*

lella, que forma parte de la dulzona trilogía de las palmeras en las confiterías de Sevilla: la de huevo (en *Filella*), la de hojaldre (en *Ochoa*) y la de chocolate (en *Nova Roma*, q.e.p.d. por su cierre definitivo en Los Remedios: no tuvo remedio *Nova Roma* en el paradójico barrio tan pudiente de Los Remedios).

Cómo ha cambiado la Avenida de la que hablabas, Rafael, con tu *alter ego* Porfirio en tus *Diálogos* de heterónimo personal. Hoy la Avenida es un ancho corredor electoral donde hace poco Sevilla ha votado que sí, que sí al tranvía del Metrocentro. No hay coches, no hay humo negruzco de autobuses urbanos cruzando y apestando la Avenida. Es una calle aplicada en su tirante modernidad, donde el tiempo romántico de las farolas fernandinas se ahoga en los cipreses de hierro de las catenarias. Suena el campanón del tranvía que avisa al viandante todavía advenedizo. Retumba el suelo por entre las vías del suelo recién estrenado cuando pasa la oruga de chapa. No sé yo qué retumba Rafael, si tu olvidada nostalgia de poeta trasterrado en la Gran Vía de tus días madrileños. Ni sé tampoco si el campanón del tranvía es el eco mortuorio del tañido en el tiempo del convento de Santa Clara, del reloj en la torre de la iglesia de San Lorenzo: *Fugit irreparabile tempus*. Igual voy y le pregunto al vigilante jurado de la recién inaugurada *FNAC* de Sevilla, en la acera derecha que no era la tuya, mi querido zurdo Rafael. A lo mejor, como sugería el buen padre Unamuno, acabo preguntándole por el negocio de mi salvación, de tu salvación, de la salvación de Sevilla toda, aprovechando que la *FNAC* ha venido a ocupar el inmue-

ble del otrora Banco Urquijo, donde una vez abrí una cuenta corriente en este banco de fama para adinerados y donde yo sólo conseguí sumar mis muchas restas. La nostalgia es un déficit irreparable también.

DE PASSO
POR ANDALUCÍA:

En diversas idas y venidas, el novelista norteamericano John Dos Passos gustó de vagabundear por el país que él mismo definió como “la patria clásica del anarquista”. Esto era España para él: metafísica del individuo, minifundio del ideal, la víscera fraterna del yo. O sea, que a ojos del joven Dos Passos el español era un anarquista hasta de sí mismo. En *Rocinante, vuelve al camino* Dos Passos va dejando nota de lo que ve y piensa acerca de España y los españoles. Arduo asunto para un joven soñador que daba vueltas, cual gladiador taurino, al ruedo ibérico. En sus conclusiones filosóficas (anarquismo y metafísica) le ayudó mucho la tierra varia y desequilibrada que recorrió a pie, a lomo de mula, o sentado en un viejo *Fiat* alquilado al que él y su mujer Kati llamaron *Cockroach* (Cucaracha), apodo de poco fiar para un cuatro ruedas, pero que le sirvió para atravesar los terruños del país en 1930.

España era hermosamente ingobernable. A Dos Passos le agradaba hasta el desgobierno del paisaje español. Lo mismo se daba de bruces con el botijo del sol, que con un paraje

yermo donde veía embelesado la mansedumbre caediza de la nieve castellana. Pero sobre todo le agradaban los picachos solanescos de las montañas, el corte de cuchillo de las sierras que se le antojaba como la dentadura cascada del alma anarquista en España. Por fortuna, dirá Dos Passos, los Pirineos son lo suficientemente altos para que en España no entre la “fé-tida nube” europea, donde el industrialismo y la religión del capital estaban convirtiendo al viejo continente en una fábrica de desigualdades sociales: hollín para los menesterosos, puro y copa de balón para el magnate burgués con reloj de leontina. Era entonces el joven Dos Passos un mozalbete de culillo inquieto, atraído por los ideales del izquierdismo que coqueteaba lo mismo con la hoz y el martillo (largo era el entusiasmado aliento de la revolución bolchevique), que con la utopía libérrima y deliciosamente confusa del anarquismo. Ya vendrían luego, como se verá, la hora muerta del desencanto, la cara de bobo que se le puso cuando la realidad, bajada ya la cremallera de seda de toda utopía, le hizo quitarse la venda de los ojos.

Pero todavía por entonces, cuando frisaba la edad de los ideales, con esa fiebre tropical de comerse el mundo para conquistarlo con la ingenuidad del impulso juvenil, Dos Passos amaba al ingobernable país que era —¿y sigue siendo?— España. Admiraba el reino de taifa en que acababa convertida la conciencia de cada español. Disfrutaba así con la feracidad de la pobreza, lo que era una especie de mezcla de libertad y nudismo económico cual modelo de vida: disfrutar del máximo bienestar con el mínimo consumo posible, y no buscar el máximo beneficio con el mínimo coste, justo lo que ofrecía la

“fétida nube” europea y norteamericana también (esta idea de hacer nudismo sin blanca, la ecología de la pobreza, la recogería Schumacher en su *Small is beautiful*). Errante por tierras de Granada, por Motril y Almuñécar, Dos Passos escuchó gustoso cómo pasaban los veranos las reatas de familias pobres: “En estas tierras –le suelta un parroquiano de casino– no trabajamos mucho, somos sucios e ignorantes; pero vivimos. ¿A qué no sabe usted lo que hace la gente pobre en el verano? Alquilan una higuera y se van a vivir bajo ella con sus perros, sus gatos y sus críos; comen los higos que van madurando, beben el agua fría de la sierra y tan felices”. Es la sombra fresca de la higuera el ejemplo de la patria sin patria, ese allí donde simplemente uno está bien, se siente bien, y que a buen decir del viejo Cicerón se encontraba lo que se da en llamar así, la patria.

Entre los escombros del tiempo nazarí, el novelista americano residió en Granada durante un mes por culpa de uno de sus repetidos ataques reumáticos. Aprovechó la “señorial abundancia de tiempo libre” de estas tierras (ya lo dijo Washington Irving) para escribir el que a la postre sería su primer éxito literario: *Tres soldados*. Entre vinazo y vinazo, de tabernucha en tabernucha, Dos Passos seguía haciendo filosofía anarquista que alcanzaba incluso al duende negro del flamenco. Comprobó, no sin doctoral equivocación, que la vida de Andalucía es lo flamenco, el arte embrujado de no trabajar y ni siquiera de prepararse para trabajar, como le sugerían a su modo y manera sus compadres de taberna. Este embrujo de la indolencia, esta sensación de libertad insensata, habitaba en la esencia misma de lo flamenco, arte bravo y suicida, y así lo dejó

por escrito en las notas altivas y profundas de su *Rocinante*: “El gesto de bravata, la canción bien cantada, rematada con estilo, la espalda vuelta al toro que embiste, la mantilla puesta con exquisita provocación: todo eso era lo flamenco”. ¿Llegaría a leer la media verónica de este párrafo el gran *Demófilo*?

En Nerja Dos Passos se toparía con un tal señor don Diego, que habría de ser la excepción que confirmaba la regla del pensar común de los lugareños. Para este raro extranjero en tierra propia, admirador de la educación, la organización y el mundo moderno del que procedía el novelista norteamericano, lo que había que hacer en Andalucía era acabar de una vez por todas con el estupefaciente de lo flamenco, ese duende avieso que pregona el trabajo de no trabajar ni de prepararse siquiera para trabajar. A lo que Dos Passos, en plan estupendo, le contestó: “Algo que no es ni trabajar ni prepararse para trabajar, hace el camino tan esencial que no necesite uno destino; eso es el flamenco”. A esto se le llama ponerse uno precisamente *flamenco*. Ni que decir tiene que don Diego puso gesto ceñudo. Al cabo sacudió la cabeza, sin convencerse en absoluto de lo dicho por este papafrita con pájaros en la cabeza.

Como ha quedado dicho, bien a pie, en burro o subido a las cuatro ruedas de su *Cockroach*, Dos Passos visitó España varias veces en el primer tercio del siglo XX. Es de suponer que vino a Sevilla en 1921 sin la compañía de su mujer Katy. Junto con el poeta E. E. Cummings recorrió la ciudad rebajando tensiones: prostíbulos y otras corridas (de toros, se entiende), aprovechando los encantos sensuales que le ofrecía la tierra de María Santísima. Debieron ser tantos los encantos sensuales de la Sevilla giraldina, que el poeta Cummings tuvo que acu-

dir de urgencia a un dentista local para librarlo de un torturante abceso dental. Con tanto prostíbulo sevillano, pensar dónde habría metido la boca el buen poeta es pregunta de mal gusto que conviene pasar por alto.

Por tierras de Castilla Dos Passos sigue erre que erre con su anarquismo filosofal, sólo que acaba añadiendo al lienzo de lo español las dos paletadas fundamentales que conforman nuestro carácter indomeñable. De un lado Goya, de otro El Greco. Dos formas de tenebrismo eterno en la tela del ser español y la españolidad. Y si a la última entraña del individualismo español no alcanza la paletada de la pintura, para eso están don Quijote y Sancho Panza, lo convexo y lo cóncavo del yo español: “Don Quijote el individualista, que creía en el poder del alma sobre todas las cosas, que llevó al mundo entero en sí mismo; Sancho el individualista, que no veía en el mundo sino comida para su estómago”. He aquí el problema helador, como diría el poeta, de las dos Españas que no se ponen de acuerdo siquiera en lo que debería ser su solo y único corazón esencial: la individualidad, el yo de donde mana la fuente del orgullo español. No entiende uno, entre otras muchas cosas, por qué en España hay sequía con tanta fuente de orgullo.

Rocinante vuelve al camino es un delicioso libro de prosa de paisajes, pero que no escapa del ensayo luminoso, de la digresión más allá de los jaramagos descriptivos allá por donde va viajando nuestro errabundo novelista. Sugiere Dos Passos, atento siempre a los costurones sociológicos del país, que junto con la rusa la española es la literatura social por excelencia. La única diferencia radica en la radiografía escénica y argumental de sus muchos parias. Los parias españoles sien-

ten la hambruna triste pero astuta de la picaresca, y de ahí nos viene la tradición social y socializante de la literatura picaresca española, que es si se quiere y vista en perspectiva una especie de marxismo literario del mendrugo, el timo y la sopa boba a la puerta de misa.

La España de primeros de siglo que visita Dos Passos es una España estremecida y tragicómica, convulsa, donde las bombas se esconden hasta en las barbas de un señor extravagante metido a conferenciante: don Ramón María del Valle-Inclán. Escuchándolo en una conferencia de ateneo (vacío por supuesto), Dos Passos concluye que la seriedad de lo dicho por Valle (el ser español, la individualidad febril, el etcétera del yo patrio) radica precisamente en su falta de seriedad. Es, en fin, una España a la que no le sientan bien los perfumes negros que salen de las chimeneas de un progreso a la carrera. En la literatura de Baroja hay mucho de este ir a contrapié de la industria del mundo moderno: “Este es el mundo de Baroja: lúgubre, irónico, las calles de las ciudades donde la vida industrial descansa pesadamente sobre los hombros de una raza tan poco adaptada a ella como ninguna otra en Europa”, escribe Dos Passos. Si la intertextualidad no hubiera estado de moda en la época, el mismísimo Ortega habría caído en la tentación de las artes del plagio, que al fin al cabo, por feas que parezcan, no dejan de ser otra forma de las bellas artes.

En Córdoba Dos Passos percibe el problema agrario del campo andaluz. Es la endecha del Sur, el alpechín de la desigualdad. Andalucía podría ser la California meridional. Pero el latifundio, la mano dura del capataz y los *maïssers* de la Guardia Civil caminera no lo permitieron. Por Fernando de los

Ríos, diputado en Cortes por Granada, conoce que sólo en los Balcanes el obrero andaluz está igual de escaso de carnes y calorías. Dos Passos visita en Córdoba la redacción, si así podía llamarse, del semanario *Andalucía*. También conoce a un curioso agitador social apodado “Azorín”, que no era lógicamente nuestro Martínez Ruiz, quien, sin embargo, tanto escribió sobre la Andalucía trágica. A “Azorín”, el agitador los pobres y los obreros, lo veneran. La civilización bien parece ser un problema tan sólo de calorías. Es lo que permite la digestión del progreso. Hoy, pese a las ignominias de antaño, esta teoría no se sostiene si uno piensa en lo que de civilizado tiene cualquier nuevo rico tipo “El pocero”, “El porquero” o como demonios se llame este cateto del ladrillo con dinero como para parar un tren (salvo su propio tren de vida).

Pero el tiempo en sí mismo es una forma de indulgencia y hay que comprender lo que era entonces el campesino enjuto, los jornales de miseria de sol a sol. Por eso, aun dentro de la ternura que provoca la inocencia de la equivocación, hay que entender lo escrito por Dos Passos en plena fiebre revolucionaria: “Una cosa hay cierta: por mucho que tarden las llamas en subir del rescoldo para arrasar de una vez el capitalismo y el feudalismo español, Córdoba, la blanca ciudad de los califas por cuyas zigzagueantes callejuelas revolotean fantasmas de antiguas grandezas, será, cuando llegue el momento, el centro de la revolución agraria”. Aunque lírico, se equivocó de topónimo. La revolución agraria nos ha venido con el tiempo por la carretera que lleva a Marinaleda, el pueblo sevillano donde se sigue practicando el marxismo extraterrestre, orgulloso de la dictadura de la tierra practicada por su barba-do alcalde Sánchez Gordillo.

La Cataluña del mar y la genista, tan cantada por Joan Maragall. El entierro de Pérez Galdós y la empenachada comitiva fúnebre. La admirable cultura universal de Blasco Ibáñez, a quien nuestro autor le reprocha que de haber escrito de forma menos industrial, quizá nos hubiera regalado el más hermoso libro de memorias igual que un Marco Polo o un Casanova o un Chateaubriand. Retratos de paisajes y paisanajes, sin olvido del “campeón de la muerte”, don Miguel de Unamuno y su misticismo religioso que miraba a la sierra del Guadarrama. Es lo que arroja la mochila abierta de este libro de viajes, quijotesco y de pacífica agitación sensorial, llamado *Ro-cinante vuelve al camino*.

Pero como se dijo antes, llegaría tarde o temprano el campanón del desencanto. Adiós al fervor juvenil de cuando aquel viajero quería alcanzar la luna de la utopía. En plena Guerra Civil española Dos Passos acabaría quitándose la venda. Se había alistado como otros muchos en la lucha intelectual contra el fascismo, pero lo que encontró fue la contrafaz del fascismo comunista y el silencio ominoso de sus compañeros de armas y letras. La desaparición y muerte de su buen amigo José Robles Pazos, traductor al español de *Manhattan Transfer*, lo llevó al descreimiento de una izquierda refocilada en la miel del ideal; una izquierda letrada pero fantasiosa, que parecía más una boutique intelectual para que cada bardo se dejara ver lanzando versos al viento de la libertad sobre los campos de sangre de España. Ni Alberti, ni el esquinado Bergamín, ni Constanca de la Mora... Nadie quiso saber nada del amigo que había acudido solícito en ayuda de la República,

pero al que en abril de 1937 asesinaron los soviéticos de la NKVD por estar en el sitio equivocado en el momento inadecuado. *Enterrar a los muertos*, de Ignacio Martínez de Pisón, es un libro de impostergable lectura que indaga sobre este hecho cubierto de nieve y silencio durante tanto tiempo. El asesinato de Robles Pazos, su vergonzante ocultación, acabó provocando friolentas distancias entre quienes hasta entonces habían sido amigos, el propio Dos Passos y Hemingway. El Nobel cazador y al cabo suicida, no quiso saber nada del asunto y su entonces amigo comprendió que entre ellos no había sino una blanda amistad de merengue. Hemingway haría un retrato burlesco de Dos Passos en *París era una fiesta*, cuando ya se había consumado la incomunicación entre ambos. La amistad, como casi todo en la vida, había sido un amago.

LA IGNORAN-
CIA MERIDIONAL:

(Viaje por la Andalucía
analfabeta, 1926-1929)

Si yo le pusiera rostro a esa antipática institutriz llamada doña Estadística Escolar, enseguida se me vendría a las mientes la cara enjuta de la señorita Rottenmeier, la tutora de la niña rica (pero tullida) Clara Sesemann. La odiable señorita Rottenmeier siempre andaba riñe que te riñe contra aquella diablilla de la felicidad más inocente, de nombre Heidi. Quién no recuerda los redondos quevedos de la Rottenmeier, su nulo sentido del humor y su mucho sentido del tumor, por no hablar de su arisco moño y su largo traje malva de castidad luterana. La niña Heidi, con su corretear imaginario por los Alpes urbanos en la inhóspita ciudad de Francfurt, sólo quería entretener a la desdichada Clara, excursionista de la ilusión en silla de ruedas. Pero allí estaba siempre la ríspida institutriz para llamar al orden a Heidi a todas horas, mientras sonaba el carillón de su amargura por toda la amplia y lujosa casa burguesa, allí donde la pequeña indómita hubo de vivir por fuerza, enviada por su inquietante y barbado abuelo, aquel ermitaño grave de las montañas, tan silencioso, tan ceñudo.

Creo yo que la versión actual de la señorita Rottenmeier nos ha venido ahora con la asfixiante película de Michael Haneke, *La pianista*. Isabelle Huppert, siempre inmensa, nunca sobreactuada, interpreta el papel de la señorita Erika Kohut, profesora de piano en el Conservatorio de Viena. La severa y fría maestra pelirroja esconde en el fondo una sucia barreduela de bajos reflujos sexuales. Es, por así decirlo, una institutriz del porno en los pentagramas ocultos de sus orgías más insondables. Por eso, sus horas clandestinas las dedica a tocar el piano de los genitales masculinos en los urinarios o a masturbarse en los autocines observando cómo se meten mano los jovenzuelos bajo la lubricante oscuridad.

A la una y a la otra (la señorita Rotenmeier y la inquietante Erika Kohut), les pongo yo cara de antipáticas pedagogas, de maestras reprobadoras de nuestras insuficiencias académicas más vergonzantes. Sí, las dos tienen cara de lo que tienen: cara de doña Estadística Escolar, cara de disfrute sádico, cuando vez tras vez nos suspendían en ese boletín de notas del tiempo que se nos fue irreparablemente.

Luis Bello (1872-1935), periodista, escritor y apóstol de la escolarización, no tiene esa cara agría de estadista del analfabetismo. A medias entre el misionero escolar y el viajero que fue, recorrió las precarias escuelas andaluzas entre 1926 y 1929 para comprobar cómo se caía en general la techumbre de la enseñanza nacional en España. No quería figurar como mero funcionario de Instrucción Pública, empleado en elaborar informes técnicos y desazonantes sobre la desnutrición escolar de nuestra pobre Iberia. Tampoco quería pasar como

viajero superficial, seducido por el morbo de la ignorancia casi idílica de una Andalucía demediada entre el fulgor de su sidérea belleza y el negro carbón del atraso económico y social. Lo suyo fue más bien un caminar inadvertido, cual prosista de paisajes, mientras va haciendo acopio de hermosas y cromáticas anotaciones a pie de campo y que, sin embargo, no ocultaban la realidad cochambrosa de unas escuelas pobres, convertidas ya en covachas o en pósitos, ya en lagares o en mechinales insalubres, donde los escolares sólo aprendían la tabla de multiplicar de los piojos. Para remediar en lo posible el bocio de la ignorancia, fue enviando sus crónicas de alarma a *El Sol*, periódico que iba publicando espacialmente sus observaciones de apóstol de la enseñanza. Como era esperable, de poco sirvieron sus llamados a la conciencia de una España soñolienta en cuanto a interés por la instrucción pública.

Andalucía era parada obligatoria y aterradora en su largo tránsito por las Españas analfabetas: “Una terrible estadística oficial –escribe Bello– iba marcándome el itinerario a través de esa gran cordillera de la ignorancia española que tiene sus más altas cumbres en un pueblecito jiennense llamado Santiago de la Espada, y en otro malagueño: Casarabonela”. En su periplo misional, Luis Bello llevaba a mano el descorazonador estudio de Luzuriaga, *El analfabetismo en España* (1926). Pero leyendo su libro *Viaje por las escuelas de Andalucía*, yo no consigo ponerle al bueno de Luis Bello esa cara arisca de tutor a lo Rotenmeier, ni tampoco esa otra severa faz de maestro podrido, imbuido en sus arcanos desvaríos sexuales, al modo de la turbia profesora de piano de la película de Haneke. Porque el viajero Bello bien que se topa no sólo con

analfabetos desdentados, sino con auténticos *analfabestias*. Y bien que recorre un país de hermosa feracidad de trigales y amapolas, aunque todo él de una infertilidad absoluta en sus estadios de enseñanza subterránea. Sin embargo, en lo que va escribiendo no hay riña, ni moralina, ni castigo cual azote victoriano. Todo lo contrario. Hay más bien un tono de indulgencia serena y hasta cariñosa, en busca de remedio contra las severas carencias de las escuelas andaluzas, auténticos cuarteles de la ignorancia, donde los poquísimos niños escolarizados se debatían ante la lección que a menudo le preguntaban sus propios progenitores: ¿para qué estudiar si lo que quita el hambre es el jornal de la vida pura y dura?

¿Cuál era la causa del atraso cavernícola de la enseñanza en Andalucía? ¿Era culpa del *pudding* de sangres que corrían por nuestras venas? ¿Era una cuestión de perimetría craneal? El maestro don Antonio Machado, ya advirtió que lo importante no era el perímetro del cráneo en los escolares del Sur, sino la cantidad de cacumen de oliva virgen que cabía dentro de ellos. Tal vez lo pensara don Antonio observando la monotonía de lluvia tras los cristales, abrigado en la poesía húmeda de su torpe aliño indumentario, que debía oler a olmo viejo y a peladura de gamba.

Con el largo paso del tiempo, la enseñanza en Andalucía ha cambiado felizmente. Aunque Rafael Montesinos, a quien se le dedica capítulo aparte en este libro, dijo en su día una gran verdad incontestable y que viene a ser el oxímoron de este nuestro muy enrarecido tiempo: el pueblo andaluz ha dejado de ser analfabeto, pero es más inculto. La educación obliga-

toria, el programa Averroes, internet en los colegios, los cheque-libros, el denuesto de muchos inspectores de colegios públicos... En definitiva, la segunda modernización de la Andalucía de hoy (los maledicentes se preguntan cuándo tuvo lugar la primera), nos muestra un sistema educativo moderno que, pese a sus muchas insolvencias, sus pesadillas burocráticas, sus interinidades sin solución, se nos antoja a años luz del museo arqueológico de aquellas escueluchas que visitara Luis Bello allá por los años veinte, en pleno *fox-trot* del analfabetismo patrio.

Con todo, *Viaje por las escuelas de Andalucía*, es un hermosísimo libro de literatura viajera, por mucho que escueza la orografía de nuestra más insolvente memoria. Ya en coche, ya a lomo de bestia, ya a salto de mata, fuera como fuera, el krausista Bello recorrió las provincias de Cádiz, Huelva, Málaga, Sevilla, Granada y Jaén. Como se ha dicho, casi siempre es el suyo un libro bullente de cales blancas, de colorido lumínico, pero embadurnado también de tiznones, de manchurroneos de bruticie, de ignorancia animal. Es buena parte de la Andalucía que fuimos, la heredad de un pueblo que fuera “posada de culturas”, a decir del insoportable (aunque esta vez sí brillante), el ínclito Antonio Gala, ese manchego de Brazatortas, empeñado sin embargo en presumir de andaluz delicado, con su bastón califal, lo propio de un omeya del *bestseller*.

De lo escrito por nuestro cronista y apóstol de la evangelización escolar, vayamos pues provincia por provincia para vernos en el espejo cartográfico de la Andalucía ignorante de aquel tiempo. Cómo ha cambiado todo, o no tanto, se pre-

gunta uno en los posos de reflexión que va dejando la lectura sedentaria del libro.

Cádiz, la “Venecia occidental”. Antes que habanera, con el salitre de sus casas de coloniales colores, a Luis Bello Cádiz le parecía más el canal veneciano del Occidente extremo. “Todo brilla, es alegre y refulge en Cádiz, menos las escuelas”, anota en sus hojas volanderas. Dejando a un lado el venero del viajero preso de su embeleso, de pronto se mete a espeleólogo por las grutas de la antropología regional: “Condición de los andaluces, extendida en mayor o menor grado, pero común a todas las Andalucías, es el despejo, el talento natural y una manera espontánea que hace pensar en razones muy antiguas, trabajadas por la obra lenta de los siglos. Esto podría ser ya más grave para mi asunto que la simple magia del color. Si los andaluces vienen educados al mundo, ¿para qué necesitan escuelas?”, se pregunta con lúcido soliloquio. Esta reflexión, creo yo que la compartirían en un trío *a capella* el mismísimo y sesudo Ortega, “La Pantojita” de los bares de la Sevilla de turismo y souvenir, o el *Condemor* de “Chiquito de la Calzada”, todos ellos estudiosos a su modo en el conocimiento cultural de las pepitas de higo chumbo de una Andalucía tan bailona, tan espontánea, tan contentadiza; pero también tan complicada, tan complaciente en su extraña sabiduría socrática de conformarse con saber que no sabe nada, ná de ná, y todo ello con un extraño frescor de indolencia. Ya sé que esto es exagerar algo hoy día, aunque quizá no sea tanta la exageración (vuelvo a Montesinos: somos menos analfabetos, pero más incultos).

A su llegada al primer destino, Luis Bello comprueba que Bornos es un pueblito tristemente capicúo: 3.993 hectáreas, todas ellas en manos de un único señor y administrador. El foráneo describe las hermosas verjas enrejadas jamás vistas en ojos tan viajados. Pero Bornos es reflejo vivo de una filosofía jornalera, trascendental. Aquí, en Bornos, el jornal se lleva en la sangre. La educación, la escuela, aprender en definitiva, es la mejor academia para el hambre, la miseria, la nada. Lo piensan los propios jornaleros, drogados por la anestesia del trabajo de sol a sol. Y así van transmitiéndolo a sus hijos, para generación de futuros segadores de sí mismos.

En tierras de Jerez, Luis Bello da cuenta de su bella pradería, del *Beatus Ille* de sus viñedos inigualables, de los camposantos del vino en las oscuras y frescas bodegas con olor a bocoye del tiempo escanciado. De paseo por la ciudad, Jerez le parece de una traza urbana igualmente bella. Pero no olvida su cometido de observador de escuelas y, rara excepción, le parece aceptable el buen nivel de la Colonia Agrícola de Caulina. Pero si hay un haz en Jerez, también hay un envés: el mal del alcoholismo infantil, que se refleja en epiléptica inquietud y en la falta de fijeza en los escolares, según denuncian los escasos maestros jerezanos. Pero claro, se pregunta Luis Bello, ¿cómo denunciar semejante delito en la “patria soberana de las bodegas”? Arduo asunto. Mejor no meterse en líos y no probar del vino peleón de la polémica en tierra de caldos altivos.

Por la ventosa Tarifa, mucho antes de que vinieran los malabaristas del *surf*, nuestro pedagogo viajero quedó admirado de la encalada belleza de las casitas tarifeñas. En días claros se

veía la idílica postal del África a lo lejos, cuando todavía no alcanzaban la costa los cadáveres embuchados de los emigrantes, esos otros surfistas de la miseria del siglo XXI. Antaño, para los 12.000 habitantes de Tarifa, sólo había cuatro maestros y cuatro maestras luchando contra el Levante de la incultura. Un viejo pósito servía de escuela, que era más bien un campo de concentración donde se hacinaban más de un centenar de niños.

Al llegar a Algeciras, ni siquiera le sirve a Luis Bello el consuelo de aquello de que al menos en la escuela “la letra con sangre entra”. Algeciras es, en efecto, un caso sangrante. Pero no precisamente porque allí la letra con sangre entrara por empeño de la autoridad. Si bien pudiente y onerosa, en la nada despreciable ciudad algecireña sólo había tres pobres escuelas y más de 600 niños adánicos y sin escolarizar.

En tierra extranjera, en el aguachirle anglo-andaluz de Gibraltar, la cosa cambia y así se refleja en las notas de este español apestado de ignorancia y proveniente de las tierras yermas de su patria indolente. La educación en Gibraltar –apunta Bello– está militarizada en razón de las reglas de la *Army Education Corps*. Los aplicados ingleses, en resumen de Luis Bello, habían entregado la estimable cifra de 9.993 libras en subvenciones a la enseñanza. Desde luego era envidiable, aunque menos envidia le daba la educación rigorista, de cuño victoriano, con la que se topa nuestro cronista en este trozo de España que no era España. *Las Ordenanzas de Enseñanza Obligatoria para Gibraltar*, de 1897, recogían la fiereza de su rigorismo escolar: el azote del desaplicado alumno (no más de seis

azotes), con vara de mimbre y en presencia, si así se requería, del progenitor del pequeño delincuente.

Sé lo que está pensando el improbable lector. Que quizá con los tiempos que corren, cuando el alumnado se ha subido a las barbas de la falta de respeto al profesorado, quizá, como digo, muchos piensen que habría que imitar este sistema de azotes contra el zote de turno, contra tanto macarra cadenero que llena las aulas, aunque aquí no hayamos llegado de momento al control de armas a la entrada de los institutos (lo que sí se prohíben son naderías acaso graciosas: el bikini en verano para las Lolitas, los *short* de andar por casa, o las chanclas con los pinreles al aire, cuyo olor a cabrales bien que podría hacer bailar por bulerías al ratoncillo del divertido anuncio de *Peusek*).

Desde el bello mirador del latifundismo, en Castellar de la Frontera, el viajero de escuelas observa la propiedad de 18.000 hectáreas del virrey de todas las tierras, el Duque de Medinaceli. En este coqueto pueblo, enclavado en el altísimo avatar de su historia, resisten dos maestros afanados en su labor pedagógica contra el mal de altura. Así consta en su cuaderno de notas y así se le rinde merecido homenaje a esta pareja de héroes de la enseñanza.

Por último, como agradable contrapunto, Luis Bello encontrará en Los Barrios una magnífica casa-escuela al mando de dos veteranas en la guerra del buen saber, doña Josefa y doña Justa, a quienes se le une el entusiasmado y joven enseñante Francisco González. Queden así apuntados sus nombres, como recuerdo epítáfico a su hermosa labor de doctores de la enseñanza en los más crudos tiempos.

Málaga, el boquete de Casarabonela. Sin trabuco, ni pañuelo a la cabeza ni faca, Luis Bello se adentra por tierras bandoleras de Ronda, la patria de su venerado Giner de los Ríos. La pluma se le desmanda en impresiones escritas con agua viva de entusiasmo: “¡Qué importa una escuela más o menos que respira en cualquiera de sus piedras y aun en su más humilde paredón encalado!”. Pero el refregón mortecino, ay, lo pone la sordidez, la molicie de sus escuelas pestilentes: “¡Tristes escuelas de una época desmachada (1880-1890), que quiere perpetuarse precisamente en Andalucía, donde la tierra es más fuerte y más rica!”.

Málaga capital, en los años 20, es el litoral de la incultura más vergonzante: 73,04% de iletrados (sólo superada por el 75,3% de analfabetos de Jaén). Aquella Málaga triste y lejana, a la que un buen día habría de sobrevenirle el *Tívoli* turístico y el *boom* de la Costa del Sol, la recorrió nuestro cronista a sabiendas de que lo hacía por una de las grandes provincias del analfabetismo en España.

Pero el lugar fantasma con el que hubo de toparse para pasmo total, fue el pueblecito de Casarabonela. Tan bravío, tan hermoso, pero tan sumido en su terrible agrafía, en el abismo de su absoluta falta de instrucción. De 4.530 lugareños, 4.179 eran analfabetos: ¡sólo 351 sabían leer y escribir, y no sin tropezones! En esta trinchera de la incultura, Luis Bello apunta el nombre de otro mariscal de la enseñanza, el maestro don José Villegas, resistente en este pueblo escondido en medio de la sierra pedregosa.

De ruta por las vértebras de la Málaga interior, de Álora apunta que “pocos sitios en el mundo son tan pródigos y tan deliciosos como Álora. Hay allí para todo, menos para la escuela”. O sea, más de lo mismo: arcadia boreal *versus* ignorancia bruta. Sólo hay cuatro maestros en el pueblo de Álora, que sobreviven hambreados de sopa boba, de abatimiento progresivo. De hecho, uno de ellos, según el agufuerte (o el *aguadébil*) que de él hace Luis Bello, tiene la cara olivácea, con palidez de fiebre. Nada de extrañar.

En Fuengirola, la cosa cambia a mejor. Aun siendo más pequeño que el altivo Vélez, el pueblo de Fuengirola tiene más escuelas y un cuerpo estable y modélico de cinco maestras y cuatro maestros. Las escuelitas están bien acondicionadas. Le resultan simpáticas, “aljofifadas y bruñidas por mano de mujer”. Es el fuengiroleño un pueblo, a su parecer, más gacitano que malagueño. Sus gentes disfrutaban del baile y de la garrapiñada del aire libre, bajo una luna redonda como el ojo saltón de un cálido y recordable verano.

Aparte de Fuengirola, otra alucinación en mitad de la provincia lunar de la incultura malagueña: Casabermeja. Existe en este lugar la llamada Sociedad de Fomento, cuyo fin es el estímulo de la enseñanza en el pueblo. Los dineros proceden del Nuevo Mundo, enviados dadivosamente por parte de emigrantes en Chile que no olvidan el lugar donde nacieron. Los maestros son así gratificados en Casabermeja gracias a estos mecenas de ignotas y pródigas tierras. Hasta se ofrecen premios a los alumnos más aplicados. Pero la mayor de las alucinaciones con las que se topa Luis Bello en Casabermeja, es

este oasis hecho entre palmerales de estanterías: ¡¡una biblioteca!! Hacía tiempo que no veía una en Andalucía.

De vuelta a la realidad, a su paso por la rentista y bien que pudiente Antequera, de nuevo el contrapunto brutal entre la feracidad económica del lugar y la tierra yerma de escuelas de este punto enclavado en la pulpa epicéntrica de Andalucía. Por los alrededores de la rica vega antequerana, merodea la curiosa figura del *enseñador*, un jubilado de Teléfonos que va a caballo, de cortijo en cortijo, cobrando a dos reales por semana, durmiendo al raso y sin apenas descanso en sus largas jornadas de maestro en venta por un mendrugo de pan duro.

Cuando hoy uno baja en coche climatizado por la Cuesta del Romeral, junto a Antequera, observa la planicie homérica de la vega y se le viene a la cabeza cómo andaría a caballo el *enseñador* y jubilado de Teléfonos del que nos habla Luis Bello. Tal vez fuera la suya la mejor de las cosechas, extraída de las muchas hectáreas de la acordanza.

Granada y el catecismo del Padre Manjón. Olvidado de su cometido, nada más poner pie en Granada, Luis Bello describe el busto de la hermosa ciudad decadente: “Granada es obra perfecta de los siglos; es como las grandes criaturas de Dios que se bastan a sí mismas”. Sí, Granada es criatura del cielo, arcángel de Dios. Pero es también un ángel negro a lo Antonio Machín, con sus precarias maracas en cuanto a ínfimos niveles de enseñanza.

Va dejando la comarca de Huétor-Vega y llega a Alhama,

pueblo todavía estremecido por el violento terremoto de 1884. Alhama sobrevive a su derrumbe sobre plano por obra de milagro. Y de sus magras escuelas, mejor no decir nada, otro seísmo sin solución posible.

En un postrer viaje a la provincia granadina, en 1929, Luis Bello va recorriendo su topografía, pueblo por pueblo: Puebla de Don Fadrique; Huéscar y sus campos de amapolas que sirven para trajinar con ¡¡cocaína!!, mientras sus escuelas están enclavadas en cuevas próximas, troglodíticas; el pueblo de Galera, donde sí da cuenta de sus centros de enseñanza bien ordenados y sus generosos maestros; Cúllar-Baza, con su escuela rupestre en la placeta del Bendo y que a decir de Bello bien pudiera mostrarse en una exposición de arte rupestre en la España de 2000...

No hay viaje, no hay aventura con sentido, sin accidente o calamidad de por medio. Así, entre Baza y Guadix, nuestro apóstol sufre un accidente en un autobús de la línea *Autedía*. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. Durante días de convalecencia, Luis Bello permanecerá al cuidado del doctor don Celso Ros en casa del culto matasanos. Son jornadas en que el herido disfrutará como nunca de sus hematomas. Y es que en casa de don Celso, el funcionario de instrucción pública da cuenta de una segunda alucinación bibliotecaria. En la casa del médico puede hojear centenares y centenares de libros. Quizá, como sugiere Steiner, las humanidades no humanizan; pero los libros algo sí que cauterizan las heridas de quien anda postrado, necesitado de otros sueros que el de la simple cura médica.

Ya recuperado, de nuevo en Granada, Luis Bello vuelve a recorrerla de la mano de su cicerone espiritual máspreciado en la amada ciudad: Ángel Ganivet, “pobre Hércules malogrado”. A la par de este su guía privado más querido, también da cuenta de la bella exégesis que otro vate, don Américo Castro, lanzara a los vientos nazaríes de Granada. Luis Bello habría suscrito de cabo a rabo tan hermoso canto de amor a la ciudad de los atardeceres caedizos por obra de don Américo, aunque de esa exégesis también habría hecho el espurgo de sus precarias escuelas nacionales.

Hablar de enseñanza en Granada es toparse con la figura y la obra benemérita del Padre Manjón (1846-1923), vicario de la educación en tierra moruna. Fue en un día cualquiera de 1888, al pasar junto a las escuelas del Sacromonte, cuando escuchó el canto de mirlo blanco de unos niños que entonaban el *Avemaría*. Este es el principio que dio lugar a las llamadas *Escuelas del Avemaría* (en 1918 había 36 escuelas en España; luego habría repartidas más de 400 por todo el mundo).

Curioso tipo don Andrés Manjón y Manjón. Había llegado a Granada, en 1880, para ocupar la vacante en la Universidad para la cátedra de Disciplina Eclesiástica. Al poco tiempo el Padre Manjón se convertiría en faro y guía de la educación cristiana en Granada con sus muy particulares métodos pedagógicos. Laicista de convicción, purificador de las conciencias sin necesidad “del soborno del cielo” (al que con sorna se refería Bernard Shaw), Luis Bello no comparte en buena parte los métodos manjonianos, pero sí refleja algunas de las conclusiones de este predicador encaramado al púlpito de la en-

señanza granadina. Transcribe así –y uno diría que hasta comparte– las conclusiones del Padre Manjón: “1) Que hoy la educación es la enervación, puesto que enseñar equivale a restar fuerzas. 2) Que civilizamos hombres debilitando la naturaleza, por haber muchas escuelas que matan o envenenan enseñando, y, a veces, las mejores son las que matan más. 3) Que la ignorancia e incultura son más higiénicas que la ilustración y las letras, tal como suelen administrarse en muchos centros de enseñanza; y, por tanto, que progresamos achicándonos, enervándonos, degenerándonos; de donde se sigue que hay un progreso y una civilización más despreciables que la misma barbarie e incultura (*Ley del Avemaría*, Gr., 1908)”. Sotanas aparte, ¿no suscribe nadie hoy, siquiera en parte, lo sugerido por el Padre Manjón?

Las siete Huelvas. En sus anotaciones de orógrafo, Luis Bello llega a cuartear las provincia de Huelva en siete partes: Aracena (la sierra); Riotinto (las minas); La Palma (el campo); Palos-La Rábida (el camino de América); Ayamonte (la pesquería); y Doñana (el desierto, las marismas, el absurdo).

Manuel Siurot, ese es el hombre y el nombre al que en Huelva capital se asocia con todo lo que sea pedagogía, aprendizaje, enseñanza. Tanto es así que fue el impulsor de las llamadas *Escuelas Siurot*. En curiosidad, Siurot supera sin duda al Padre Manjón. De un lado, por su praxis metodológica: enseñar con la grafía; esto es, mediante lecciones que derivan en explicaciones plásticas, geométricas. De otro lado, por su personalidad inefable: Siurot es lo que en tauromaquia da en lla-

marse un espontáneo que se tira al ruedo. Atiendan si no al título estrambótico que recoge sus métodos de enseñante por libre: *Observaciones pedagógicas de uno que no ha visto en su vida un libro de pedagogía*. ¿Quién es el cretino que sugiere que los títulos de los libros han de ser cortos y con gancho? Mientras nos va haciendo el retrato personal de tamaño personaje, todo él espontaneidad a decir de Bello, el susodicho desvela las claves del éxito en su red de escuelas: “Me he valido sólo de doña Constancia y de doña Experiencia, hermanas de don Sentido Común”.

Con tanto burro con el que Luis Bello ha ido topándose como funcionario de instrucción pública, al llegar a Moguer se encuentra con otro burro, pero distinto y universal, el burrito Platero de Juan Ramón Jiménez. Platero no da coces, pero Luis Bello, sí. Y la suya va dirigida contra el señoritingo Juan Ramón, quien al parecer en algún que otro escrito hace burla del pobre Limpiani, maestro local. “No le perdono –se enfurece Bello– la puñalada alevosa al maestro pobre que el niño rico de Moguer pinta hambreado la merienda de sus alumnos”. Léida la crónica de Luis Bello en *El Sol*, el tiquismiquis de Juan Ramón sostendrá una polémica epistolar, por lo demás deliciosa y educadísima, con su oponente acerca del estado de la enseñanza en el pueblo moguereno.

Sobre Niebla, el viajero cansado de tanto ignaro, recoge acaso una de las más bellas descripciones de paisajes que uno haya podido leer: “No sé qué encanto misterioso tiene esta ciudad vacía, huérfana de sí misma, máscara inexpresiva de los innumerables rostros de su pasado; y, a pesar de todo, amable,

acogedora”. Qué hermosa nieblura la de Niebla, así que no tiene uno por qué estropear ni añadir nada al paisaje literario descrito por el autor.

Aparte de Gibraltar, otro cantón de ingleses en tierras andaluzas es Riotintinto y sus minas explotadas para gloria de la *Union Jack*. Las escuelas inglesas de Riotintinto están libres del catecismo confesional y obligatorio. Leídas sus crónicas para *El Sol* acerca del estado de estas escuelas inglesas, una lectora del rotativo, doña María Pérez, le escribe a Luis Bello una carta en la que alaba la enseñanza en estos centros que por fortuna eran la antítesis de las escuelas nacionales vigentes en España. Muchas de las alumnas de estas escuelas forjaron sus intrépidas carreras gracias a una filosofía distinta y distante con respecto al modelo español. Así habla doña María de algunas compañeras, que acabaron en prestigiosas universidades en USA, caso de Elisa Pérez (profesora en Kansas y muy apreciada entre sus colegas por su tesis acerca del teatro de los hermanos Quintero), o caso también de Trinidad de Mora, redactora de una importante revista en la incipiente Gran Manzana de Nueva York.

En los años en que Luis Bello visita los campos de labranza de Huelva, la otra estadística económica confirmaba un dato que hoy se nos antoja casi extraterrestre, increíble. Por la época, el campo de Huelva era el “rabo de España” en cuanto a rendimiento agrícola. Cuánto han tardado en caer sobre Huelva los fresones de la prosperidad. De visita por La Palma y sus abandonados terruños de labor, observa Bello cómo las pobres escuelas del pueblo se reparten en modestos pisitos de alquiler.

Por último, alcanzada la frontera de la vieja Lusitania, al llegar a Ayamonte, Luis Bello comprueba que aquí no hay más enseñanza posible que la “pedagogía del atún en almadraba” (para documentarse sobre la sangrienta matanza de atunes, el autor toma notas extraídas del famoso doctor Thebussen, personaje que bien merece retrato en libro aparte).

El *Kindergarten de Sevilla*. Cómo me agrada que, al llegar a Sevilla, el apóstol de las escuelas se encargue de desmontar uno de los tópicos más gilipollescos que en cuanto al clima y su bonanza se le atribuyen a la ciudad sevillana. Si se me permite esta breve digresión, el clima de Sevilla ha ido perdiendo el supuesto azahar de sus encantos. Primavera como pocas las sigue habiendo, pero son cada vez más escasas. El otoño color latón de octubre está ganándole la partida a los pasteles olorosos del azahar. El calor es achicharrante y cada vez más temprano en verano, pero para mí es más llevadero que el sutil y asesino invierno sevillano, todo él húmedo como un espía con gabardina, de un frío lento, silencioso, que se mete por la hondura del cuerpo sin saber cómo, pero se mete. Por eso, como decía, me gusta tanto lo que describe Luis Bello sobre Sevilla cuando ésta andaba acicalándose para la Exposición Universal del 29. Es una Giralda inverniza con la que se da de bruces, mellada por esa lluvia de costado y ese frío que enmohece hasta la cerviz. Con tanta lluvia y el Guadalquivir desbordado, la ciudad se asemeja al gran Bilbao ahumado de industrias, y el río Betis no es más que una prolongación larguísima de la ría de Unamuno.

Dicho esto, hagamos parada en la Escuela de la Alhóndiga, a donde recalca Luis Bello en Sevilla siguiendo su cometido. El centro lo domeña –y bien– un maestro a la antigua, con esos genes de la universalidad, llamado don Diego Molleja. El maestro Molleja trata a sus alumnos como posibles artistas en las muchas curvas y contracurvas de lo por venir.

En general, el alumnado en Sevilla responde a una actitud general de chicos vivaces, muy despiertos, aunque hay algunos cuyas caras dan reflejo de cierta palidez desnutrida. Los escolares proceden tanto de las praderías cercanas a la ciudad, como de la Sevilla industrial y sus muchas fábricas variopintas (otro tópico desmontable es que en Sevilla nunca hubo industrias: sí las hubo, y muchas, y varias). Como no podía ser menos en tiempos tan mezquinos, el observador de escuelas critica la mezquindad del presupuesto municipal asignado a los centros de enseñanza. De 17,5 millones de pesetas, sólo se dedica una magra partida de 415.000 pesetas al sostén de las escuelas nacionales (mucho más peculio se lleva, por ejemplo, el cementerio de San Fernando, con sus buenas 200.000 pesetas asignadas al mantenimiento de los finados).

En sus apuntes, Luis Bello resalta la encomiable labor de las llamadas escuelas “Carmen Benítez”. Pero lo que reclama su curiosidad es una colonia de teutones radicada en el incipiente barrio de El Porvenir, a la vera de la fronda del Parque de María Luisa. El director del centro alemán es el profesor Koenigkamp, encargado de refundar el espíritu de la escuela alemana tras el derrumbe de la Primera Gran Guerra y la insolente derrota del Káiser, cuyo retrato ha sido retirado con

la simbología de la nueva República de Weimar. Antes de la derrota de los *Fritz* en los campos de guerra de Europa, tan llenos de sacos terreros como de ratas, el *Kindergarten* de El Porvenir estuvo dirigido por un curioso profesor germano, un cartógrafo llamado Scháffer.

Si uno pasea por el tranquilo y aristocrático barrio de El Porvenir, amansado bajo los silencios de su arboleda y los jardines de sus enviabes chalés, tal vez se pueda reconocer en el cabello rubiáceo, en los ojos azules de muchos vecinos a algún que otro descendiente por generación de aquel *Kindergarten* del tiempo que fue a establecerse aquí.

Jaén, o Las Hurdes andaluzas. Llegado a tierras de Jaén, el apóstol Luis Bello se encuentra en pleno desierto donde no sabe cómo proclamar la palabra del dios de la enseñanza. Está en Las Hurdes andaluzas, cordillera de ignaros, el más alto picacho del analfabetismo español. Este espadón de la incultura no podía si no darse en el poblachón de Santiago de la Espada. A lo largo de varias páginas, el asombrado Bello (que de por sí debiera estar curado de espantos) intenta dar respuesta histórica y etnológica a los muchos porqués de la ignorancia brutal en este páramo de Jaén.

Y es que, a juicio del viajero, la provincia de Jaén le parece como que está a la sombra de olivo de su propia dejadez, como olvidada de sí y no supiera siquiera si pertenece o no a Andalucía o es tierra de frontera hacia adentro, hacia los reinos meseteños con que se confunden sus lindes sin que le importe nada.

Como ha sido principio y fin en todo lo escrito, la sierra de Cazorla vuelve a ofrecérsese en su dúplice contrariedad. De una parte, la hermosura de sus hondonadas, su dentadura quebradiza a lo largo de sus montañas y roquedales. He aquí un largo pero hermoso paisaje a pie de loma, aun escrito un tiempo después en su escritorio de reposo en Madrid, ya de vuelta de su viaje: “Otra derivación del viaje a Sierra Segura: Cazorla. Vista desde Madrid, ahora, cuando escribo, Cazorla se me pierde en el macizo de sus monterías. Se me convierte en roca. Es porque ha ido labrando sin querer una teoría nueva del Adelantamiento. Como ciudad histórica la tenemos allí ‘adelantada’, no ya contra los moros, sino contra la selvática serranía. Su deber era ese: penetrar pacíficamente. Resistirla y civilizarla. Y me parece que con su castillo y sus jardines se nos ha dormido a orillas de la gran ola de piedra”.

Otra cosa bien distinta, como siempre, son sus lamentables escuelas, ya sean éstas mechinales inmundos o grandes naves destartaladas y a punto de derrumbe. Si por Málaga merodeaba la figura del *perrillero* cual maestro ambulante o los *enseñaores* jerezanos, por estos lares serranos, pulula la figura de otro enseñante que mal viene de terruño en terruño llamado Plaza.

Que Jaén es tierra de abandono de sí misma, lo demuestra la estúpida altivez de sus residentes más ricos. Curioso y desgraciado contrapunto el de Martos o el de Villacarrillo, villas las dos opulentas, con posibles más que notables, pero donde sólo acuden a sus derruidas escuelas los niños pobres y nunca los niños cuajados en familias de pudientes. Los becarios del señoritismo, influido por la cátedra existencial de sus padres, desprecian la enseñanza por considerarla gratuita, y lo que

nada cuesta es que en el fondo no vale nada. Así que los niños ricos no estudian, si no que siguen el tren de vida de sus mayores: en primavera, el cortijo; al pueblo, en fiestas; a Sevilla, en Semana Santa y ferias; en verano, a San Sebastián.

En Beas de Segura, el cronista para *El Sol* hace una bella exégesis de los juegos infantiles, auténtico nutriente indispensable en la educación de la muchachada local y universal. Los niños de Beas de Segura juegan a maisa. Al cangrejo. A la piola. Al boliche. Al castro. Al borriquito al agua. Al cortacuellos. Al mogón. Al cuco. Al hínchate, sapo. A Mariquilla está mala, ¿con qué la curaremos? A peña ronca. A las herraúras. Al cazarratones. Al chilimindrón, ¿que no he sido yo? A Roma, Romo, el palo en el suelo. A domacaballos, tres y salto. Al molino de viento. Al salto del papo. A los mochamos, contamos ocho... “Para mí –anota Bello con deleite– los juegos entrañan cultura, una forma delicada y, al mismo tiempo, robusta, de la cultura popular. Imaginación –es decir, Vida– para crearlos. Tradición –es decir, Memoria– para conservarlos”.

Desde luego yo no he jugado ni he sabido nunca en qué consistían estos plácidos juegos a los que se empleaban los niños de Beas de Segura. Me quedo con los juegos de mi tiempo, quizá más gris, como en tierra de nadie, tal vez en transición hacia los juegos para niños convertidos irremisiblemente en pitufos *homo-videns*. Me quedo así con las canicas, el Trincarro, el Poli-Ladro, o el temible ¡Al cielo vooooooy! (sobre todo cuando uno divisaba al gordo refocilante que el equipo contrario dejaba como postre, para que cayera sobre nuestra cadena de espaldas, agarrados los unos a los otros, entre risas y pedos, y para que así el derrumbe fuera total por el

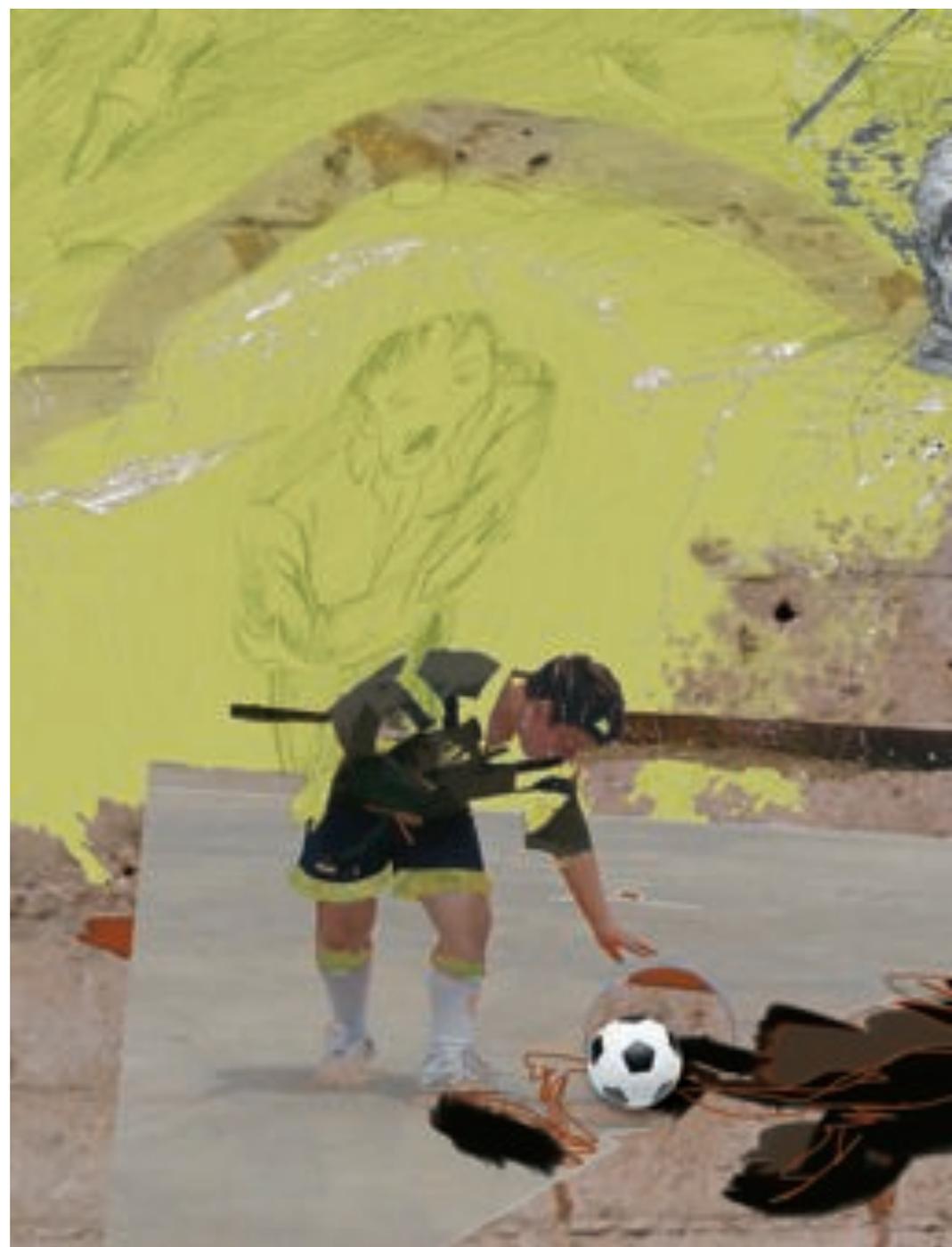
peso vacuno del gordo triunfal). Me quedo, cómo no, con el noble fútbol de los parques y las alamedas, y también con la violenta transformación balompédica que se daba en los colegios, cuando jugábamos al paredón y uno lanzaba pelotazos brutales contra las víctimas expuestas contra cualquier pared ideal para poder dar rienda suelta a aquellas matanzas a balonazo limpio. Aunque para espanto de todos hoy proliferan los niños asesinos, que no se engañe nadie. ¿Cuándo no ha habido en la arboleda de toda infancia la fruta podrida de la crueldad?

Que Jaén vivía adormecido en el paleolítico de su asombro más sórdido, lo demuestra el hecho de que hasta el pueblo de Pontones el vecindario viera por vez primera una rueda de carro. Era el de un matrimonio de vascos guipuzcoanos, enseñantes con quijada de caserío, que no se sabe cómo ni por qué fueron a dar a este lugar olvidado de sus horas. En el carro portaban sus enseres, sus muebles y su prole de críos a los que, desde luego, el nacionalismo se les curó viajando.

He aquí pues la coda de este mapa terrible y bello a la vez de la Andalucía analfabeta y *analfabestia* que fuimos no hace mucho, aunque lo parezca. Pradería de la ignorancia. Viñedos de ignaros. Olivares de indolencia... Si ha habido o no una primera modernización, si hay una segunda, o acaso estamos inmersos en una tercera modernización andaluza, en una especie de *Second Life* más allá de los ángulos virtuales del progreso, este libro de Luis Bello nos devuelve al pasado triste, hermosamente rupestre, del pueblo que hemos sido, si bien el tiempo verbal, este “hemos sido”, hay que aplicarlo aquí con cautela. A oídos del Padre Manjón, los escolares del Sacro-

monte cantaban el *Avemaría* con flores de roca cavernosa. Hoy los escolares van a los colegios cantando las horteradas musicales que escuchan en sus *MP3* o *MP4*.

La cosa *parece* que ha ido a mejor.





PENALTI
35 cm x 23 cm
técnica mixta
(collage y tratamiento digital)

ÍNDICE

PRÓLOGO DE LEÓN LASA:	7
------------------------------	----------

INTROITO DE JAVIER GONZÁLEZ: TURISTA POR LAS AFUERAS DE MÍ MISMO	13
--	-----------

ERRABUNDIA EXPRESS:

MARÍA ISABEL [ILUSTRACIÓN DE MARÍA JESÚS CASERMEIRO]	24-25
---	--------------

BREVES	27
---------------	-----------

- 1- María Isabel, 29
- 2- Espejos de hotel, 31
- 3- Ciudad-dormitorio, 33
- 4- Tour de enero, 35
- 5- El turista idiomático, 37
- 6- *Bon voyage*, 39
- 7- Somerset Maugham, 41
- 8- Zenobia la novia, 43
- 9- Pitas, pitas, pitas, 46
- 10- El Turisport, 48
- 11- La chancla de invierno, 50
- 12- *Vueling*, 53
- 13- 28-F, 55

- 14- Terquedad, 57
- 15- Cromoterapia, 59
- 16- ¡Una de mero!, 61

CORTOS

63

- 17- El enoturismo (o recuerdos color vino), 65
- 18- Abril, saeta cruel, 68
- 19- Eucaristía de paisajes, 71
- 20- “San Lorenzo’s Day” en Sevilla, 75
- 21- Costa del sol: memoria pop, 79
- 22- Turismo de bisturí, 83
- 23- Estambul, luz mojada, 86
- 24- El turista Dan Brown, 89
- 25- Canción del verano, 92
- 26- Julio y el veraneante sentimental, 95
- 27- El corazón desmanda, 98
- 28- Agua, tocado, hundido, 102
- 29- Ayala, ciudades y lagartijas, 105
- 30- Vagabundeo, vagamundeo, 108
- 31- Zooturismo, 112
- 32- Tic-tac, tic-tac, 115
- 33- Turistas del dolor, 118
- 34- Romería de la cerilla, 121
- 35- Turismo libertario, 125
- 36- Turismo mágico, 128
- 37- Ciudades lentas, 131
- 38- Edelfet, viajero nórdico, 134
- 39- España o “el PP” de Mario Praz, 138

- 40- Sevilla, 1936: Paisaje de sol y cananas, 145
- 41- La melancolía zurda: Sevilla en la obra de Rafael Montesinos, 165
- 42- De Passo por Andalucía, 185
- 43- La ignorancia meridional: Viaje por la Andalucía analfabeta, 194

NOTA EDITORIAL

Los artículos pertenecientes a las dos primeras secciones del libro (“cortos” y “breves”) se publicaron durante los años 2004 a 2007 en el suplemento de *El Mundo* titulado “El Caminante, suplemento de Turismo y viajes por Andalucía”.

En cuanto a los del tercer capítulo (“largos”), el titulado “La melancolía zurda (Sevilla en la obra de Rafael Montesinos)” apareció en *Campo de Agramante*, nº 8, octubre de 2007; el titulado “De Passo por Andalucía” apareció en la revista *Andalucía en la Historia* editada por el Centro de Estudios Andaluces, nº 18, octubre de 2007; los titulados “Sevilla, 1936: paisaje de sol y cananas” y “La ignorancia meridional: viaje por la Andalucía analfabeta, 1926-1929” son enteramente inéditos.

colofón

Se terminó de imprimir el 9 de octubre de 2007, 97 años después del nacimiento de José Antonio Muñoz Rojas, poeta que, desde su prosa y su Arcadia antequerana, nos enseñó a amar *Las cosas del campo*. Esta primera edición consta de 1.500 ejemplares compuestos en tipos Janson y Helvética.

© de los textos de *Errabundia express*, Javier González.

© del prólogo, León Lasa.

© del diseño y maquetación, de las ilustraciones y el desplegable, M^a Jesús Casermeiro.

Asesoró en cuestiones de maquetación

Claudio Sánchez Muros.

Cuidó la tipografía y la edición, Manuel García.

Nº 2 de la Colección “Andalucía y la prensa”,
editada por *Point de Lunettes* para la Consejería
de Turismo, Comercio y Deporte.

I.S.B.N.: 978-84-89225-47-3

Depósito Legal:

Consejería de Turismo, Cultura y Deporte

www.juntadeandalucia.es/turismocomercioydeporte

publicaciones.ctcd@juntadeandalucia.es

Editorial *Point de Lunettes*,

c/ Correduría 27 (Local)

41002 SEVILLA.

www.pointdelunettes.com

info@pointdelunettes.com

Tfnos: 954903832 / 620405115

Imprimió: Entorno Gráfico (Maracena, Granada)

Encuadernó:

